

PANDILLAS EN MEXICO
INFORME DE INVESTIGACION

Carlos Mario Perea Restrepo

RED TRANSNACIONAL DE ANALISIS SOBRE MARAS Y PANDILLAS

Noviembre 14 de 2006

INDICE

INTRODUCCION

CAPITULO 1. El frío del miedo. Lo común y lo singular

I. Rayo: un tijuanaense

II. El tiempo paralelo

1. Primer rasgo: el afuera

2. Segundo rasgo: protección y trasgresión

3. Tercer rasgo: miedo y respeto

III. La singularidad mexicana

CAPITULO 2. México es México. Tamaño, sexo y edad

I. Tipo y cantidad

1. Los censos

2. Cantidad y tamaño

3. El sexo

4. La edad

5. La barra, la banda, la mara

II. Las maras en México

CAPITULO 3. La violencia moderada. Ocupación y violencia

I. La fractura

II. La violencia

1. Las ciudades

2. Los jóvenes

CAPITULO 4. Se empezó a desmadrar. La paradoja mexicana

I. El no exceso

II. Los conectores

III. El robo

BIBLIOGRAFIA

INTRODUCCION

Las pandillas lanzan un recio desafío a la sociedad contemporánea, la complejidad de las realidades que envuelven las convierten en el más agudo conflicto de la ciudad actual. Son un fenómeno de la globalización hoy dominante, nacen y crecen en uno y otro lado. Aparecen en los países industrializados y sus ciudades atiborradas de autopistas, al tiempo que brotan en la periferia y sus urbes cercadas por cinturones de miseria. En ambos casos, desde la riqueza o la pobreza, proliferan entre la marginalidad poniendo de presente el caudal de exclusión y miseria inscrito en la era de la innovación tecnológica, el mercado financiero y el triunfo de la democracia. El gesto que les marca, de rechazo visceral hacia los moldes de la vida de todos los días, devela el abismo que atraviesa las armaduras instituidas y el proyecto de sentido de la sociedad del mercado y la información. Y para completar, la ligazón con prácticas ilegales del más diverso cuño, desde el robo hasta la violencia, torna visible la difusión de una criminalidad que cada vez más se convierte en estructura de mediación social de amplios sectores excluidos. Por ello los pandilleros son el más penetrante conflicto de la ciudad contemporánea: por su condición global y el señalamiento de la exclusión, por su fractura con el universo institucional y la conexión con el mundo de la criminalidad.

Dos acontecimientos recientes les pusieron en el centro de la conciencia mundial, cada una enraizada en un territorio dispar y opuesto respecto al otro. De un lado las maras centroamericanas, simbolizadas por muchachos tatuados hasta en el último rincón del rostro, fueron declaradas el problema de seguridad nacional de la región dando lugar a las políticas de represión de los gobiernos del triángulo norte a partir del año 2003. En el momento de mayor auge los estados de México y Estados Unidos se unieron a la campaña, presos del pánico a la invasión de los mareros que huían de la persecución en sus países de origen. Del otro hacia finales del año 2005 los inmigrantes de los suburbios franceses, representados por muchachos negros de ascendencia norte africana, se tomaron las ciudades del país orquestando una resistencia sostenida mediante la quema de vehículos y el saqueo de establecimientos. La revuelta se extendió hacia algunos países vecinos, llegó a Bélgica y Alemania. Unos desde la periferia y otros desde el centro, poco importa. A los dos los rubrica una sola y misma condición, la de un mundo que renunció al proyecto de incluir en sus redes de distribución e intercambio a todos y cada uno de sus ciudadanos.

Sin embargo, en medio de la situación planetaria, las pandillas se comportan de manera distinta una vez se les compara de país a país y de ciudad a ciudad, en consonancia con los atributos que arman la fisonomía histórica de cada contexto en particular. A Centroamérica y Francia las semeja el potencial de fractura en el

que se instalan los grupos de muchachos urbanos, en ambos casos marcada por la carencia de discurso político social y la renuncia a toda mediación instituida; pero las distancia la condición étnica y migratoria de los grupos en conflicto de Francia y, como consecuencia, los resortes que empujan en cada país la violencia.

Es también el caso que nos ocupa, las pandillas mexicanas y su extraordinaria singularidad. Capturar y explicar dicha singularidad es nuestro cometido, una tarea que parte del interrogante elemental: ¿existen las pandillas en México? La pregunta no tiene nada de obvio, dentro de la conciencia pública nacional apenas si tienen algún lugar -por no decir ninguno-. En los medios de comunicación aparece por excepción, el fenómeno pandillero hace parte de la precariedad que cruza el tratamiento público del crimen. Otro tanto sucede con los aparatos judicial y policiaco, carece de reconocimiento. En algunos Estados se tipifica el pandillerismo como conducta delictiva mas los registros muestran la falta de tratamiento sistemático, se le reporta unos años y no se hace en otros. Llegado el momento de la definición de las políticas públicas la pandilla se hace objeto de las mismas estrategias aplicadas a la criminalidad en su conjunto. Los pandilleros no son un actor identificable dentro de las categorías de representación del crimen, la ausencia de una política pública al respecto lo evidencia.

Lo mismo habrá de decirse de las entidades encargadas de la intervención cultural, tanto estatales como no gubernamentales. Hasta donde se tiene noticia, con la

excepción de Ciudad Juárez y el estado de Chiapas, ni los estados ni las ciudades tienen algo parecido a un proyecto de intervención sobre las pandillas y sus miembros. Un caso revelador lo constituye Tijuana, la ciudad fronteriza donde converge la doble condición de exceso de <barrios> -el término con el que se nombran las pandillas locales- y de proliferación de organizaciones no gubernamentales –se estima que lo menos hay 300 ONG en la ciudad-. La pandilla no hace parte del horizonte de la intervención cultural en México. Como remate los estudios de juventud, pese a su marcada proliferación, no se ocupan del tema. El concurso de la tesis de juventud, organizado por el Centro de Estudios en Juventud del Instituto Mexicano de la Juventud, tuvo un trabajo sobre las maras centroamericanas concebidas como organizaciones transnacionales presentes en Los Angeles y El Salvador, nada directo en México. Durante los años 80 se dio una explosión de estudios de lo que entonces se llamó los chavos banda, pero de ese entonces para acá el tema desaparece de las preocupaciones de la academia. Ni la pandilla ni el crimen juvenil hacen parte de sus objetos de estudio.

Numeros indicios hablan pues de la inexistencia de las pandillas en México. Académicos, funcionarios y activistas culturales, incluyendo a reporteros de la página roja de algunos periódicos, suelen afirmar que en sus ciudades no existe tal cosa. Es más, durante la fase inicial de un trabajo de campo en el Distrito Federal unos etnógrafos dijeron no hallar ningún rastro de ellas en la ciudad. La pregunta por su existencia es pues el punto de partida.

Responderla supone la construcción de una noción desde donde mirar, primero si ella aplica en México y segundo con qué matices lo hace. Como se ha establecido para otros países la pandilla se caracteriza por la construcción de un tiempo paralelo, es decir, por el abandono a un grupo de amigos bajo la combinatoria de tres elementos: ruptura con el orden instituido; adopción de las prácticas conflictivas de consumos adictivos, robo y violencia; y reducción de las prácticas discursivas a la cadena argumental del <*hacerse respetar*>. Tal condición se verifica en Centroamérica, Francia y México. Sin embargo, por encima de esta factura general, la particularidad de México proviene de su manejo paradójico del universo de la criminalidad: los menores niveles de violencia y “desmadre” se combinan con los elevados índices de participación en el crimen de naturaleza patrimonial. En otras palabras, matan poco pero roban mucho.

El primer capítulo del informe se ocupa así de la existencia de la pandilla mexicana y sus matices. Procede sobre el instrumento principal de la investigación, la historia de vida. Validos del testimonio de un muchacho de Tijuana se hace un minucioso seguimiento de la narración mostrando, primero la presencia del tiempo paralelo y después los rasgos de lo que imprime la particularidad de la agrupación mexicana.

Una vez abordada la primera pregunta viene un segundo interrogante: ¿cómo se caracterizan? La investigación evidencia la existencia de tres tipos de agrupaciones

de acuerdo a su ubicación regional: barrios al norte, bandas al centro y maras al sur. Las modalidades de cada una se abordan en el capítulo 2 considerando las características respecto al tamaño de los grupos y su composición de edad y sexo. El capítulo que sigue, el 3, hace otro tanto desde la ocupación de los miembros de los grupos y su ejercicio de la violencia.

Los elementos puestos en juego hasta este punto conducen al tercer interrogante: ¿cómo explicar la singularidad mexicana? En efecto, de un lado hay un proceso de contención de la violencia y el desafuero, los grupos domésticos no entran en los grados de violencia y trasgresión percibida en otros países. Mas del otro se observa la extensión de la criminalidad económica, la pandilla mexicana participa en prácticas de un crimen de más alto nivel. Explicar esta coexistencia es el tema del cuarto y último capítulo.

Se seleccionaron cuatro ciudades, dos en la frontera y dos en el centro. La escogencia de la frontera resulta obvia, son los puntos donde se establece intercambio sostenido con los países donde proliferan las pandillas. Al norte está Tijuana, una ciudad con una elevada historia de conflicto pegada a San Diego y próxima a Los Angeles, dos de las ciudades estadounidenses de reconocida trayectoria en la materia. Al Sur se ubica Tapachula, la más importante ciudad en la frontera con Guatemala, una zona de natural interés en nuestro trabajo dado el conflicto permanente ocasionado por la presencia de las maras.

Del otro lado, hacia el centro del país, se seleccionaron las ciudades de Morelia y el Distrito Federal. La primera por su condición de capital del Estado de Michoacán, un importante epicentro de expulsión de migrantes hacia el “otro lado”, así como de negocios ilegales del narcotráfico –el estado concentra el 11% de los municipios de elevada violencia entre 1980 y 2002-. La segunda entró por ser la megalópolis del elevado nivel de concentración de la riqueza y la actividad que es la capital en México.

En cada una de las ciudades se procedió a escoger un lugar que combinara la doble condición de marginalidad y peligro, esto es, zonas de la periferia urbana identificadas por su nivel de conflictividad pero, en todo caso, establecidas y precedidas de un tiempo de asentamiento urbano de lo menos 10 años. En tales áreas se adelanta el trabajo de campo. En Tijuana se acordó trabajar en la Sánchez Taboada, una vasta comuna conformada por multitud de colonias. En Tapachula sobre el área del 11 de noviembre, otra comuna armada por varias colonias –es una ciudad de algo así como 300 mil habitantes mientras Tijuana llega a los 1,3 millones-. El caso de Morelia es particular. Se escogió en principio la zona de El Realito, pero ante la característica de las pandillas en la ciudad se extendió la observación a grupos dispersos en varios puntos. Finalmente en el Distrito Federal la observación se adelanta en la Delegación Iztapalapa, la más grande del Distrito poblada por casi 2 millones de personas.

El dato del número de pandillas y pandilleros se establece mediante la realización de censos, elaborados a través del conocimiento acumulado en la pesquisa del trabajo de campo. La idea es, en cada caso seleccionado, levantar la información del total de pandillas presentes en la zona especificando el barrio donde se asienta, su nombre, la cantidad de miembros, sus características socio demográficas (sexo, edad, escolaridad y convivencia), la actividad criminal (tipo de robo) y los modos de participación en el conflicto (vínculos con los actores locales). El censo se completa con historias de vida a muchachos integrantes de los grupos, así como con entrevistas a informantes claves de la ciudad y la zona.

México enfrenta una coyuntura histórica en extremo delicada. De una parte el narcotráfico continúa abriendo la brecha de su implantación. Extiende la muerte con sevicia, amplía la corrupción en todos los estamentos de la escala política y ya ha formado una agrupación armada de claro corte paramilitar –los Zetas-. De otro lado el país acaba de sufrir, con la sombra que cubrió las pasadas elecciones presidenciales, una dura mella en la legitimidad de un proceso democrático largamente conquistado. El crimen y la ilegitimidad se constituyen en graves amenazas. De no truncar su curso, el tejido social y las tendencias que todavía las pandillas nos señalan con facilidad desaparecen abriendo el camino a un generalizado estado de ingobernabilidad y violencia.

Es por ello que se demandan decididas políticas de intervención pública frente al barrio popular y el contexto de la vida cotidiana de la pobreza, ese lugar donde las pandillas crecen y se alimentan. Allí se libra una batalla crucial entre un tejido orgánico que aún contiene el exceso y la violencia, y unas tendencias disolventes que aterrizan bajo la forma de criminalidad y pérdida de sentido de cualquier proyecto de la convivencia. La pandilla se debate en agonía entre la una y la otra.

CAPITULO 1

EL FRIO DEL MIEDO

Lo común y lo singular

¿Qué es una pandilla? Pese a las grandes diferencias reflejadas en el distinto nombre que adopta en cada país –mara en Centroamérica, parche en Colombia, nación en Ecuador, *gang* en Estados Unidos-existe un manajo de rasgos comunes que permiten identificar estas experiencias disímiles bajo el apelativo único de pandilla. En el caso de México el barrio de Tijuana, la banda de Morelia y la mara de Tapachula, ¿participan de dichos rasgos? A fin de resolver el interrogante iniciamos con el seguimiento, paso a paso, del testimonio de un sensible personaje perteneciente a un grupo de Tijuana. Sus palabras revelan, tanto los factores comunes con aquello que se llama el tiempo paralelo –la nota característica del orden pandillero-, como los elementos que hacen distinta y propia la experiencia mexicana. Con el testimonio, en realidad, el lector posee una versión en vivo del complejo e indescifrable universo de la pandilla de jóvenes parada en la esquina de la barriada urbana.

I. RAYO: UN TIJUANENSE

Recuerdo cómo llegaba mi padre bien tomado y mi madre echa un manajo de nervios. Había una armonía bien, aunque humildes había una armonía sana. No más se miraba que iba a llegar él y

empezaba el pánico, porque mi padre era una persona que ... Hasta ahora ya de grande sé los problemas que tuvo y por qué se comportaba así. Tuvo fracasos matrimoniales y también una infancia pesada. Golpeaba a mi mamá. Usaba drogas, murió de un doble de heroína, mi padre que en paz descanse! A pesar del trato que le dio, del sufrimiento y los golpes, mi madre lo quiso mucho. Ella nos ocultó la causa de su muerte, decía que había sido de un paro cardíaco. Una vez que andaba trasculcando, andaba encabronado buscando robar algo para la heroína, encontré un portafolio de papeles. Como una vez ya le había vendido un pasaporte a mi madre, su pasaporte de ella, pensé que podía encontrar algo. Empecé a trasculcar y en los papeles encontré que mi padre había muerto de una sobredosis. No sentí mucho, no sentí nada porque le guardé mucho odio, cuando era niño le deseé la muerte.

Mi color! Mi padre fue un señor grandote, blanco, fuerte, le decían el "oso"; yo salí chaparro y moreno, decía que no era su hijo, salí a mi madre, una señora chaparrita y morena como yo. A causa de eso tuve una infancia dura. Eramos humildes pero mis demás hermanos tenían otra infancia, otro trato, más atención. Cuando mi padre se sentaba, que andaba de buenas, se dejaba abrazar y jugueteaba con ellos. Yo quería jugar y me hacía a un lado. No comprendía porque estaba pequeño, no entendía sus enojos de drogas y que la causa del maltrato era porque andaba tomado. Me decía que no era su hijo, le fui guardando rencor. Cada que llegaba tomado a la madrugada golpeaba a mi madre y luego tenía relaciones sexuales con ella. Descarado. Tengo una hermana grande, la mayor, ella también miraba todo eso.

Desde los cuatro o cinco años me empiezo a acordar de cómo la golpeaba, hasta porque le decía que no teníamos que comer. Mi padre solucionaba las cosas a golpes, a maltratos, le daba duro. Entonces el odio que le empecé a guardar. Una noche mi madre hizo que me le aventará encima pero ese señor grandote y fuerte no más de un manotazo me sacó. Tuve una ira que sentía ganas de destruirlo, que no le causara más daño a mi madre. Ella era mucho más lo contrario que mi padre, miraba como me desairaba y me hacía a un lado cuando me acercaba porque mis hermanos estaban junto de él. Ella me miraba el odio en mis ojos llorosos, sentía mucho sentimiento. Eso fue creciendo más y más. Cuando cumplí nueve años pasó el accidente de la casa. Me trataba como su criado, cualquier quehacer "díganle a él y que lo haga" gritaba señalándome. Había una tienda retirada del hogar y cuando quería unas caguamas me ordenaba que fuera, como no me vendían mandaba un papel con el dinero. Cuidado con que le quebrara una cerveza, porque a veces me encargaba varias y estaba pesada la bolsa; en una ocasión se me quebró una y eso fue una dura golpiza.

Aquella ocasión me mandaron a mí y a otro hermano a la tienda, a mí me mandaron no más que mi hermano dijo "yo quiero ir, yo quiero ir". "Llévatelo", me dijo mi madre. Era un sábado temprano, lo recuerdo bien. Estaba briceando, había pronósticos de lluvia mataron a mi hermano, lo atropelló un carro. Salimos de la tienda y me dijo que quería un pan, adentro me lo andaba pidiendo; le dije "espérate, deja que compre las cosas y si me sobra te lo doy". Le comenté que me esperara en la puerta de la iglesia mientras yo iba a comprar el pan. Habíamos ido a conseguir petróleo, teníamos una estufa de esas que se les ponía un tanquecito; entonces llevaba petróleo y birotos, era una carga pesada que no iba a cargar otra vez a la tienda. Cuando iba saliendo de la tienda miré cómo le iba pasando el coche por encima. Sentí como se paralizaron los

pies y me ahogó un llanto, sentía ganas de gritar, llorar o algo pero no pude ni caminar ni decir nada. No más me paralicé todo. Cuando le iba a volver a pasar por encima como que algo me destrabó la impotencia de querer ir a mover a mi hermano. Fue cuando pude correr y me le puse enfrente al carro. Se bajó el chofer diciéndome “¿qué pasa?”, miró a mi hermano tirado, tenía un ojo por fuera y le estaba saliendo mucha sangre de la boca. No hallaba ni qué hacer, no más le alcé la cabeza, lo que hice fue correr y correr para avisar en la casa. Pero llevaba un miedo terrible porque le tenía pánico a mi padre!!! Ahorita de grande, con la ayuda de una psicóloga que me atendió dentro de la penitenciaría, vi que no era amor ni respeto sino miedo lo que le tenía a mi padre. Lo que hice fue no más aventarles el billete lleno de sangre y mi madre me gritaba “dónde está Chava, dónde está Chava”. En medio del llanto le dije “lo atropellaron fuera de la iglesia”.

La reacción de mi padre fue luego luego darme un golpe. Fue la primera vez que siento que lo agradecí. Me sirvió, porque cuando me pegó el manazo solté el llanto, me agarré llorando fuerte y desfogué el sentimiento de haber visto así a mi hermano. Todos corrimos y llegamos hasta el lugar. Mi padre se juntaba con una pandillita. Conocían que cada quincena o cada que rayaba se reunía con ellos. Bueno ... se reunía a diario. Pero cada quincena, antes de ir a la casa a preocuparse por sus obligaciones, llegaba con ellos y empezaba a tomar, a comprarles cerveza, marihuana y pues más droga. Lo poco que a veces nos llevaba de comer, cuando nos llevaba un pedazo de carne, lo preparaban entre ellos. Entonces sería por conveniencia o no sé, pero los de la pandilla agarraron al chofer, estaban amanecidos inhalando thinner y lo detuvieron. El hombre intentó darse a la fuga al ver lo que había hecho pero se lo impidieron. Subieron a mi hermano a un carro para llevarlo al hospital enfrente del Club Campestre, de esto hace muchos años. Tan pronto llegamos le dijeron que ya iba sin vida, que había muerto al instante porque la camioneta le pasó por encima de la cabeza. Cuando dijeron eso sentí un escalofrío y un miedo paralizador, el mismo que cuando lo miré atropellado. No fue tanto la noticia sino la mirada de mi padre, como voltió a verme en el momento en que le dijeron que su hijo estaba muerto. No me dijo nada, pero con la mirada me dio a entender todo. Sentí miedo y frío.

Me pasaron con unos oficiales a un interrogatorio porque era el único testigo, los que detuvieron al chofer no quisieron aclarar nada porque eran pandilleros que tenían cuentas pendientes con la ley. A mi corta edad me preguntaban qué había pasado. Miraba a mi padre con coraje y luego escuchaba el llanto de mi madre, no sé como contesté pero di mi declaración. Nos retiramos del hospital y los problemas con mi padre. Me empezó a recriminar que yo tenía la culpa, decía que no lo había sabido cuidar mientras mi madre decía que fue un accidente y que no me hiciera eso. Yo también estaba apesarado y triste.

Duró varios años que en sus tomadas me lo decía y luego me golpeaba, se desahogaba conmigo en sus borracheras y loqueras. Me sacaba en las madrugadas, “te vas a dormir afuera”. Me daba miedo la oscuridad porque en ese tiempo no había luz, nos alumbrábamos con unas bombillas de petróleo o con velas. Donde vivíamos no estaba muy poblado, era un cerro allá en la Reforma. Oía a mi madre queriendo defenderme pero mi padre la golpeaba y después la obligaba a tener relaciones. Mis hermanos todos bien asustados debajo de las cobijas y yo con el frío del miedo, con el coraje y el sentimiento que sentía hacia mi padre. Fueron muchos años de que yo empecé a guardarle resentimiento y más cuando empecé a tener problemas en la escuela.

Fue muy duro, por eso casi no estudié. Llegué hasta tercero de primaria, porque cuando me levantaba a esas horas de la noche y luego a veces me golpeaba pues tenía que ir a la escuela bien desvelado. Permanecía distraído y las profesoras me preguntaban qué problemas tenía yo, porque mis hermanos sacaban buenas calificaciones y todo eso. Me daba miedo decir lo que me pasaba en la casa. Luego eran pretextos que él ponía para llamarme la atención, que por qué tenía bajas calificaciones y por qué los reportes decían que me dormía en la hora de clases. Más aparte la burla de mis compañeros de salón y luego los castigos de la profesora porque a veces como que la sacaba de onda. Fue una infancia muy dura.

Cuando me suspendían de la escuela cerca había un parque y una iglesia que estaban construyendo, ahí se juntaban los cholos. Como eran amigos de mi padre me hablaban, llegó una ocasión de que uno me llegaba a aventar el humo de la marihuana en la cara. Primero me daba no se que... miedo, pero después como que me horníe de más y me gustó la sensación. Me empezaron a llamar la atención los pleitos. En la escuela un morrillo más grandecillo que yo me daba mucha carrilla; cuando me golpeaba sentía como cuando mi padre me estaba golpeando, sentía impotencia de los golpes, me quitaba mi mochila y la tiraba. Cuando llevábamos lounches, así que una torta de frijoles o de algo me la quitaba. Tanto fue el odio y la impotencia contra él que me defendí. Una vez no sé, saqué valor del coraje y me le dejé ir a golpes. Le gané, lo golpeé y tuve una experiencia extraña porque me satisficó al verme desfogado golpeándolo. Entonces me suspendieron otra vez de la escuela, pasé junto a ellos y les platicué lo que había hecho. Me felicitaron, me dijeron “hijo de tigre, tigrito”, que llevaba la misma sangre de mi padre. Cuando me estaban diciendo de esas felicitaciones... yo no quería ser como mi padre, por el coraje que sentía hacia él. Pero me felicitaron, yo llevaba una emoción extraña porque todo ese coraje que sentía contra el morillo que me golpeaba lo había desquitado a golpes, al verlo así que le salía sangre de la nariz y que le había ganado a puños me empezaron a llamar la atención los pleitos.

Ya no iba a la escuela. Hacía mandados a vecinas y me ganaba unas monedas; cada que me mandaban a la tienda pasaba con ellos y platicaba, me sentía parte de eso, sentía un trato diferente que el de mi hogar, que el de mi padre, sentía como un apoyo porque hacía una travesura y ellos me felicitaban. Entonces les fui agarrando confianza y pues fueron pasando los días. Me fui a trabajar con un carpintero y cuando volvía a la casa, todas las tardes, llegaba con ellos. Empezaba a fumar cigarrillos. Una vez el carpintero me dijo que bajara una lata de pegamento; estaba pesada y yo todavía estaba muy niño, no la pude bien y se me vació en mi ropa. Cuando llegué todo embadurnado me dijeron que si les llevaba pegamento, que podía robármelo y sí, empecé a sacarlo en latitas o botellitas que llenaba a escondidas. Más me sentía parte de ellos porque me felicitaban, me decían que era muy inteligente; todo lo contrario de mi padre que me decía que yo era un pendejo, que no servía para nada. Con ellos oía todo lo contrario, que era bien verga, que le ganaba al carpintero.

Llegó el día que en cuanto llegué y les di el pegamento lo vaciaron en unas bolsas y le echaron unos polvos ahí que para darle más sabor, entonces uno de ellos me invitó. Ese día me habían pagado lo del carpintero y se me había tirado una parte. Iba con miedo a la casa. Le platicué al que me invitó, “sabes que se me tiró dinero y tengo miedo porque mi padre es muy duro conmigo”. Me dijo

“ira, con esto se te va a quitar todo”. Ya me había horneado una vez con marihuana y había sentido una sensación, entonces cuando me pegué la bolsa a la boca me decía “ínflalo, ínflalo y luego abre la boca”. De primero sentí bien feo, era muy extraño el olor. Lo olía cuando estábamos pegando madera, pero cuando el aire que había echado regresó para mi boca sentí bien feo. Retiré rápido la bolsa, él lo que hizo fue reírse. Dijo “no, tu no” y empezó a darme más. Decía “despacito, tu dale despacito, ínflalo y dale despacito”. Sólo agarré la bolsa y me empecé a reír y reír, a vivir una experiencia pues que nunca la había vivido. Después sólo le decía que me preparara mi bolsa para inhalar pegamento, por la sensación, por lo que había sentido al empezar a inhalarlo.

Me iba en unos viajes muy locos, salía del mundo en el que estaba, ya no me preocupaba el temor que me daba por llegar a la casa. Ya no sentía eso, se me iba haciendo más tarde, ya les dedicaba más tiempo a ellos. De primero era poco rato, después era más tiempo y más tiempo. Una vez se me hizo demasiado tarde y me daba miedo llegar a esas horas a la casa. Fue cuando estaban planeado un robo y uno de ellos me señaló, dijo que yo iba a serles útil. Fue mi primer robo. Me dijeron que estaban conmigo, que no me iba a pasar nada. Uno traía un arma, una pistola, no recuerdo bien el calibre. Me dijo que ellos me iban a proteger, que yo nada más iba a entrar por una ventanilla para abrir luego luego una puerta. Me llevaron al lugar, era un local, una tienda. Quebraron la ventanilla y me metí, hice lo que me dijeron, abrí la puerta. Agarraron el dinero y otras cosas que había, salimos y entonces me felicitaron, a toda madre, todos iban riéndose, ahí gustosos porque todo había salido bien. Me dieron un dinero y este, se lo llevé a mi madre, pero ella me dijo que de dónde lo había agarrado. Le respondí que me lo había encontrado.

Pasó un tiempo y me volvieron a invitar a otro robo. Por mi estatura que estaba me usaban y me aventaban por enfrente. Entonces empecé a participar en muchos robos, hasta para bajarse personas. Ellos escogían la víctima, miraban personas, señoras que iban alhajadas y que se miraban bien vestidas. Entonces yo me acercaba y les decía que si me regalaban unas monedas porque tenía hambre. Mientras la entretenía pidiendo las monedas ellos llegaban y la asaltaban. Cuando iban parejas me doblaba -me decían lo que yo hiciera-, gritaba de dolor de hambre, empezaba a llorar y les decía que mi padre me había golpeado; en lo que la pareja empezaba a ayudar tratándome de levantar, porque decía que no me podía enderezar por las picadas de estómago, ellos les caían.

Las primeras veces me daba miedo. Fue cuando fui conociendo más la droga. Ellos me daban marihuana, licor o cerveza porque les decía que tenía miedo. “Con eso no vas a sentirlo” me decían. Pues si, fui armándome de valor cada vez que traía una sustancia adentro; cada que andaba marihuano o borracho o que me daban unas pastillas perdía el miedo. Cuando había personas que no se querían dejar robar me daba una sensación loca de ver cómo la golpeaban o le enterraban la navaja y salía sangre. Una vez que llegué golpeado, con la espalda llena de moretones porque mi padre me había pegado, uno de ellos fue y le dio al viejo. Sentí un gusto ... me sentí protegido por ellos. Cuando me regalaron una navaja se la enterré a mi hermano en un pie; recibí una golpiza de mi padre, con mi madre me preguntaban de dónde la había sacado. Era el día del cumpleaños de mi hermano menor y se había puesto una camisa mía, por eso comenzó la discusión. Me sentía protegido por esa navaja, me armaba de valor cada que la agarraba porque

miraba el pánico que sentía la gente cuando la asaltaban, cuando le pelaban el fierro y le decían “sabes que, túmbate”. Cuando se la enseñé a mi hermano también le miré el miedo y se la enterré en el pie. Ese día sentí tristeza porque lo hice con mi sangre, lo hice con mi hermano. Pero después ya no. Al principio sí me daba horror ver la cara de la gente cuando la picaban, pero ellos me daban droga y yo andaba bien parado. Cuando navajé por primera vez a otra persona que no era nada mío lo hice con satisfacción, me gustó enterrarla. Luego lo hice seguido. Los miembros de la pandilla me felicitaban, me decían “que chingón eres”.

Mi vida siguió y este, a los 16 años tuve por primera vez relaciones con una mujer. Me sentía muy hombre, como muy poderoso, más chingón. Pero caí por primera vez a la cárcel, la vida que se lleva adentro . . . me lo habían dicho. Caí al tutelar de menores al lado de la cárcel de mujeres. Era un cuadrillo bien chiquillo y había otros más grandes. Había escuchado hablar de esa cárcel, que pues ahí sobrevivía el más cabrón y el que no sabía defenderse lo agarraban de chapete. Esa vez llevaba unos imperial, unos zapatos que me había regalado la esposa de un camarada; me los quisieron quitar y los defendí, no dejé que se los llevaran aunque me golpearon. Eran varios, al último de todas formas se los quedaron, pero pelé y me sentía bien, me sentí mas cabrón. Me respetaron dentro del tutelar. Empecé a levantar respeto porque no me dejé. No estuve mucho tiempo esa vez pero miraba cómo el más grande le quitaba a los otros más chiquillos sus comidas y birotos. Por el pleito ese que tuve me respetaban, dejaban que me comiera sin broncas mi ración.

Una pareja de las personas que me invitaron a robar fueron a sacarme del tutelar. Me fui descarriando más y más, me empezaron a llamar la atención los carros. Tenía como diez y siete años. Me robé uno. No lo prendí así con unas bayonetas, estábamos en una colonia que se llama Villa Floresta y miré que una señora se bajó y dejó las llaves pegadas. Lo prendí, ya en otras ocasiones los miembros me los soltaban, “que muévale un pedacito” y me fui dando cuenta cómo andar un carro. Entonces ese día lo agarré, no sé como pero llegué hasta el barrio. Me sentí mas chingón, varios me decían que de dónde había sacado esa madre, que cómo le había hecho.

Había arrancones en la calle, piques entre ellos porque unos traían unas ranflitas bien chingonas. Los impala, los montecarlo, los chevy, todas esas clases de autos. Hubo una ocasión de un funeral y pues atrás de la carroza iban puros coches así, entonces como que más me empezaron a llamar la atención los carros. Ya me había dado cuenta de cómo obtener el dinero fácil, había vivido muchas experiencias de robos y asaltos. Llegué a juntar dinero porque cuando se lo llevaba a mi madre ya no se la tragaba que me lo encontraba. Era más seguido y no creía. En una ocasión le iba dar y no aceptó, entonces lo empecé a juntar. Compré una bicicleta pero no la quisieron permitir en mi casa, como era nueva la dejaba encargada con una muchacha que andaba conmigo. Era mi diversión. Ellos eran mi familia, los problemas que yo tenía me los solucionaban, me protegían, eran para mi todo. Primero sentía tristeza cuando mi madre me reprendía pero ya después no sentía nada, la ignoraba, la dejaba hablando sola. Cada vez fueron habiendo más problemas y yo lo que hacía era salirme. No dejaba ni que mi padre me golpeará, ni que me castigara ni nada, me salía corriendo y me protegía con ellos, me escondían. Ya no asistía a mi casa, vivía un día con una familia de algún miembro de la banda y al otro día con otra. Así me la empezaba a llevar. Cuando había ocasiones que me encontraba a mis hermanos les daba dinero, les decía que llevaran cosas pa’ comer a la casa pero yo ya no iba para allá.

Hasta que planeé un robo por mi propia cuenta, me empezaban a llamar la atención las ranflas. Miraba como planeaban los robos, como pensaban todo. Esa fue mi escuela. Fue mi primero planeado y salió bien, me compré un montecarlo. Era mi casa, ahí dormía. Había herido a personas. No sé si de las golpizas y las heridas que hice alguno se hubiera muerto, no más miraba que quedaban tirados heridos pero nunca supe que hubieran muerto. Cuando compré ese carro era mi casa, era mi todo y para eso tenía una arma, una 25. Entonces le quité la vida a una persona. Fue en una cervecería el problema. Bajábamos hasta la vía Floresta a una pinturas que se llamaban corona, ahí íbamos a comprar thinner. En la cervecería de cerca empezamos a discutir y discutir. El sacó una L y le quebró un vidrio a mi carro, un foco. Y como el arma la tenía abajo del asiento fui por ella, la saqué y cuetié al bato. El que estaba atendiendo la gasolinería lo revisó y dijo “está muerto”. Fue cuando reviví esas palabras, cuando mataron a mi hermano que dijeron “su hijo está muerto, está muerto”. En ese momento cuando se vio que lo había balaceado y el gasolinero repitió “está muerto” recordé todo eso, el día en que mataron a mi hermano. Sentí la misma sensación, me dio frío, se me paralizaron los pies y no más bajé la mano empuñando la arma. Iba con otro miembro de la pandilla pero estaba tan paralizado que el compañero me tuvo que golpear para sacarme del shock en el que estaba. Pensaba en la muerte de mi hermano, en mi mente se oía no más “está muerto, está muerto su hijo, está muerto su hijo”. Miré al bato tirado y se me afiguraba a mi hermano. Cuando pues empezó hacerse un charco de sangre. Mi compa primero me hablaba “¡vámonos, vámonos porque ya lo mataste!”. Pero estaba tan paralizado que me tuvo que dar un puñetazo en la quijada. Me sacó de ese trauma, rápido nos subimos al carro y nos fuimos.

Llegamos donde nos juntábamos. Atrás, para abajo, había un barranco donde tiraban los cascarones quemados de los carros del deshuesadero. Habíamos hecho como una cancha y al fondo había una barda, ahí estaba una virgen de Guadalupe, una virgen que habíamos dibujado con varios murales. Llegamos y le dijimos lo que habíamos hecho, el otro, porque yo ni podía hablar. Iba con otra onda en mi cabeza, llevaba un caos dentro de mi mente, era un caos porque yo había vivido muchas experiencias pero nunca esa de haberle quitado la vida a una persona. Nos movimos a donde estaba el resto, había unos que estaban tomando y fumando marihuana. Llegué y empecé a tomar cerveza, a fumar y a pedirles de toque. El otro fue el que les empezó a decir, “sabes que un bato se nos puso al brinco, le quebró un foco a su ranfla y este bato sacó el cuete y lo cueteó. Conocieron la ranfla, ahora nos van a venir a buscar porque supieron para donde le dimos. Era uno más veterano, le dicen el Chato”. “Pus sabes qué, se trata de que vamos a desafanar tu ranfla”, dijeron los otros. Le quitaron partes, la despedazaron y le prendieron fuego, cuando la apagaron tiraron el cascarón. Cuando hicieron eso me sentí defraudado, porque antes de que la despedazaran y la quemaran les decía que la pintáramos, que la transformáramos. Estaba idiotizado con mi ranfla, estaba prendido de ella. No quisieron y me sentí defraudado, la desmadraron toda. Sentí odio al que le vació la gasolina y le prendió fuego, como que me había defraudado. Yo que tan bien me había portado con ellos, que cuando alguien torcía y le hacíamos un vaquero para pagar su fianza o desafanarlo yo apoyaba. Y a ese lo acabábamos de desafanar de una bronca. Dije “ese bato, wacha,” el pedo es que fue la primera vez que me sentí defraudado por ellos. Me aparté y me reconcilié con mi familia, porque también ellos me dijeron “sabes que,

ábrete, ábrete porque te van a buscar”. Al que me acompañaba se lo llevaron del barrio, yo me reconcilié con mi familia.

Tendría como unos 18 años. Mi padre estaba en contra de que yo me volviera a acercar con la familia. A la primera que le confié fue a mi hermana mayor, porque ella era como mi caja fuerte. A veces que la miraba le daba joyas, le daba dinero a que me lo cuidara, ella me daba consejos, me preguntaba qué andaba haciendo. Le comenté lo que había hecho y luego lo de mi carro; me dijo que por qué, lloró y lloró hasta que me quedé dormido en sus brazos de ella. Sentía miedo pero cuando me empezó a platicar cosas bonitas me quedé dormido en sus brazos. No sé cuanto rato pasó, yo iba drogado, iba loco. Me decía que me retirara de esas amistades, que me diera cuenta lo que me habían hecho, que no era cierto lo que me decían, que no eran mis amigos. Pero yo les sentía confianza, me sentía protegido por ellos, me había sentido desilusionado por lo que me hicieron pero todavía me sentía parte de eso. Entonces me dio coraje con mi hermana que me empezara a hablar mal de ellos. Le dije que se callara, que olvidáramos eso por el momento. Me empezó a decir que si no me quería ir para el sur con mis abuelos, a un rancho. Me habló cosas bien bonitas y sentí como si me estuviera contando un cuento, me empezó a dar sueño y quedé dormido no se cuanto rato. Desperté al momento bien confundido. Porque de andar en las calles y en la ranfla, dormir con frío y todo drogado, ver pleitos y puras broncas, ver un desmadre, robos y todo eso, al despertar en mi casa sentía un calorcito, sentía algo bien. Pero trascurrieron las horas y empecé a sentir un malestar porque yo ya no duraba tiempo bueno y sano, empezaba a consumir y cuando se me iba bajando el efecto consumía más y más.

Nunca había experimentado una “malilla”. Cuando desperté en mi casa todavía estaba con el influjo pero trascurrieron unas horas y me empecé a sentir nervioso, desesperado. Me empecé a malhumorar. Mi padre no estuvo muy de acuerdo en que me volvieran a aceptar en la casa y mi madre ya estaba de su lado porque a él lo habían golpeado mis compas; entonces empezaron a ponerme condiciones y recriminarme cosas. Yo todo nervioso y malhumorado. En medio de la “malilla” lo que hice fue salirme a conseguir droga. Usaba píldoras, unas que les decían diablitos. Las conseguí, me drogué y empecé a sentir otra vez tranquilidad. Pero donde conseguía la droga pues era con los de la pandilla, con los de mi barrio. Cuando estaba ahí llegaron unos también a levantar, me miraron y le dijeron al bato que la estaba vendiendo “sabes qué, a este güey no le andes vendiendo esas madres, este bato trae un bronconón encima, quebró un bato y lo anda buscando la jura”. Empezaron a hablar un chingo de chingaderas, me sentí más desilusionado. Les decía, “entonces ¿no que ustedes me iban a ayudar, no que ustedes me iban a proteger y que onda su apoyo? Cuántos paros hice, cuántas cosas hice para ayudarlos y ustedes, ¿por qué a mi no me pueden ayudar? Me sentía muy mal y por eso vine”. Me dijeron que no querían verme por ahí, “mientras se enfrían las cosas porque se va a calentar el barrio, se va a calentar este pedo y ¿sabes qué?, por tu culpa”. Dijeron que me ayudarían si la bronca hubiera sido por algo que hubiera sucedido en el barrio, que estuviera afectando al barrio; pero que eso había sido por mi loquera, por mi onda gacha que traía, por puros problemas pendejos. De esa manera ellos no me podían ayudar ni se querían meter en broncas porque “una calaca sale muy cara, son muchos años de prisión o un buen billete y nosotros no queremos ni ir a marcar ni hay billetes para pagar una bronca de ese tamaño”.

Me volví a casa de mi madre. Pero como al salir los dejé hablando solos, estrellé la puerta y me salí, ella me dijo que con todo el dolor de corazón de madre estaba de parte de mi padre y entonces no me quería ver en la casa, menos de la manera en que le había faltado el respeto a ella. Me salió, “no, pues también ustedes no me quieren, pues sobres, nunca más van a volver a saber de mí”. Ni los del grupo ni mi familia, me sentí solo.

Me fui para unas cuevas, atrás estaba un cerro con unas cuevas y ahí teníamos cobijas y ropas porque se había llevado una muchacha y la habían violado, una hija de una profesora pero bien balcona, era siempre la que le hablaba a la placa. Había problemas con esa profesora. Tenía una hija, estaba bien buena. La habían metido ahí y la habían violado entre unos quince, la muchacha quedo mal. Estaba bien bonita del cuerpo, la muchacha quedó como histérica, se jalaba el pelo y se agarraba llorando. Entonces me fui a esa cueva, llevaba como unas diez píldoras y un galón de agua. Estuve un día na'más tomando agua pero ya empezó a caer la noche, Tenía hambre, además ese día había experimentado lo que era una “malilla”. Me dio miedo que se me fueran a acabar las píldoras, “otra vez voy a empezar a sentirme mal y voy a tener que ir a conseguir más”, me dije. Como ya no traía dinero, ¿de dónde voy a obtenerlo? Y luego me llegaba la cárcel, lo que me habían dicho ellos, que eran muchos años. Mi familia no me quería en la casa y lo que ellos me habían dicho, que yo solo iba a solucionar mi problema, que con ellos no contara porque yo había hecho ese jale pendejo, a lo puro pendejo, me había metido en una bronca no más por andar bien loco. Ya no podía entrar ahí.

Me fui caminado, empecé a caminar por la vía, bajé por la Vía Floresta, me metí por un túnel y empecé a caminar hasta que llegué a un lavado de carros, estaba una bolita de gente en una lumbre. Me reuní con ellos, estaban tomando, me dijeron que ahí había jale y que podía quedarme. Como traía una chamarra con el placazo del barrio y todo eso me tuve que deshacer de ella y hasta de mi manera de vestir. Empezaba a investigar de las prisiones, cuánto tiempo le daban por homicidio a una persona. Entonces ya no consumí, en ese tiempo dejé las píldoras, no más fumaba marihuana y tomaba cerveza. Me cambié un poco. Pasó el tiempo hasta cuando en una ocasión llegó uno de los de mi barrio a lavar su ranfla, habían pasado como siete meses. Llegó el bato, yo andaba con mi pelo largo y con otro tipo de vestuario. Ya no me vestía como cholo. No me reconocía, yo sí lo reconocí de volada. Me acerqué, lo saludé y pos me dio la noticia, me soltó el rollo de cómo estaba el pedo en el barrio. Traía una bolsa de diablitos y me dio esa madre, la pensé pa'tragármelos otra vez. No los tiraba, como que los quería y no los quería; empecé a tomar, empecé a pistear y ya pedo se me hizo fácil aventarme dos. Me pusieron bien loco y me subí a un carro, por un momento se me fue el rollo y cuando agarré la onda ya estaba allá otra vez con mis compas. Empecé a pelearles, les dije lo putos que se habían portado, que me había desilusionado y dejado abajo bien gacho. Empecé a tirarles bronca. Me decían que era puro pedo lo que me habían dicho, que sí eran mis compas y que me quedara. Me ayudaron a cortarme el pelo, a levantar garra, supuestamente a alivianarme y empezamos a hacer jales y jales hasta que pasó el tiempo. Ya de esa persona a quien le quité la vida en una gasolinería pasaron como dos años y medio.

Nos aventamos un jale y le pegaron un balazo a un compa, a mi camarada le pegaron un balazo en una pata. Yo por regresarme a levantarlo nos truenan y caigo por primera vez en la

penitenciaria. Sentí miedo, un temor de que me fueran a sacar la muerte de aquél bato. Íbamos por asalto, entonces pues no, no me sacaron lo de la muerte. Viví dentro otra experiencia, porque yo siempre he sido chaparrillo y luego estaba más delgado y un puto de ahí quiso abusar de mi, quiso agarrarme a fuerzas, me quería violar la pinta esa. No lo logró, quiso pasarse de verga el güey ese. Fue cuando conocí la heroína. Vivíamos en una carraca, varias personas de ahí del barrio 200. Un bato que le decían el Sarapicos, estaba tuerto de un ojo, había visto que todos mis compas se habían salido y andaban pasando lista. Había dejado la puerta abierta y miró que entré, me quité la camisa y los zapatos, traía un shorts y estaba acostado boca abajo; cuando de repente sentí su cuerpo de él encima y me empezó a querer bajar el shorts, luego me agarraba las nalgas, me besaba la nuca y mi espalda, me decía que tenía la piel bien suavcita. Sentía bien culero que el bato ese estuviera haciendo eso. Luego, como me alcanzó a bajar el short, se sacaba el fierro y me lo tallaba en las piernas, me tiraba el piquetazo, no'más que yo forcejaba, me estaba moviendo y no alcanzaba a penetrarme. Sentía una pinche impotencia de no poderme quitar ese güey de encima, no podía porque el bato me agarró y me amacizó. En eso entró un compa. Teníamos un barrotito ahí en la pura entrada, ya habíamos garroteado a varios cabrones, para eso lo teníamos. Entonces llegó mi compa, un camarada que le decían el Chota, agarró a puros pinches garrotazos al bato ese, me lo quitó y el Sarapicos salió de ahí corriendo. Sentía asco, como ganas de matar al güey, sentía un pinche coraje bien gacho.

Pero mi compa el Chota ya andaba bien prendido de la chiva, andaba prendido de la heroína. Me dijo "ira wacha güey, no se sienta culero porque este pinche vicio ta'gacho. Te voy a dar una madre porque se lo que sientes ahorita. Vas a ver, te vas a alivianar". Como no dejaban las jeringas ahí dentro entonces se usaban goteros, les ponían una madre y luego una aguja, le decían chupones. Me inyectó. Empecé a sentir que un calor corría dentro de mi. Sentí un viaje de aquellos, se me quiso olvidar lo que había pasado, no se me olvidaba pero ya no era tan fuerte lo que sentía contra ese güey. Luego la onda de la curiosidad de la loquera esa. Todo cambió cuando me empezaron a dar ganas de vomitar. Primero me dio sed, tomé agua y agua hasta que el Chota me dijo que no tomara tanto líquido, entonces me provocó vómito. "Esa droga nunca la voy a volver a usar", me dije en medio del desmadre. Eramos varios del barrio los que estábamos ahí, miraba como le quitaban las bolsas del mandado a las visitas y como tumbaban al más débil. Entonces nos unimos más dentro de la penitenciaría. Todo lo que robábamos dentro de la cárcel lo comprábamos de droga, de heroína, empecé a consumirla seguido. Salí prendido de la penitenciaría, cuando me dieron mi libertad no quería salir, de la torcida no quería salir. Sentía lo que sentí cuando ingresé a la pandilla con mis compas, en la penitenciaría tenía todo, comida y lo que quisiera. Pus entonces no quería salir pero lo tenía que hacer. Me mandaron con regalos para familiares de los compas, "se lo llevas a mi hayna, se lo llevas a mi jefa, ira lleva esta carta para allá y esta estuca para acá". Muchos encargos, "cuando quieras cae y aquí puedes estar con nosotros", decían al despedirse
Salí con un chupón y mi dosis de heroína.

No tenía donde llegar. Mi familia se había enterado de que yo estaba en la penitenciaría pero no tenía donde llegar. Toqué las puertas de un compa, me dijo "no, ábrete porque vienes de la torcida". Fui con un carnal del bato por el que yo me había regresado cuando le pegaron el cuetazo en la pata -lo ayudaron a salir porque quedó en muletas con el pie chueco-. Le dije

“hazme el paro, déjame quedar a dormir”. Me dio las llaves de su ranfla, que me quedara pero que temprano me abriera porque yo era muy problemático. “Tú no sabes controlar las drogas” dijo. Quise decirle que ya no usaba píldoras, que le ando poniendo a una madre que me pone relax y no me da por hacer desmadres. Pero me lo callé, me quedé dormido en la ranfla. En la mañana me levanté pero no podía inyectarme solo, no sabía hacerlo pese a que le batallé. Cuando el bato llegó me recordó que me había dicho que me abriera pronto. Entonces miró lo que estaba haciendo, “no’mbre wacha, no más a lo que le andas poniendo, si he sabido anoche que le pones a esa madre ni te dejó que duermas en mi ranfla porque hasta sin ranfla me andas dejando, ese”. Me bajó, le atiné a la vena y me inyecté, me relajé y le respondí “sabe qué, chingue su madre”. Llevé los encargos a sus dueños y me sentía bien de estarles llevando el mensaje. Pero pues se me fue bajando el efecto, se me fueron acabando las dosis que llevaba. No sabía que me iba a provocar un malestar tan gacho, mi mente estaba retrastornada. Me duró unos dos días lo que traía; pero ya iba sabiendo de personas que usaban ese tipo de droga, me reuní con ellos. Empecé a hacer robos, empecé a asaltar más descarado, más sin compasión, me fui metiendo en más problemas para conseguir la dosis.

En el barrio no hay presencia de la mara salvatrucha. Si he tenido cotorreos con batos de esos, están bien piratas esos güeyes. Una vez nos aventamos un jale con uno de ellos, fue por eso que me enteré de su presencia. Bien psicópata el bato. Nos aventamos un asalto y no había necesidad de que llegara hasta ese grado, el bato golpeó una hayna, la golpeó hasta que le reventó la cara, hasta que se desmayó. Supe que era del Salvador, que traía problemas y venía huyendo, traía líos de Estados Unidos y de su país. Tenía un apodo medio raro, no recuerdo bien porque no convivimos mucho; pero sí, le decían Marioneta.

Los de mi barrio una vez fuimos a matar gente. Nos pagaron porque habían matado a un compa y a una camarada con una niña, llegaron y los cuetearon ahí por un pleito de barrios, ese. Entonces también nosotros fuimos a hacer eso. Nosotros teníamos problemas con los de la Campos y luego con los del Cuarenta, acá por el Rubí. Después también empezamos con los del Cañón. Recuerdo que una vez nos cuetieron y no eran los de otro barrio. Bueno, si era causa de los de otro barrio pero fue por los padres de un muchacho, porque lo habían quebrado y los padres del bato lo hicieron por venganza, mandaron a otras personas ajenas de pandillas a cuetearnos.

En el barrio había gente mayores de 35 años pero los que abundaban más eran entre 20 y 25. Había hombres y mujeres. Festejábamos al rojo vivo el día de la virgen, lo hacíamos ahí donde está pintada sobre la barda. Las generaciones la han ido siguiendo. Ella es como nuestro escudo, es la madre que nos ha protegido. Una señora que se dedicaba a traficar pollos tenía un hijo que era miembro de la pandilla. El terreno era de ella, un terreno grande que usaban como parque. Aventaron un piso y luego una barda, hacíamos bailes ahí el día de la virgen. Es tradicional cada año, asisten todos, hasta los más veteranos ya calmados. También los hijos de batos que estuvieron en la pandilla, son miembros porque tienen su respeto por haber defendido el barrio. De ahí siguen sus generaciones, ellos mismos se los inculcan a que se pongan el placazo del barrio: un 200. Cada uno se lo pone según el gusto de cada uno, la mayoría lo traía en la mano. Los más piratas se lo ponían en la cara, pero casi todos en la espalda o en la mano, ese. Los de la cara se ponían un dos en un lado y dos ceros en el otro, en cada mejilla. Otros en la cabeza, pero siempre había que traer

el 200, para ser respetado y para que se hiciera lo que hacían conmigo, ser apoyados por el barrio. En la cárcel para tirárselo a los de otros barrios, más cuando había de otras colonias que nos respetaban, que nos tenían temor porque sabían como actuábamos y la manera en que nos sacábamos la espina si le brincaban a un bato del barrio. Entonces por respeto, para levantar respeto siempre había que traerlo plaqueado, para poder ser respetado.

Ha sido una cosa muy dura todo lo que yo viví dentro de ese pedo. Pero eso se lo inculcan a los morros, no me gustaría que mis hijas vivieran esa onda. Tengo dos hijas. No puedo decir que soy su padre porque las engendré pero nunca fui responsable. Nunca estuve con ellas, no fui responsable, nunca. Viven con la abuela de la mamá, la conocí en el barrio. Andaba así con su carita como si nada, pero la hayna también se prendió y anda en su rollo también ella. Está medio pirata, media acelerada, entonces qué vida le espera a las niñas. No me gustaría que también ellas cayeran en eso, pero yo qué puedo hacer. Entré por una ignorancia ... o no sé, porque no hubo alguien que me previniera de lo me iba a tocar vivir. Me gustaría que no cayeran pero ya tienen algo sembrado en su corazón de ellas, lo que se sembró en mi corazón respecto a mi padre, ahh!!! ellas también tienen una semilla amarga respecto a sus padres. Su abuela me lo platica, y las veces que me he querido comunicar con ellas se oye en su tono de voz el odio y el coraje, la rabia que me tienen. ¿Qué se puede esperar de una persona que tiene su corazón dañado, bien envenenado con resentimiento y odio, ese? Empieza a buscar el refugio en drogas, en alcohol, se siente lo que sentí yo, que me sentía protegido por la clica.

Viví y pase todo eso de estar en prisiones, ver tantas muertes y asaltos, tantas cosas. En su momento llegué a disfrutar la emoción de todo eso, pero ya ahorita veo las cosas de otra manera, veo que no estuvo nada bien. Y entonces por eso no me gustaría que ellas pasaran lo mismo ... sí me da temor que pasen por lo mismo.

II. EL TIEMPO PARALELO

Qué leer en el testimonio de Rayo. Un sinnúmero de temas aparecen. La familia y el conflicto tenaz con el padre; el grupo de amigos y una amplia gama de sentimientos; los consumos de droga y las adicciones; los episodios violentos y las prácticas ilegales; la escuela y la cárcel. En fin, en medio de esta abigarrada panoplia de temas, ¿cómo se ordena su relato? El tiempo paralelo, con sus tres rasgos

constitutivos, introduce un artificio de interpretación: el vínculo con las instituciones, el grupo y el mundo ilegal, el miedo y la protección.

1. Primer rasgo: el afuera

La precariedad del vínculo institucional es visible, comenzando por el espacio de la familia. Uno de los acontecimientos que vertebra el texto es, preciso, la relación conflictiva con el padre. Desde la primera evocación lo dice, *<recuerdo cómo llegaba mi padre bien tomado>*. Los sentimientos encontrados hacia la figura paterna se extienden a lo largo de la narración. A veces, ciertamente las menos, con una cierta dosis de comprensión: *<Ya de grande se los problemas que tuvo y por qué se comportaba así>*. Más otras veces, las frecuentes, se deja venir con la carga de resentimiento y desamor que se fue amontonando a lo largo de los años. Lo repite a propósito de una y otra situación, *<le guardé mucho odio>*. La dolorosa muerte del hermano menor mientras cumplían con un mandado, el suceso que signará el destino del personaje, se halla igualmente marcado por el desencuentro con el papá; cuando va de regreso a la casa a enfrentar lo sucedido *<llevaba un miedo terrible porque le tenía pánico a mi padre>*.

La madre se ubica en una posición distinta, al menos mientras Rayo estuvo pequeño. Es conciente del rechazo del padre y no deja de intentar alguna forma de encuentro con el niño: *<Ella era mucho más lo contrario que mi padre, miraba como me*

desairaba>. En las ocasiones en que el papá le culpa de la muerte del hermano, <*duró varios años que en sus tomadas me lo decía*>, la mamá interviene afirmando que se trata de nada más que un accidente; es la ocasión en que ella protesta ante la violencia paterna y nombra el daño que le hace al hijo –su sometimiento pasa hasta por “consentir” relaciones sexuales después de ser golpeada, un episodio que parece repetirse de seguido-. Rayo ingresa a la pandilla y con ella construye la capacidad de desafiar el temido autoritarismo del padre, <*no dejaba ni que ...me golpeara, ni que me castigara ni nada, me salía corriendo*>, al tiempo que va tomando distancia de toda demanda familiar: <*Primero sentía tristeza cuando mi madre me reprendía pero ya después no sentía nada, la ignoraba, la dejaba hablando sola*>. Durante algún tiempo la situación se sostiene en medio de un conflicto cuya intensidad se va escalando, <*cada vez fueron habiendo más problemas y yo lo que hacía era salirme*>, hasta que llegado un punto la situación se vuelve insostenible. El resultado viene a ser el abandono de la casa, <*vivía un día con una familia de algún miembro de la banda y al otro día con otra*>. Tiempo después nos cuenta de las pernoctadas en la <*ranfla*>, ese coche que <*era mi casa, era mi todo*> y por el que comete el primer homicidio que le obliga a retornar al seno familiar. La hermana aparece en escena, lo contiene y le da consejos hasta el punto de permitirle un breve reposo; sin embargo el deterioro del vínculo ha hecho su progreso, bien pronto la mamá debe decirle que está del lado de su marido y <*entonces no me quería ver en la casa*>. La fractura se ha consumado. Años después, en el momento de salir de purgar una pena, <*mi familia se había enterado de que yo estaba en la penitenciaría pero no tenía donde llegar*>.

Cuando Rayo crece y se encuentra con una mujer el ciclo vuelve y se repite, ahora bajo la forma del abandono. Al final del texto cuenta que tiene dos hijas con las que nunca ha convivido, las mantiene la abuela. La madre, al igual que Rayo, permanece en su propio viaje. Las puertas de ingreso a su mundo están abiertas, un mundo del que él finalmente toma distancia. Le dolería que las hijas lo siguieran pero sabe que *<ya tienen algo sembrado en su corazón de ellas, lo que se sembró en mi corazón respecto a mi padre>*. La abuela se lo cuenta y cuando intenta platicarles *<se oye en su tono de voz el odio y el coraje, la rabia que me tienen>*. La familia se desvanece, tanto la que le dio a luz como la que pudo haber sido con el nacimiento de las pequeñas. En su lugar se acomoda el dolor profundo, ese que brota de la violencia sin compasión del padre, pero también del que nace en el vacío propio del olvido y el abandono.

Si tal sucede con la familia algo peor acontece con la escuela, apenas si tiene lugar en el relato. Ciertamente la trayectoria es mínima, ni siquiera concluye la primaria y luego no vuelve a aparecer interés alguno por los asuntos escolares. Empero, justo su escasa presencia da cuenta de la contundencia con que se le rechaza. La clausura de Rayo es inobjetable, *<llegué hasta tercero>*. De las aulas no quedan sino los recuerdos del cansancio y el sueño, de las suspensiones y la primera pelea. Al igual que en otras facetas de la experiencia de nuestro narrador el padre aparece como precipitante del fracaso; entre desvarío y desvarío lo levanta, lo saca de la casa y

tantas veces lo golpea, obligándolo a ir a la escuela con el sopor del trasnocho y el maltrato. *<Luego eran pretextos que él ponía para llamarme la atención, que por qué tenía bajas calificaciones y por qué los reportes decían que me dormía en la hora de clases>*. Junto al hostigamiento paterno el desacomodo con los compañeros, los castigos y el bajo rendimiento lo disuaden bien pronto de concluir la carrera educativa, poniendo punto final al vínculo con el aparato escolar.

El trabajo sufre un destino similar, al menos el legal. Se hace mención de dos ocupaciones, ambas emprendidas a temprana edad. Inmediatamente cerrados los tratos con la escuela hace mandados para los vecinos a cambio de los cuales recibe unas cuantas monedas. Días después entra a trabajar en una carpintería, al parecer una ocupación a la que se entrega durante un tiempo. Será su primero y último oficio formal, de allí hacia delante no se vuelve a hacer mención ninguna sobre alguna especie de ocupación laboral. En su lugar, mientras empieza a pasar *<más tiempo y más tiempo>* con el grupo de *<compas>*, hace su aparición el robo. El ingreso de dinero y el consumo de droga están entonces garantizados. El vínculo con el trabajo legal, de igual manera que con la escuela, se torna visible por su ausencia.

La familia, la escuela y el trabajo son los espacios instituyentes donde las nuevas generaciones arman el nexo primordial con los flujos de la vida social. Cada una desempeña su papel, de la familia se espera la instauración de una ética del amor sobre la cual moldear la moral y el sentimiento; a la escuela se le demanda la

formación del científico y el ciudadano; al trabajo -en caso de que lo escolar por alguna razón cojee-, se le exige la incorporación en los rigores del oficio y la productividad. En la trayectoria vital de Rayo, sin embargo, las tres esferas se encuentran lejos de su cometido. El vínculo familiar, la única mediación revestida de presencia con significado, se quiebra abandonándolo al agobio del malestar y el desencuentro; entretanto la escuela y el trabajo se ven impedidos para crear una expectativa capaz de crear algún horizonte de significado capaz de atrapar a un muchacho pequeño. El tejido social de México posee reservas colectivas de las que nos ocuparemos adelante. Empero, pese a los matices que tales reservas introducen, el testimonio de Rayo evidencia la fractura de la institución formal.

2. Segundo rasgo: protección y trasgresión

El vacío generado por la precariedad institucional se llena de contenidos alternativos. El grupo de amigos el primero, los <compas> pasan a ser el sitio en donde se invierte cada vez más tiempo hasta que el <barrio> termina convertido en el espacio de intercambio y circulación con el otro. Desde allí se mira el mundo. Siempre se le encuentra, se agrupa a diario sostenido sobre su extraordinaria capacidad de convocatoria. Para hallarlo sólo es necesario flanquear el umbral de la puerta de la casa y plantarse en medio del abigarrado universo de la calle. Ahí están, lo vienen haciendo desde tiempo atrás. <Mi padre se juntaba con una pandillita ... se reunían a diario>, comenta Rayo de su infausto progenitor. La conexión está dada,

los vecinos les conocen y como consecuencia circulan una diversidad de vínculos entre unos y otros: *<Cuando me suspendían de la escuela cerca había un parque ... ahí se juntaban los cholos. Como eran amigos de mi padre me hablaban>*.

Los primeros intercambios con los *<cholos>* del parque mutarán después en una identidad cabal, al paso de unos pocos años Rayo será miembro pleno de *<barrio 200>*. Una vez adentro, la entrega a ley interna no admite titubeos, se pertenece bajo la obligación de realizar los *<paros>* que sea preciso prestarle a los demás, pero también se pertenece con la certeza del cuidado que el grupo presta a quien observe sus reglas y determinaciones. La necesidad de *<protección>* se convierte en valor capital. A la *<pandilla>* se le reclama garantía de supervivencia ante la vida *<de andar en las calles y en la ranfla, dormir con frío y drogado, ver pleitos y puras broncas, ver un desmadre, robos y todo eso>*. De allí que *<los problemas que yo tenía me los solucionaban, me protegían>*. El día en que Rayo se ve forzado a retornar a la casa paterna a causa del homicidio en la bomba de gasolina, las reconvenciones de la hermana le hacen enfadar pues *<les sentía confianza, me sentía protegido por ellos, me había sentido desilusionado por lo que me hicieron pero todavía me sentía parte de eso>*. La certidumbre de *<me sentía parte de eso>* porque *<me sentía protegido por ellos>* no vacila ni un instante. Siete meses de destierro por el asesinato parecen no ser nada; ante el imprevisto encuentro con un antiguo miembro del grupo en el sitio donde a la sazón trabajaba, unos cuantos *<diablitos>* bastaron para que casi sin darse cuenta *<ya estaba en el barrio, estaba otra vez con mis compas>*.

La protección del <barrio> hacia sus integrantes, además, pasa por el despliegue de un afecto y una solidaridad capaz hasta de llenar los más recónditos recovecos del alma, <ellos eran mi familia ... eran para mi todo>. El encuentro con <ellos> le socorre en la herida más profunda que trae consigo, el desamor del padre, quien no cesa en el intento de aplastarle. Frente a la humillación, el grupo, por el contrario, le provee del reconocimiento que parece resultarle esquivo en cualquier otro lado: <Me sentía parte de ellos porque me felicitaban, me decían que era muy inteligente; todo lo contrario de mi padre que me decía que yo era un pendejo>. La confrontación entre el grupo y el padre – entre el <barrio> y la familia-, activa la ley de protección incluso en contra de este: <Una vez llegué golpeado, con la espalda llena de moretones porque mi padre me había pegado, uno de ellos fue y le dio al viejo. Sentí un gusto ... me sentí protegido por ellos>. No cabe duda, el grupo de amigos es <para mi todo>.

A la edad de Rayo, un muchacho frisando los 15 años, no es de extrañar la necesidad de una relación de intimidad y cuidado con un grupo de pares. La edad joven se caracteriza, entre otras condiciones, por la propensión a estrechar vínculos con seres cercanos en edad, búsqueda e interés. Por demás es la marca de los tiempos, la demanda de reconocimiento en una era donde escasean las referencias respecto a algo en que creer y alguien en quien confiar. Un grupo cercano y cálido es una respuesta, más si se compone de personas con expectativas de vida si no iguales por lo menos similares. El <barrio>, no obstante, resignifica dicha demanda

en un contexto singular. ¿Por qué la <protección> viene a ser la operadora de sentido del vínculo en el grupo?

En varias oportunidades Rayo se refiere a las aprobaciones del grupo, en todos los casos a la manera de anécdotas que le resultan gratificantes. Naturalmente, de nuevo en relación con la piedra capital que viene a ser el padre, aparecen los reconocimientos donde nuestro personaje recrea una imagen de sí mismo en contravía de la que el papá se ha encargado de crear y sostener. Ya lo escuchamos, <me decían que era muy inteligente; todo lo contrario de mi padre que me decía que yo era un pendejo>. Lo mismo, frente al carpintero que le contrata como ayudante cuando estaba más pequeño le dijeron <que yo era bien verga, que le ganaba al carpintero>. En una y otra ocasión el mismo texto aparece, <los miembros de la pandilla me felicitaban, me decían “que chingón eres”>.

Con todo, la mirada atenta sobre las circunstancias en que aflora la aprobación grupal revela que se trata, sin excepción, de situaciones asociadas a prácticas conflictivas. <Me felicitaron, me dijeron “hijo de trigre, tigrito”> aquella primera vez que golpea a un compañero de la escuela porque <me daba mucha carrilla>. La felicitación frente al carpintero se formula toda vez que Rayo comienza a sacar el pegante en botellas clandestinas que luego van a satisfacer las ansias de consumo de <ellos>. En otra oportunidad, una vez se <corona> el primer robo de una tienda metiéndose por la ventana valido de su pequeña estatura, <me felicitaron, a toda

madre, todos iban riéndose>. Del mismo modo la adopción de la práctica de enterrar el cuchillo viene presidida por el exclamativo de *<que chingón eres>*, claro, una vez se sobrepone el horror de *<ver la cara de la gente cuando la picaban>*. Los miedos iniciales se superan, es la regla que ha de cumplir quien aspire a mantenerse como miembro activo y respetado del grupo. Basta una pequeña práctica adosada con uno que otro estimulante, *<las primeras veces me daba miedo. Fue cuando fui conociendo mas la droga>*; el pánico se transforma entonces en profundo sentimiento de agrado, *<cuando navajé por primera vez a otra persona que no era nada mío lo hice con satisfacción, me gustó enterrarla. Luego lo hice seguido>*.

El consenso grupal en torno a tales anécdotas está fuera de duda, los gestos de gratificación que desatan lo revela. El punto crucial reside en que el reconocimiento colectivo hacia sus miembros se hace sobre estas pericias, y no sobre otras, en tanto el grupo se construye sobre la adopción sostenida de tres prácticas conflictivas, a saber, consumir droga, robar y ejercer violencia. Ciertamente el gesto de lo juvenil pasa hoy día por la ironía y el desafío, la burla y la provocación. Asumirse joven, para todo individuo o grupo que pretenda hacerlo, tendrá que pasar en un momento o el otro por el despliegue de alguna forma de trasgresión. Sin embargo *<Barrio 200>*, el grupo de Rayo, no emprende sin más una cualquiera, la suya tiene marca particular: la llamaremos trasgresión violenta en razón tanto de la naturaleza como de la intensidad que involucra cada una de las tres prácticas.

En primera instancia el consumo de *<droga>*, la más decisiva de las tres por cuanto, de buen modo, ella empuja las otras dos: se roba y violenta bajo el estímulo de sus efluvios pues es preciso conseguir los medios para continuar *<prendido de la chiva>*. No en vano los consumos cruzan de principio a fin el testimonio. Aparecen desde el inicio cuando descubre por sorpresa el motivo de la muerte del padre – una sobredosis-, en un momento en que esculcaba papeles porque *<andaba encabronado buscando robar algo para la heroína>*. La marihuana aparece bien pronto. Desde el instante en que comienza a crearse la relación con los viejos amigos del papá *<uno me llegaba a aventar el humo de la marihuana en la cara ...me hornié de más y me gustó la sensación>*. Poco tiempo más tarde ellos mismos le introducen en la adicción al *<pegamento>*. Nuestro narrador, como suelen hacer los *<viciosos>* cada vez que hablan de su primera vez, describe con minucia el contacto inicial con la bolsa llena de pegante y los *<polvos ... para darle más sabor>*. Como casi siempre sucede la vivencia de entrada no es del todo agradable pero a fin de cuentas sólo vale la experiencia *<que nunca la había vivido>*. De allí en adelante *<sólo le decía que me preparara mi bolsa para inhalar pegamento>*. En el momento del asesinato el consumo ha cambiado a los *<diablitos>*, las pepas que está buscando cuando se encuentra los miembros de la banda que lo terminarán de desterrar y las mismas que volverá a ingerir para intermediar el regreso a los *<compas>* pasados siete meses de distancia. Al final del relato Rayo llega a la heroína, la recibe por vez primera estando en prisión empujado por el intento de violación del *<Sarapicos>*. Del mismo modo

que con el pegante la descripción de la *<envenenada>* pasa por el malestar, por la sed y el vómito, mas poco después la está consumiendo de seguido hasta el punto en que *<cuando me dieron mi libertad no quería salir, de la torcida no quería salir>*.

El robo, la segunda práctica conflictiva, es también eje nodal del curso de la narración. Como es lo propio del adicto día por día se enfrenta la imperiosa necesidad de la dosis, la que se consigue con prescindencia de la clase de medios que sea preciso emplear para ello. El texto se inaugura con un episodio de esos, el ansia de consumo se traduce en el típico saqueo de la casa con tal de hallar *<algo para la heroína>*¹. La incorporación al robo se ha producido temprano, siendo todavía un pequeño comienza a formar parte de las correrías colectivas ingresando a hurtadillas a los comercios. Se narra con emoción la primera vez, *<estaban planeando un robo y uno de ellos me señaló, dijo que iba a serles útil. Fue mi primer robo>*. La edad y el tamaño se prestaban al cumplimiento de ciertas funciones, lo metían por una ventana de modo que pudiera abrir la puerta y dar ingreso al resto de la banda. *<Entonces empecé a participar en muchos robos, hasta para bajarse personas>*. Así es, siguiendo las consejas de los mayores hacía el *<paro>* de un desvalido muchacho a quien su padre golpea sin misericordia –una parodia que hace sin el menor esfuerzo-, colocando en el desamparo a las incautas parejas que se acercan a socorrerlo. La práctica se prolonga, su continuidad le lleva por primera vez al tutelar de donde es sacado por *<una pareja de las personas que me invitaron a robar>*.

¹ En el momento en que se escriben estas páginas Rayo ha debido ser internado sin su consentimiento en un centro de tratamiento de adicciones. El deplorable estado en el que se hallaba, tirado en la calle por completo desconectado, forzó la decisión. Es triste, un ser de tan extraordinaria sensibilidad enteramente ido.

Como sucede siempre las necesidades de consumo aumentan conforme pasa el tiempo y se va adquiriendo la destreza para obtener mayores dividendos; no sólo se quiere mayor cantidad de cosas sino que se aspira a comprar objetos cada vez más valiosos. En efecto, los <piques> de carros en la calle le mueven el gusto por las <ranflas>. Entonces <planeé un robo por mi propia cuenta ... salió bien, me compré un montecarlo>. El ejercicio del robo salpica la narración cada tanto. Aparece después cuando, en medio de un <jale>, un compañero es baleado en una pierna. La solidaridad de grupo se impone sobre el instinto de supervivencia y el pánico de la captura, Rayo detiene su huída y de regreso por el compañero caído es detenido y recluido en el <tambo>. Esta vez sí purga una larga pena al cabo de la cual sale maniatado a la heroína: <Empecé a hacer robos, empecé a asaltar más descarado, más sin compasión, me fui metiendo en más problemas para conseguir la dosis>.

Queda pues la tercera y última práctica conflictiva, la violencia, otra arista que cruza y ordena el relato. Mientras todavía permanece en la escuela un niño empeñado en hostigarlo termina recibiendo su castigo, <tuve una experiencia extraña porque me satisficó al verme desfogado golpeándolo>. La golpiza a quien llegó a producir malestar por sus acosos produce la fascinación propia de la victoria, <me empezaron a llamar la atención los pleitos>. La sangre fluye, al principio produce un cierto estremecimiento pero el contacto continuado con ella reconforta provocando la invasora sensación del poder. Aparece el arma, la navaja, la garantía segura de la sumisión del Otro. <Me sentía protegido por esa navaja, me armaba de valor cada que la

agarraba> y entonces la discusión por una camisa concluye con la agresión brutal del hermano. Verter *<mi sangre>* le genera toda suerte de contradicciones; mas cuando empieza a hacerlo con extraños a la familia *<lo hice con satisfacción, me gustó enterrarla>*, el estímulo imprescindible para que de ese instante en adelante se convierta en un hábito ejercitado de seguido. Vendrá después el homicidio del personaje con quien se enfrenta, todo indica, por una causa sin la menor importancia. Tanto así que el suceso que le impacta de manera tan trascendente no da lugar a ninguna explicación del por qué se inicia la pelea; a lo más nos deja saber que sacó la pistola cuando el adversario le rompió un foco del carro, ese aparato que le producía verdadera reverencia. Naturalmente, hay que retenerlo, palabras antes nos advierte que *<había herido a personas. No se si de las golpizas y las heridas que hice alguno se hubiera muerto, no más miraba que quedaban tirados heridos>*. La violencia arma al *<barrio>* activada ante la emergencia del conflicto. La vecina profesora con quien se mantienen tensiones puesto que *<le hablaba a la placa>* de seguro cada vez que se *<desmadraban>*, recibe en retaliación la violación de su hija. No pudieron concebir una más despiadada afrenta. Y por supuesto las confrontaciones con otros chavos hacen parte de la fisonomía corriente de la vida del grupo, *<teníamos problemas con los de la Campos y luego con los del Cuarenta ... Después también empezamos con los del Cañón>*.

El valor del *<me sentía protegido>* para la construcción de sentido del testimonio proviene entonces de la trama de una experiencia colectiva montada sobre el

ejercicio de prácticas conflictivas. La una se entrelaza con la otra. Se roba y violenta porque se demanda con perentoriedad la dosis, la dosis permite el ingreso y luego la permanencia en el robo y la violencia. Después cada una vive por su propia cuenta; se consume con adicción, el robo produce ingresos y adrenalina, la violencia brota ante las situaciones de conflicto. Frente a todas en su conjunto como ante cada una por aparte el grupo <protege>, brinda la certeza de que en medio de la zozobra están esos otros que garantizan la supervivencia del individuo y por tanto la continuidad de sus querencias.

3. Tercer rasgo: miedo y respeto

Acabamos de verificarlo en los dos apartados anteriores, Rayo se mantiene al margen de los flujos institucionales para entregarse, a cambio, a la vida del grupo y su trasgresión violenta. La búsqueda de <protección> puso en evidencia la clave de la cohesión colectiva: se pertenece al <barrio> tanto porque provee cuidado ante las oscuridades de la historia personal, como porque otorga seguridad frente a los azares que suponen las prácticas conflictivas. Para terminar de poner en escena el universo de <barrio 200> y el lugar de Rayo allí hace falta, sin embargo, un tercer y último rasgo: el horizonte de sentido sobre el que el grupo y nuestro personaje construyen la experiencia.

A la < *pandilla* > no la convoca alguna actividad expresiva. No lo hace la música. Ciertamente escuchan esto y lo otro, así como lo acostumbran casi todos los jóvenes en la actualidad. Empero, lejos están de la dedicación a la exploración de alguna forma musical al estilo de rockeros, skateros o raperos, quienes convierten su búsqueda en un proyecto personal y colectivo de creación. La constitución de la < *banda* > demanda una cantidad enorme de tiempo y dedicación, no sólo en la producción de las letras y la música sino también en los ensayos y acoples que exige la interpretación. Para una buena cantidad de integrantes de grupos musicales de los barrios populares la entrega a la música les dota de múltiples referentes de sentido. Como se les escucha decir cada estilo entraña < *una cultura* >, esto es, no se es meramente músico sino que la adopción del rock –o del ska o el rap-, significa asumir un < *estilo de vida* > con sus correspondientes exigencias de pensamiento y acción. El asunto de ser se instituye en una tarea conciente y argumentada y, en tantos casos –en especial para los raperos-, deriva en un discurso crítico sobre la sociedad, sus nudos y conflictos. Ninguna de estas cuestiones desvelan a Rayo y su < *barrio* >, la creación musical no es su tema.

Tampoco les roba el tiempo la realización de < *pintas* > callejeras, el < *rayar* > como le dicen los miembros de los *crews*, esos colectivos dedicados a llenar de < *firmas* > las paredes de la ciudad. Es verdad que no falta la inscripción del nombre del < *barrio* > en las paredes de la colonia, aparece aquí y allá como una manera de delimitar el territorio dominado. Pero lejos están de la entrega a la actividad de

<plasmar la firma> en cuanto espacio lo permita, argumentados en la resistencia que es preciso mantener en contra del sistema: dejando la huella en sitios prohibidos, “ensuciando” la ciudad, se desata un acto de rebeldía que ha llegado a quitar el sueño a las autoridades de más de una localidad (en varias se le intenta penalizar). Con esta simple explicación los *crews* han pintado los muros y puertas de las calles, en muchos sitios llegando literalmente a recubrirlas con sus indescifrables marcas que en realidad no son sino el nombre del autor y del *crew* al que pertenece, siguiendo las más variadas técnicas y estilos –desde la simple firma hasta verdaderos murales multicolor-. Del mismo modo que con la música, la actividad de los *crews* no es el problema de Rayo y sus amigos.

Es también el caso de la elaboración de periódicos y volantes escritos, una actividad que solía acompañarse de la realización de encuentros culturales. Fueron actividades que proliferaron entre los jóvenes mexicanos durante los años 80 y comienzos de los 90, así como se describe de varios grupos de aquel entonces. De uno de Guadalajara se cuenta el modo cómo junto a las actividades delictivas se realizaban *fancines* y se convocaba a eventos culturales²; de otro del Distrito Federal se describe la singular trayectoria que le desplaza entre el grupo circunscrito al territorio de la colonia y el colectivo con capacidad de convocatoria cultural en la ciudad³. Los efectos de esa época y su actividad se conservan de muchas maneras en el Chopo, el tianguis juvenil que se realiza en el Distrito cada

² Reguillo (1991).

³ Es el caso de los Mierdad Punk, un grupo descrito por Feixa (1998) y Arteaga (1998).

ocho días los sábados. Sin embargo tales prácticas no son, ni de lejos, el problema de <barrio 200>: ni la escritura ni la producción de textos, ni mucho menos la invitación a la celebración cultural, hacen parte de sus preocupaciones grupales.

Ninguna práctica expresiva hace parte de la dotación del grupo. No les interesa la música y el grafiti, tampoco la escritura y el acto cultural. Entonces, además de la <protección>, ¿en qué orden de sentido se instalan? Un acontecimiento opera como un pivote de la narración, una especie de sombra que no por eso deja de ser menos eficaz: el miedo. Rayo es un ser perceptivo en extremo, su sensibilidad nos abre la puerta a las honduras de ese complejo e inaccesible universo de las bandas juveniles pegadas a la trasgresión violenta. En el buceo a sus profundidades se revela el lugar primordial del miedo. ¿Por qué un hombre de 26 años, con el historial de sordidez y riesgo que arrastra, hace de dicho sentimiento un eje de su narración biográfica? ¿No se trata, en apariencia, de todo lo contrario, de no manifestar jamás el menor atisbo de turbación y desasosiego? No obstante una vez se mira hacia dentro la contradicción se desvanece, en realidad la <pandilla> es la escuela del <miedo>. Muchos como Rayo llegan ahí a través de él, empujados por el espectro de la inseguridad y el pánico; y una vez allí, puestos en medio del <barrio>, la ley insobornable es la de retarlo a fin de someterlo. Por ello, justamente, los jóvenes miembros de las <pandillas> se invisten de un poder aturdidor.

En efecto, nuestro personaje se arrima al grupo empujado por el miedo. Su mención preside el relato, claro está de la mano de la tragedia que lleva a la espalda con el padre: *<No más se miraba que iba a llegar él y empezaba el pánico>*. El reconocimiento del sentimiento no tiene nada de obvio, de seguro le costó más de una conversación llegar siquiera a nombrarlo -como acontece a todos con nuestras sombras y oscuridades-: *<Ahorita de grande, con la ayuda de una psicóloga que me atendió dentro de la penitenciaría, vi que no era amor ni respeto sino miedo lo que le tenía a mi padre>*. El triste deceso del hermano, ese episodio desgarrador, por supuesto lo evoca: *<Cuando dijeron eso sentí un escalofrío y un miedo paralizador, el mismo que cuando lo miré atropellado>*. La historia de maltrato paterno lo trae a cuento en más de una oportunidad. Cuando era sacado en la noche de la casa *<me daba miedo la oscuridad porque en ese tiempo no había luz>*, o cuando en la escuela *<me daba miedo decir lo que me pasaba en la casa>* porque de nuevo volvía y se dormía. Al igual que el *<odio>* y el *<rencor>*, sembrados en la misma raíz, el sentir está siempre presente, *<le tenía pánico a mi padre!!!>*. Tan presente que se coló en el cuerpo, se metió en las entrañas y ante cada situación de tensión *<sentí miedo y frío>* o, lo que es lo mismo, lo invadía *<el frío del miedo>*.

Asomarse a los abismos sobre los que se instaura el grupo dispara de nuevo el sentimiento. Comenzando por el consumo de droga. El contacto inicial con la marihuana *<me daba no se que... miedo, pero después como que me hornié de más y me gustó la sensación>*. El inicio de la inhalación de pegante, lo mismo, se teje sobre el

trasfondo de su presencia: *<Ese día me habían pagado lo del carpintero y se me había tirado una parte. Iba con miedo a la casa>*. Hablarle a alguien de la sombra, comentarle del padre y los horrores que le despierta, se traduce en la primera invitación al consumo de *<resistol>*. El cuento del primer robo se conecta asimismo, de manera secreta, con el miedo: *<Una vez se me hizo demasiado tarde y me daba miedo llegar a esas horas a la casa. Fue cuando estaban planeado un robo y uno de ellos me señaló>*.

Y luego vendrá el siguiente nivel, el curso avanzado en que se hace imperativo desterrarlo. *<Las primeras veces me daba miedo>*. La confesión propicia la única terapia por ellos conocida, una buena dosis de *<nota>*, licor o pepas –o una mixtura cualquiera-, acompañada de la euforia colectiva y la determinación grupal para llevar a término los cometidos. *<“Con eso no vas a sentirlo” me decían>*. El antídoto es infalible, *<cada que andaba marihuano o borracho o que me daban unas pastillas perdía el miedo>*. Sin embargo falta un grado más todavía, ese que culmina una vez se suprime el miedo adentro para provocarlo afuera. Ciertamente, perder el pánico en medio de la ebriedad personal y el frenesí colectivo no tiene propósito distinto al de provocarlo entre quienes no pertenecen al *<barrio>* y por alguna contingencia han de pasar a ser sus víctimas. Las digresiones con la navaja son indicativas. Otra vez la sensibilidad de Rayo nos guía, en medio de un acto en que la amenaza y el peligro dominan la situación él se detiene en el rostro del atacado, lo registra y hace del gesto un signo que conducirá sus actuaciones. En ese instante recibe la graduación, *<le miré el miedo>* mientras le enterraba la navaja al hermano. Así es, se

domina al Otro cuando se le desata el pánico, cuando el horror brilla en los ojos; de ese momento en adelante se le tiene sojuzgado. Tal la clave del poderío pandillero, *<al principio sí me daba horror ver la cara de la gente cuando la picaban, pero ellos me daban droga y yo andaba bien parado>*.

Las prácticas conflictivas se fundan sobre el *<miedo>*, el que suprime cada integrante del grupo dentro de su fuero interno y el que ha de provocar en cada persona que por la razón que sea se torna en adversario. Mientras más se controle el miedo en el interior con mayor vehemencia se le manipula en el exterior. Es el código. El *<viaje>* de la droga es el vehículo regio, el que permite sortear *<bien parado>* los lances que por fuerza sobrevienen en medio del choque violento y el arrebató del robo. De ahí la conexión directa con la demanda de *<protección>*. El grupo lleva con facilidad el vacío que supone el despojo del miedo, los individuos se *<alivianan>* ciertos del poder mortal que desatará el *<barrio>* ante la eventualidad del menor riesgo. El acecho de la muerte hermana.

La cadena argumental de la *<protección>* y el *<miedo>* se continúa en directo con el valor más apetecido por el grupo, el *<respeto>*. De un lado el *<barrio>* lo busca con desespero frente a los otros *<barrios>*, de ello depende su conservación como grupo; y a la vez cada miembro hace todo por obtener el *<respeto>* de los demás integrantes del grupo y los vecinos, del éxito en ello pende el reconocimiento que le prodigará la gente. El término de respeto encierra una noción universal donde se

reconoce al Otro en su dignidad y, como consecuencia, se detiene toda forma de ultraje en su contra. Los sectores populares le conceden un lugar especial en las formas que gobiernan la convivencia, la buena vida se construye sobre el sagrado imaginario del respeto hacia aquel con quien se arma la existencia de todos los días; en un mundo donde lo privado y lo público se funden en intrincada mezcla el acto de respetar los demás resulta vital en el ordenamiento de la vida. Rayo participa de este valor cardinal. Luego de muchas peripecias y la conversación con la psicóloga comprende que hacia su padre no tenía *<amor ni respeto sino miedo>*. No se requiere mucha imaginación para intuir el trance de dolor que padeció una vez la madre se declaró del lado del padre sacándolo de la casa; toda esperanza está perdida, el padre salió airoso hasta el final. Y el argumento que justifica tamaña decisión materna es sencillo: Rayo volvió a casa pero resulta intolerable *<la manera en que le había faltado el respeto a ella>*.

Nuestro protagonista da pues buena cuenta de la dimensión de la convivencia inscrita en la noción universal del respeto. Mas la *<pandilla>* recoge tan sólo una faceta de dicha noción y la recicla en el contexto de sentido de la *<protección>* y el *<miedo>*: demanda reconocimiento –el mismo de todo aquel que pide respeto-, pero lo exige, no hacia su dignidad e integridad, sino hacia su capacidad de violencia y brutalidad. Al caer en el tutelar, nos cuenta, un puñado de muchachos le exigen los zapatos imperial *<que me había regalado la esposa de un camarada>*. Se niega tranzándose en feroz batalla contra todos a la vez; al final se los quedaron pero

<me sentí más cabrón. Me respetaron dentro del tutelar>. Es la norma canónica de esos mundos, la fuerza impone el <respeto>. Quien haya suprimido de manera más radical el <miedo> -y por ende sea un símbolo de <protección>-, es preciso quien tendrá más <respeto>: es el <pirata>, el más audaz y avezado en las materias propias de la trasgresión violenta. Será el que se drogue sin recato, robe con intrepidez y violente sin miramientos. <Por el pleito ese que tuve me respetaban, dejaban que me comiera sin broncas mi ración>, dice después de comentar cómo los fuertes abusaban de los débiles, un rango en que no estaba dispuesto a entrar; el único camino fue <hacerse respetar> metiéndose hasta las últimas en la confrontación violenta. La conexión entre <respeto> y violencia es directa y sin mediaciones. Lo confirma el comentario sobre los <batos> que estuvieron antes en el grupo, ellos <tienen su respeto por haber defendido el barrio>. El tatuaje del nombre del grupo, un 200, es imprescindible portarlo en algún rincón del cuerpo. Es el símbolo del grupo y del <respeto> que se le debe, una enseña segura de la provocación de <miedo> y una garantía irrefutable de <protección>. Había que tenerlo en la cárcel, por ejemplo, <para tirárselo a los de otros barrios ... que nos tenían temor porque sabían como actuábamos y la manera en que nos sacábamos la espina si le brincaban a un bato del barrio. Entonces ... para levantar respeto siempre había que traerlo plaqueado>. La consigna se cumple no sólo en la cárcel, se cumple en dondequiera que se esté, sea la colonia, el centro comercial o el parque de la tocada. Anunciar la pertenencia al <barrio> es sello seguro de <respeto>.

III. LA SINGULARIDAD MEXICANA

Los tres rasgos constitutivos del testimonio de Rayo anudan lo que hemos llamado el tiempo paralelo⁴, una metáfora cuya capacidad descriptiva proviene de la fractura que arma el grupo entregado a la trasgresión violenta: el tiempo del <barrio> es uno distinto y al margen del tiempo social establecido. Como se verificó Rayo rompe las rutinas del mundo instituido, habita un espacio alterno organizado sobre la ilegalidad y sus códigos simbólicos riñen con los órdenes imaginarios prevalecientes.

Esta misma armadura del tiempo paralelo se encuentra en otros países, en particular en Colombia y en el norte de Centroamérica⁵. Habrá oportunidad de observar la comparación en detalle. En el momento se puede adelantar que, al igual de <barrio 200>, grupos de muchachos de estas naciones se abandonan al tiempo paralelo, en Colombia con el nombre de parches y en El Salvador, Honduras y Guatemala bajo el nominativo de maras⁶. Los miembros de estas agrupaciones en otras naciones latinoamericanas, al igual que Rayo, prescinden de los flujos institucionales mientras hallan un piso en el universo del grupo y la ilegalidad. Es el tiempo paralelo, el rasgo típico de la agrupación pandillera.

⁴ Perea (2006).

⁵ Se mencionan los dos casos por la proximidad con la investigación en ellos. Sobre Colombia mirar Perea (2006), un estudio sobre tres ciudades. Y Centroamérica hace parte de la Red Transnacional de Análisis sobre Maras y Pandillas, dentro de la que funciona este trabajo sobre México.

⁶ En Nicaragua la situación es bien distinta a las de las clásicas maras de los países centroamericanos del triángulo norte.

En todos los países la nota predominante, la que establece la diferencia entre la pandilla y otras formas de asociación juvenil, viene a ser la apretada combinatoria de los tres rasgos. Muchas otras agregaciones de jóvenes consumen droga, algunas incluso con adicción, pero a diferencia de la pandilla se mantienen conectadas a los flujos institucionales mediante su pertenencia a la escuela, el trabajo o cualquier otra actividad formal. Muchas más mantienen enfrentamientos y golpes entre sí, pero nada que se parezca al uso sistemático de la violencia como modo de habitar el territorio y establecer un poder en él. Del mismo modo, existen grupos de chavos que realizan de cuando en vez sus robos pero en ningún caso se trata de un grupo sostenido sobre el despojo urbano; y lo mismo, para una y otra agrupación la noción de respeto tiene cabida entre sus discursos pero nada semejante a su conversión en piedra de toque de las madejas simbólicas. La diferencia de la pandilla estriba, pues, en que no sólo hace de cada rasgo un modo de cimentar la vida del grupo, sino que los tres se funden haciendo posible la supervivencia y continuidad en el tiempo paralelo.

Las pandillas existen en México, al menos con entera claridad en Tijuana. Es la conclusión que arroja el primer nivel de análisis sobre el testimonio que nos preside: en la ciudad mexicana, como en otras latitudes, germinan grupos urbanos de jóvenes desconectados de los flujos de la vida corriente. No obstante, una vez se emprende un segundo nivel de análisis se aprecia que la afirmación demanda más de una precisión. Dicho en los términos que se vienen empleando hasta este

punto, el tiempo paralelo de <barrio 200> está dotado de un puñado de singularidades.

Por principio, mirando a Tijuana, la gran peculiaridad proviene del manejo de la violencia. Un elemento de importancia decisiva. Ciertamente México plantea al respecto todo un interrogante. Desde el punto de vista de la ubicación geográfica representa una discontinuidad entre las maras centroamericanas, dotadas de un gran potencial violento, y las *gangs* de Los Angeles, cuna de las más recalcitrantes violencias pandilleras. Está en la mitad, franqueado a lado y lado por pandillas cruentas, al norte en varias ciudades de los Estados Unidos y al sur en el triángulo norte centroamericano; sin embargo, pese a que hace parte de las intensas oleadas migratorias que caracterizan la región, las violencias juveniles se matizan y moderan en su suelo.

Diversos estudios señalan la influencia que ejerció Estados Unidos sobre la consolidación y explosión del fenómeno de las maras en Centroamérica. La política de deportación iniciada en ese país a partir de mediados de los años 90 tuvo como consecuencia el traslado de muchachos centroamericanos que, inmigrados ellos mismos o sus padres durante los duros años de la guerra civil, se vieron repentinamente puestos en sus países de origen con la única dotación de la cultura

pandillera aprendida en Los Angeles⁷. Huelga decir que la deportación no fue su único origen, en su conformación contribuyeron tanto los recién deportados como la experiencia pandillera propia existente de años atrás⁸; más la importación de los modos aprendidos en el norte, incubados en la tragedia que enfrenta el inmigrante que llega al mundo desarrollado en condiciones más que precarias, sembró y proyectó la proverbial guerra entre la mara Salvatrucha y el barrio 18⁹.

Sin embargo el argumento vale para Centroamérica, no para México, el país con la oleada migratoria hacia Estados Unidos más grande de Latinoamérica. Más contundente todavía, es justo a Los Angeles donde se ha movido la gran masa de sus gentes buscando un sitio en el norte. En sólo el estado de California se concentra el 41% de los trabajadores mexicanos, mientras en la ciudad de Los Angeles hacen casi la tercera parte de su población¹⁰. De tal suerte los flujos de mexicanos no sólo son los más antiguos, sino que, además, continúan ininterrumpidos hasta el día de hoy; en Tijuana el Grupo Beta, una organización de la frontera que auxilia a los migrantes a la puerta del comienzo de esa odisea que supone cruzar la frontera, reporta un promedio de 3.000 personas atendidas cada

⁷ El epicentro de la deportación fue El Salvador, de allí se expandió a Honduras y Guatemala. aunque también se ha mostrado que las maras centroamericanas no nacen tan sólo de la masa de deportados sino también de sus propias experiencia pandillera.

⁸ María Santacruz.

⁹ José Luis Rocha argumenta que la mayoritaria migración de los nicaragüenses hacia Miami, donde fueron rápidamente integrados por los disidentes cubanos –venían huyendo de la revolución triunfante en ese país -, es un factor determinante en la ausencia de la explosión marera en Nicaragua.

¹⁰ El estado que sigue en ocupación de mexicanos es Texas, con el 24.6%. En el año 2000 Los Angeles tuvo 3'694.820 habitantes. De ellos 1'719.073 son latinos, de los cuales 1'091.752 corresponden a mexicanos (el 29.5%). U.S. Census Bureau & Almanac Research.

mes¹¹. El volumen de personas intentando otra vida en Estados Unidos es pues enorme, tanto como el monto de los que regresan, unos por su propia cuenta y otros contra su voluntad bajo la figura de la deportación. Se les haya con facilidad en las ciudades de nuestro estudio -con excepción de Tapachula-. No obstante, y pese a que narran experiencias de fuertes violencias pandilleras durante su permanencia <al otro lado>, una vez retornan parece resultarles “imposible” la reproducción de algo similar en suelo mexicano.

El caso de Tijuana es más que aleccionador. Desde siempre ha sido la ciudad imagen de la frontera en una zona donde la población se concentra en unos pocos puntos: en seis conglomerados urbanos vive el 78% de la gente que habita allí¹². Tijuana es puerto de llegada seguro para cientos de personas, para unas como la última estación en el camino hacia el norte y para otras como lugar de asentamiento debido a la oferta de trabajo en las maquilas. Se estima que algo así como la mitad de los migrantes sale de la ciudad –si bien se han diversificado bastante los puntos de paso-, mientras el 51% de sus habitantes nació en otros municipios¹³. Cada semana llegan entre dos y tres mil personas de las cuales más o menos mil cruzan la frontera, de tal modo que al año la población se incrementa con algo así como 75 mil almas adicionales. No por casualidad Tijuana creció entre 1990 y 1995 a una tasa del 5.98%, varios puntos por encima del ritmo de

¹¹ El Grupo Beta hace un reporte de los atendidos en sus servicios, los migrantes son muchos más. Por demás, Tijuana no es ya el gran punto de paso hacia Estados Unidos. Los caminos de acceso se han diversificado para incluir Ciudad Juárez, Nuevo Laredo, Marmoros y ...

¹² Las otras ciudades son Ciudad Juárez, Mexicali, Reynosa, Nuevo Laredo y Matamoros. En sólo Tijuana, Ciudad Juárez y Mexicali habitan el 56% de las personas de la frontera.

¹³ Coubés (en Azaola 2003, p. 241).

crecimiento nacional de 2.04%¹⁴. La ciudad vive literalmente invadida de gentes <de afuera>, personas que llegan de todos los rincones del país desprovistos del menor arraigo. A lo anterior se suma el papel que cumple Tijuana como centro de poder de un ala del narcotráfico, todo lo cual genera nuevas fuentes de conflicto y de escalamiento de su intensidad. No es todo, el cuadro de ciudad sometida a un manejo de tensiones que amenazan su gobernabilidad y disparan las turbulencias se completa con la cantidad de deportados que recibe: por ella se canaliza casi el 40% de los mexicanos sometidos a dicha condición¹⁵. Todo conjura en contra, el apretado nudo de situaciones descritas auguran un panorama de convulsión y violencia que se esperaría arrastre, por supuesto, el exceso pandillero. Tijuana, amén de que recibe avalanchas de deportados está a boca de jarro de San Diego y Los Angeles, esos dos epicentros de la producción de <gargas>.

Sin duda es la ciudad de los <barrios>, lo comprobamos en la Sánchez Taboada -la zona en estudio-. Rayo menciona más de uno evocando las confrontaciones que mantenían con algunos, lo escuchamos. Se señaló también el potencial violento que les atraviesa. Las anécdotas del cuchillo, utilizado hasta con el hermano, se suman a otras tantas historias de enfrentamiento sangriento: golpizas, navajazos y disparos salpican en una y otra oportunidad el relato. Incluso nuestro narrador es responsable de un homicidio, en medio de una discusión le dispara a una persona matándola de manera fulminante.

¹⁴ Garza (en Azaola 2003, p. 241).

¹⁵ Los deportados se trasladan a su entidad de origen, un buen número se queda en Tijuana (averiguar cuántos).

No obstante resulta tan significativo el episodio del homicidio como las barreras que contienen el desborde violento. Para Rayo significó nada más y nada menos que siete meses de destierro. En ese largo período de tiempo no regresó una sola vez a la colonia, anduvo trabajando en un sitio apartado. El exilio se produce además arrancando los emblemas que identifican la vida colectiva, desde la vestimenta hasta los consumos. Así es, cuando se encuentra con el <bato> del grupo este no le reconoce puesto que <ya no me vestía como cholo>. Además había dejado las píldoras, sólo consumía marihuana y cerveza; volver de nuevo a los <diablitos>, signo de pertenencia al <barrio>, requirió de una <pisteadada> previa pues <ya pedo se me hizo fácil aventarme dos>. Sólo bajo su efecto es posible el retorno, <ellos> le reciben introduciéndolo de nuevo en las usanzas: <Me ayudaron a cortarme el pelo, a levantar garra>.

Las razones que provocan la expulsión del grupo revelan bien el talante de la violencia dentro de los códigos colectivos. Ningún miembro puede matar a discreción, esa “libertad” no está permitida. El dictamen es diáfano, el asesinato indiscriminado se castiga; se admite sí en aquellos casos en que está comprometida una situación de grupo. Como dice un profundo conocedor de los <barrios> y la violencia en el norte del país, si Rayo <hubiera matado ese bato como una necesidad de grupo hubiera ascendido fuerte>¹⁶. Pero no fue así, el homicidio se produce en el

¹⁶ Lupy, Tijuana, p. tal.

contexto de una refriega personal. Los compañeros no tienen dudas al respecto. Cuando se encuentran por primera vez al día siguiente del asesinato mientras Rayo trata de calmar su urgencia de píldora se lo enuncian sin titubeos: *<Dijeron que me ayudarían si la bronca hubiera sido por algo ... que estuviera afectando al barrio; pero que eso había sido por mi loquera ... por puros problemas pendejos>*. El desconcierto del penado no puede ser mayor. Invoca a favor de su alegato el estatuto de la *<protección>*, les recuerda las tantas veces que alguno del grupo estuvo en apuros y él mismo no tuvo el menor reparo con los *<paros>* que fuera necesario hacer: *<¿No que ustedes me iban a proteger? ... cuántas cosas hice para ayudarlos y ustedes ¿por qué a mi no me pueden ayudar?>*. La norma de la reciprocidad en el cuidado y protección del grupo y cada uno de los miembros, sin el que la pandilla resulta insostenible –son muchos los peligros al acecho-, no opera en esta oportunidad. No porque ella carezca de consistencia y pueda perder repentinamente su validez; lo que está en juego, más bien, es la fractura de otra norma todavía más fundamental: el asesinato personal está proscrito.

La ley sagrada es la *<defensa del barrio>*, ante ella se subordina cualquier otra pretensión; y el homicidio, desconectado de alguna situación colectiva, vulnera los intereses y la continuidad del grupo. *<Se va a calentar el barrio ... por tu culpa>* le dicen. En realidad el acontecimiento pone en abierta contradicción los intereses colectivos y las aspiraciones individuales. El primado de los primeros está fuera de duda. En nombre de ellos hablan y reprenden los *<compas>*, en nombre de ellos

Rayo acata el dictamen y marcha al exilio. Un nosotros se impone sobre toda consideración personal, nada importa que Rayo se viera confrontado a una situación donde se ponen en juego valores seminales del grupo como la administración de la violencia –el <barrio> acuchilla y golpea con frecuencia, lo sabemos-. Nada parecido se observa en las pandillas colombianas. Aníbal, un muchacho barranquillero sobre el que se practicó una disección similar de su testimonio¹⁷, se marcha en varias ocasiones del sitio en donde vive; en todas, sin excepción, desaparece <porque tenía culebras>, lo perseguían para cobrarle más de una <maldad>. La determinación de la huida la toma por razones estrictamente personales, en ningún caso interviene el grupo para imponerle ningún proceder. Ambos han infringido la ley. Pero ante sus respectivos <parches> Rayo es un proscrito, Aníbal un fugitivo. Entre las dos condiciones media el abismo de una tensión distinta entre las aristas de lo colectivo y lo individual. En México tiene primacía un patrón grupal, en Colombia una proeza individual. Ciertamente en las pandillas barranquilleras –y en las otras ciudades estudiadas¹⁸-, el acto de matar no conoce regulación colectiva. Cualquier confrontación, sean cuales sean sus condiciones, “justifica” y exige una reacción violenta que no se mide en sus consecuencias. Con frecuencia pueden resultar fatales, se <le da piso> al adversario. El vencedor recibe el debido reconocimiento, simplemente salió airoso de un trance más con la muerte. Eso basta y sobra pues un acto violento, cualesquiera que sean los resortes de su activación, colma de <respeto> al ejecutor.

¹⁷ Aníbal es el relato que preside el libro *Con el Diablo Adentro*. Perea (2006). Barranquillero es el gentilicio de la gente de Barranquilla, una de las ciudades del estudio.

¹⁸ Neiva y Bogotá.

Empero, no se trata de evocar un chato predominio del nosotros sobre el yo. La primacía de lo colectivo no se agota en ella misma, el caso de las maras centroamericanas lo devela. Ahí, al igual que en <barrio 200>, la defensa del barrio es valor primordial. <He matado a tantos ... Hice esto por mi barrio>, afirma un salvadoreño¹⁹. Las maras han desarrollado una potente simbólica grupal. Los abigarrados tatuajes que les caracterizan, grabados hasta sobre el rostro, responden a una compleja escritura que los muchachos van agregando a medida que transcurre su historia dentro de la colectividad; no cualquier iniciado puede portarlos. La <clica> hace <mirines>, reuniones periódicas donde se toman decisiones de interés general. El día 13 y el 18 de cada mes, según el distintivo de cada agrupación, se hacen avanzadas especiales sobre los adversarios en conmemoración del número emblemático de la mara. Cada miembro está conminado a hacer aportes en dinero juntando sumas que se destinan a cubrir necesidades del grupo y sus integrantes, desde la compra de armas hasta el pago del abogado toda vez que alguno cae en prisión²⁰. Se trata de una verdadera armadura grupal, un eje cierto sobre el que se construye el sentido de pertenencia²¹. Mas en últimas dicha armadura descansa sobre el odio visceral al <enemigo>, un sentimiento traducido en la imposibilidad de trabar el más mínimo intercambio con el miembro de la mara rival a no ser para agredirlo e intentar aniquilarlo. Sobre esa legitimación, un texto de tantos modos

¹⁹ Santacruz y Cruz (2001, pág. 45).

²⁰ Lara (2006).

²¹ Una tan desarrollada estructura simbólica grupal es uno de los rasgos distintivos de la mara. No hay nada parecido ni en México ni en Colombia.

indescifrable en cuanto el adversario no es nadie distinto a un muchacho igual en condición social y cultural, las maras han desatado la más cruenta guerra entre jóvenes hermanados por el sometimiento a las mismas inequidades y miserias. Su intensidad y sevicia sólo es emulada por el desquiciado asesinato entre los <parches> de Medellín, una rivalidad que tuvo como saldo el exterminio mutuo de una generación completa de muchachos populares de esa ciudad²². Pero Tijuana no es ni el caso de Centroamérica ni el de Medellín. Como en Centroamérica el <barrio> agencia la acción colectiva de las pandillas. Con todo, en la ciudad mexicana el homicidio juvenil no alcanza, ni de lejos, los niveles a los que han llegado las maras de El Salvador, Honduras y Guatemala.

Así las cosas los muros de contención de la violencia no se sostienen de manera exclusiva sobre la primacía de un nosotros. En Centroamérica ello no bastó para contener el desborde sino, antes bien, se convirtió en el engranaje de su escalamiento. Los jóvenes mareros encontraron la divisa de su lucha sangrienta cuando los inmigrados centroamericanos a Los Angeles entraron en conflicto con la vieja *gang* de la calle 18, hasta entonces hegemonizada por chicanos; ante la fractura fundaron la mara Salvatrucha, rápidamente enfrentada a los que permanecieron fieles a la <ganga> original²³. Después los muertos sucesivos, de uno y otro bando, se encargaron de afianzar el antagonismo sobre el ancla segura de los odios heredados y la sed de venganza. La guerra entre las maras se dispara

²² Libros de Medellín.

²³ Lara (2006),

desconectada por completo de lo social. La persecución del Otro hasta la muerte no reconoce ninguna objetividad al estilo de una escisión étnica o social, menos algo parecido a una diferenciación ideológica o política. Para cada nuevo miembro la confrontación simplemente está ahí, fundada en la pequeña memoria interna de las peripecias de la <clika>.

No es la situación de Tijuana, en ella el nosotros se mantiene conectado de diversos modos a lo social. No que Rayo de muestras de algún discurso sobre la sociedad y sus tensiones; como es lo propio del pandillero sus palabras se ocluyen sobre las gramáticas del <respeto>. No obstante, de varias maneras, el <barrio> tijuanaense permanece atado a una totalidad social incluyente mediante una conexión tendida en dos planos: una en lo puramente local, otra entre lo local y lo nacional. En cuanto a la primera, la local, resulta notable la manera como en el relato se mezclan el <barrio> pandilla de jóvenes con el barrio residencia de un grupo de personas de distinta edad. El <barrio> se superpone con la colonia en tanto opera como un mediador del tejido social local, no sólo de los chavos sino de la vida colectiva general. Las pandillas son tan antiguas como las primeras ocupaciones de la zona, recordemos que el padre de Rayo se reunía todos los días con <ellos> y los primeros contactos de nuestro personaje se producen a la sombra de la familiaridad con un evento que acontece a diario en <un parque y una iglesia que estaban construyendo>. Pertenecer al <barrio> es un asunto de identidad personal promovido como herencia transmitida de una generación a la siguiente. Los

antiguos miembros, los *<veteranos ya calmados>*, tienen un puesto garantizado *<porque tienen su respeto por haber defendido el barrio>*; eso nadie se los puede conculcar. De un “derecho” similar también gozan los hijos, quienes se conminan a formar parte del contingente de los nuevos miembros. El *<barrio>* se alimenta de las generaciones sucesivas, alentado por una mitología de sus hazañas y vivencias. Es por ello que *<de ahí surgen sus generaciones, ellos mismos [los veteranos] se los inculcan [a sus hijos] a que se pongan el placazo del barrio: un doscientos>*. El mapa de la geografía local se construye sobre varios nombres claves de referencia, pero también se construye sobre la cartografía armada por los *<barrios>* con sus alianzas y contiendas.

Mas la conexión del *<barrio>* con lo social no es un asunto sólo local, existe de igual modo un intercambio asegurado entre lo local y lo nacional. El grupo de chavos participa de diversas formas en las dinámicas colectivas que se celebran cada año en México, como es el caso de la Virgen de Guadalupe. El *<barrio>* es un ardoroso seguidor de *<la madrecita>*, como lo es la casi totalidad de la población mexicana, pero en ellos cobra un fervor especial. Le suelen dedicar un altar callejero que pintan y atavían ellos mismos, un lugar sagrado donde se convoca al barrio de los vecinos en su conjunto: *<Es tradicional cada año, asisten todos, hasta los más veteranos>*. El *<barrio>* mexicano conserva conexiones, la pandilla no se consume en sí misma en una confrontación ciega con algún grupo adversario. Ello le impone restricciones y normas de cuidadosa observancia.

Hasta este punto llegamos pegados de Rayo. Su discurso nos pone en evidencia la existencia del tiempo paralelo, pero también nos revela las claves de la singularidad mexicana. En Tijuana existen pandillas que se hacen con los materiales duros de las pandillas de otros lados: la relación con lo instituido es precaria, el grupo absorbe sus miembros apoyado en las prácticas conflictivas y el discurso se ordena en torno a la cadena argumental del <respeto>. Empero, el tiempo paralelo de la agrupación mexicana obedece a una naturaleza e intensidad distintas: sus violencias no se disparan contenidas por la primacía de un nosotros todavía vinculado a una totalidad social.

Es un comienzo del que, sabemos, brotan más preguntas que respuestas. Para comenzar, ¿existen pandillas en las otras ciudades, esto es Morelia, Tapachula y el Distrito Federal? Su presencia en Tijuana podría parecer obvia, se trata de una ciudad de la frontera y el narcotráfico donde, por tanto, se arremolinan el conflicto y la violencia. Sin embargo las cosas no encajan tan fácil como a primera vista parece. En Tijuana la violencia pandillera disminuye pese al pasado de migración y deportación, pese a la proliferación de <barrios> y prácticas conflictivas. Existe pues una singularidad. ¿Se cumple idéntica condición en las otras ciudades?

CAPITULO 2

MEXICO ES MEXICO

Tamaño, sexo y edad

El grado de extensión de las pandillas tanto en Tijuana como en las otras ciudades se verifica dando cuenta de la cantidad y características de los grupos de muchachos sometidos a eso que se llama el tiempo paralelo. En este capítulo se abordan los aspectos del tamaño de los grupos, la composición de sexo y la distribución de edad. A partir de ellas se explora la diferencia entre el barrio, la banda y la mara. Se procederá en dos momentos. En primera instancia se desagregan los tipos y las cantidades de las agrupaciones mexicanas; en segundo término se da cuenta de la presencia de la mara centroamericana en las urbes en estudio.

I. TIPO Y CANTIDAD

¿Cuántos grupos e integrantes hay? Los datos numéricos reportados se recogen básicamente de la aplicación de un censo, pero se completan mediante la información extraída de las historias de vida, las entrevistas y el trabajo de campo en general. Se imponen algunas aclaraciones en torno a la realización de los censos.

1. Los censos

Con el propósito de captar la cantidad de grupos e integrantes, así como sus características básicas, en cada ciudad se aplicó un censo tendiente a establecer la cantidad de pandillas existentes en la zona delimitada para el estudio. El instrumento, a llenar en la medida en que se desarrollaba el trabajo de campo, se compone de siete capítulos, a saber: la identificación del grupo y su lugar de ubicación; el sexo de sus miembros; la edad; sus actividades; el estado civil; las prácticas delictivas –tipos de robo-; y el vínculo con otros actores del conflicto urbano.

El censo es un instrumento de recolección de información no exento de dificultades. Es inevitable, enfrenta el problema de recavar datos sobre un universo donde la ilegalidad es la nota predominante. Los muchachos pueden estar dispuestos a hablar de si mismos y por esa vía de su grupo, pero la suspicacia aparece toda vez que se intenta levantar una radiografía como la que supone el censo. De ahí que su realización sea posible no más que en el tiempo, acompañando el trabajo de campo y la acumulación de saber que viene con el contacto continuado.

En cada ciudad su destino fue diferente. En Tapachula no se pudo lograr más allá de un mapa general con la ubicación de los grupos; no fue posible la recolección de la información restante en torno a la edad, el sexo, la ocupación y demás informaciones. Fue la única ciudad donde no se logró, en las otras tres se tiene la información completa pese a varias salvedades. En Tijuana se identificaron 27 grupos en la zona de la Sánchez Taboada. En primer lugar no son todos, hay un tanto más; y en segunda instancia la información completa se posee no más que sobre 12 de tales grupos, en casi todos los casos obtenida mediante la historia de vida realizada a alguno de sus miembros. Las referencias de los otros grupos resultan de numerosas evocaciones recogidas tanto en las historias de vida y las entrevistas como en el conocimiento de la zona derivado del trabajo de campo.

El panorama de Morelia, como veremos, es bastante singular. En un principio se intentó realizar el censo en la zona del Realito y Solidaridad, dos barrios populares de importante extensión al sur de la ciudad. Mas las características del fenómeno en Morelia, poco dada a la construcción de grupos asentados sobre una adscripción territorial, forzó la búsqueda en la dirección de distintas geografías. El resultado es un censo con la información completa de grupos regados en distintos puntos, varios de los cuales se componen de miembros dispersos en varias colonias. Los 12 grupos reportados no son, de seguro, la totalidad de los existentes en la ciudad. Sin embargo, el cuadro compuesto en el censo es una mirada cercana de la realidad viva en una urbe intermedia con una población y un tamaño más bien manejables.

Por último en el Distrito Federal se tomó como referencia la Delegación Iztapalapa, la más poblada de la ciudad, tomando como punto de anclaje dos direcciones territoriales²⁴. El primero fue la dirección Cabeza de Juárez donde se rastrearon tres lugares regados a lo largo de la vía Periférico²⁵, el lugar donde se ubica la cuarta parte de los grupos delictivos de la delegación según los informes de Seguridad Pública. Ahí se efectuó el levantamiento de datos de 20 grupos. El segundo punto de anclaje fue la dirección territorial Sierra de Santa Catarina en uno de sus extremos al costado sur. Otra vez se trata de un sector de elevada peligrosidad, contiene el 28% de los grupos delictivos detectados por los organismos de seguridad. Allí se consignó información de 10 agrupamientos.

En este apartado se procede entonces a extraer de los censos la información relativa a la cantidad tanto de grupos como de miembros, señalando algunas de sus características básicas: el tamaño, el sexo y la edad. Ello nos da cuenta de la proliferación del fenómeno en las ciudades de México.

2. Cantidad y tamaño

En Tijuana abundan los grupos. Rayo menciona varios, habla de la Campos, el Cuarenta y el Cañón. Como se dijo se les conoce de corriente con el nombre de

²⁴ La Delegación se divide en siete direcciones territoriales.

²⁵ Se omite la ubicación exacta de realización del censo por razones de seguridad de nuestros informantes.

<barrio> y no falta quien los llame gangas –el anglicismo del término *gang*, la palabra del inglés con que se designa la pandilla-. Los testimonios de los otros miembros entrevistados abundan en las referencias a ellos, sus conflictos y su presencia: los Latinos, el Reaco 13, los Ángeles, Lomas 13, el Pipila y Rifo son unos entre tantos. Por su parte el censo consigna algunos de estos y varios más de sus nombres, sea el caso de 50 el Triunfo, Oldies 18, Vagos, BJM, Escorpion, Opis y Lokos 13. <En casi todas las colonias hay barrios. El más renombrado y peligroso es el Reacomodo>, dice un dirigente comunal de la zona. Es verdad, es rara la colonia que carece de su propio <barrio>. Lo mismo, las narraciones vienen plagadas de los alias con el que se suele bautizar a los miembros de las *gangas*, una manera de borrar la vieja identidad y crear una nueva: <El Ratón, el Muerto, la Aspirina, el Mausí, el Botas, el Culpable, la Zafiro, la Rebeca>, dice alguno²⁶. La presencia de estos grupos en la zona en estudio está fuera de duda, el censo reporta la presencia de 27. De los que se tiene el dato del número de sus integrantes -19 de los 27-, aparece que suman la cantidad de 3196 integrantes (Cuadro No. 1)²⁷.

Es también el caso de Morelia, aunque con intensidad menor. Su nombre ya no viene a ser el de <barrio> sino es más bien el de <banda>. Los testimonios mencionan una y otras, los 18, los Angelitos Locos, Sur 13, los Edi, ND, Florences. Igual, el censo confirma su presencia consignando datos de la Santa

²⁶ Las palabras y frases entre los signos < y > son fragmentos textuales extraídos de las historias de vida y las entrevistas realizadas en el trabajo de campo. Las citadas son de Don Lalo, Tijuana, p. 2 y Soldado, Tijuana, p. 1.

²⁷ El cuadro reporta los grupos detectados, pero no de todos se consiguió la información completa. Por ejemplo en Tijuana se identificaron 27 grupos, de 19 se tiene su número de integrantes pero sólo de 12 se logró consignar la información del sexo, la edad y demás variables.

Cruz, los DK, Locas, Panchitos, JFS, entre otros más. El registro captura 12 <bandas> compuestas por 427 integrantes (de nuevo Cuadro No. 1). En el Distrito Federal la situación es la misma. Los testimonios hablan de Cavernas, Petacos, Rabos, Pañales, Duks, Gemelos, Babys, Cofres -entre muchos más-, mientras el censo confirma los apelativos de Orientales, Loretos, Rifeños, Tíos, Muñecos, Callejeros. Al igual que en Morelia reciben el nombre de <bandas>, censados en 30 grupos compuestos por una cantidad de 2058 miembros²⁸. Por su parte el reporte de Tapachula deja ver la presencia de 13 grupos conocidos en este caso bajo el nombre de <maras>, con la excepción de uno, de nombre los Nazis, empeñado en vivir la experiencia pandillera desde parámetros mexicanos y no bajo la influencia de los modos propios de lo centroamericano. Sus nombres se despliegan siguiendo la fractura de los pertenecientes a la 13 y los adscritos a la 18. Entre los primeros se encuentran Tayni Locos, Vatos Locos, Sharoper Locos, y Pinus Locos entre otros, mientras entre los segundos Mao Mao, Gansos Locos, Cholos Locos y Charoper²⁹. Por desfortuna carecemos del dato sobre el número preciso de integrantes. Versiones distintas circulan al respecto, unos dicen que las <maras> tapachultecas, en su mayoría, se componen de algo así como cinco miembros; otros le calculan muchos más, suponen que en promedio cada una posee 40 integrantes.

CUADRO NO. 1
NUMERO DE GRUPOS Y DE MIEMBROS CENSADOS
4 Ciudades

²⁸ No se posee el número de miembros de una banda pues se sabe está compuesta por dos familias.

²⁹ En Centroamérica la Mao Mao suele ser una pandilla independiente de la Salvatrucha y la 18. En Tapachula fue la más mencionada entre las filas de la 18.

	GRUPOS*	MIEMBROS**
Tijuana	27	3196
Morelia	12	427
DF	30	2058
Tapachula	13	S.I.

* Grupos detectados

** Miembros de los grupos de los que se tiene información desagregada:

En Tijuana 19 <barrios>, en DF 29 <bandas>

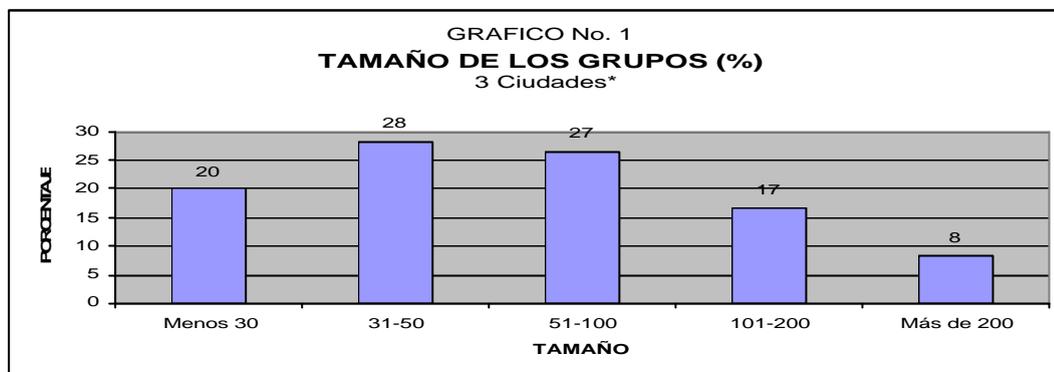
S.I.: Sin información

Nos hallamos el primer puntal en la caracterización de la situación en México. En el norte estos grupos de muchachos se auto denominan <barrios>, en el centro – incluyendo Morelia y el Distrito Federal– se les conoce con el nominativo de <bandas> y en el sur se les designa con el nombre típicamente centroamericano de <maras>. Del barrio a la banda a la mara, el equivalente del salto regional del norte, al centro al sur. No se trata de un simple cambio de palabra, el nombre designa una entidad. Nos preguntamos entonces, ¿qué es lo propio de cada una de esas tres entidades regionales?

Comencemos por la dimensión de los tamaños de los grupos. Contemplando el conjunto de las tres ciudades con información ellos no se polarizan en una sola dirección³⁰ (Cuadro No. 2). Los mayoritarios son los rangos de 31 a 50 y de 51 a 100 miembros, ambos con la misma participación: 28 y 27% respectivamente. Lo cual significa que entre los 30 y 100 integrantes hacen más de la mitad, el 55% del total de grupos. Hay unos todavía más grandes, de más de 100 e incluso por encima de 200, sumados hacen la cuarta parte (17 y 8%). Los pequeños de menos

³⁰ En adelante, cuando se trate de información numérica, la mención de las ciudades se refiere a Tijuana, Morelia y Distrito Federal. En Tapachula el censo no se realizó más allá de un mapa general.

de 30 tampoco están ausentes aunque no son los más numerosos, por sí solos hacen una quinta parte (20%).

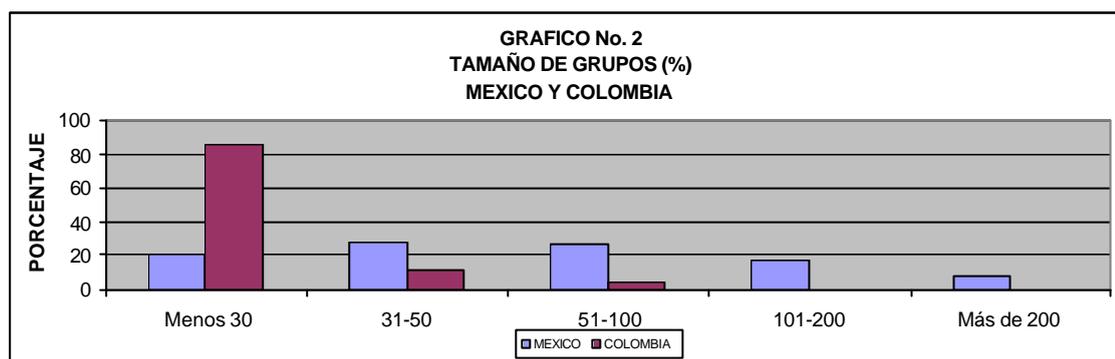


Fuente: Datos etnográficos

El cuadro contrasta de manera notoria con la situación de Colombia, país donde el 84% de los <parches> de tres ciudades tienen menos de 30 miembros. Los grupos reducidos son allí la nota predominante, ninguna ciudad altera tal predominio; es más, en dos de ellas los grupos de menos de 20 integrantes hacen más del 60% del total³¹. El contraste entre los dos países es marcado (Gráfico No. 2). En México los grupos tienden a ser de gran tamaño –ya un grupo de más de 25 personas se vuelve notorio-, mientras en Colombia no existe ni uno solo de más de 60. El vínculo entre pandilla y conflicto se revela. Hasta mediados de los años 80 pulularon en Colombia las agrupaciones grandes, por regla general con más de 100 miembros. El escalamiento del conflicto a partir de ese entonces, jalonado por la presencia abrumadora del narcotráfico, se tradujo en la compresión de los tamaños de las pandillas y sus espacios dominados. La presencia urbana de las operaciones de limpieza tuvo como efecto la reducción del tamaño de los <parches>; no sólo no

³¹ Las ciudades son Barranquilla, Neiva y Bogotá. Las dos con más del 60% de grupos pequeños son la primera y la última, las dos ciudades grandes. Perea (2006, Cuadro No. 12, capítulo 13).

podían resultar visibles sino que ellos mismos aumentaron la intensidad de sus enfrentamientos. En México el conflicto se tramita de manera distinta, Rayo nos dio ya indicaciones: sus grupos no se han tenido que enfrentar de manera directa con un actor dispuesto a aniquilarlos, mientras su inserción local está mediada por una serie de conectores que tendremos oportunidad de ver.



Fuente: Datos etnográficos

Sin embargo la situación en México varía de manera ostensible una vez se mira cada ciudad por su lado. En Tijuana el común denominador son los grupos grandes; el número mayor de 100 miembros hace casi la mitad (47%), mientras los reducidos por debajo de 30 son inexistentes (Cuadro No. 2). Todo lo contrario de Morelia, ciudad donde los grupos pequeños de menos de 30 componentes tienen el alto porcentaje de 58, al tanto que los de más de 100 ni aparecen (Cuadro No. 3). Por su parte el Distrito Federal está a mitad de camino, sus tamaños se distribuyen con menos polaridad –hay grupos grandes y pequeños-, si bien el dominio lo tienen los 30-100 miembros: sumados se llevan el 64% de los agrupamientos capitalinos (Cuadro No. 4). El cuadro comparativo entre las tres ciudades se sintetiza en el Gráfico No. 3. En Tijuana dominan los grupos grandes, el promedio

de miembros es de 168; en Morelia sobresalen los pequeños, su promedio se reduce a 36; el Distrito, por último, se para en la mitad, su promedio es de 71³².

CUADRO No. 2
Tijuana 2006*

	Número	Porcentaje
Menos 30	0	0
31-50	6	32
51-100	4	21
101-200	4	21
Más de 200	5	26
TOTAL	19	100

* Datos de 19 <barrios>

CUADRO No. 3
Morelia 2006

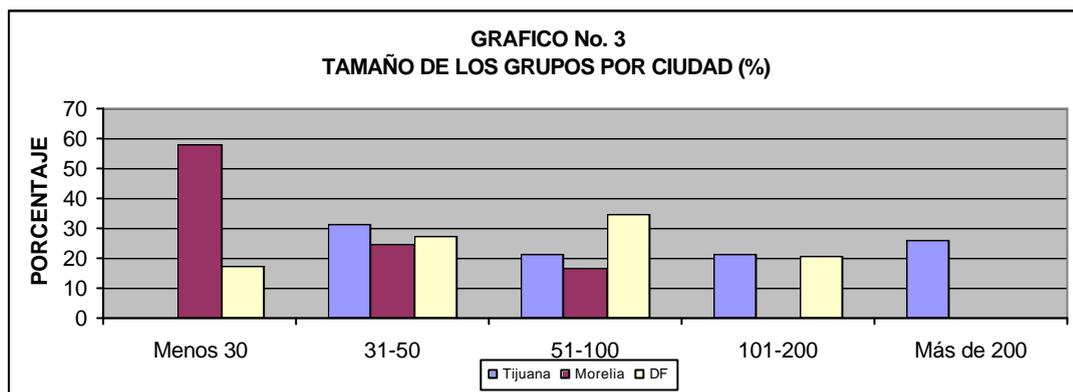
	Número	Porcentaje
Menos 30	7	58
31-50	3	25
51-100	2	17
101-200	0	0
Más de 200	0	0
TOTAL	12	100

CUADRO No. 4
Distrito Federal 2005*

	Número	Porcentaje
Menos 30	5	17
31-50	8	28
51-100	10	34
101-200	6	21
Más de 200	0	0
TOTAL	29	100

* Sin información de una banda

³² El promedio de miembros se calcula dividiendo el número total de integrantes entre el número de grupos.



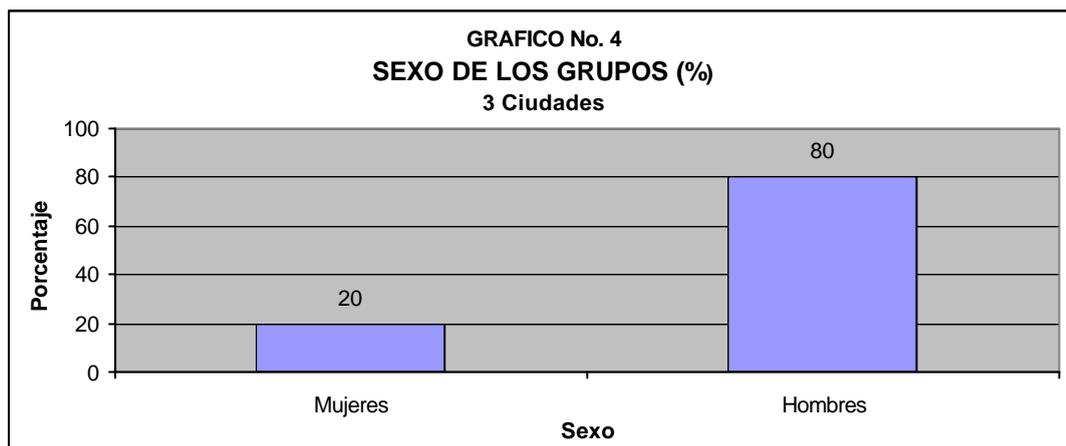
Fuente: Datos etnográficos

3. El sexo

El predominio masculino es indiscutido, en las tres ciudades suman el 80% de los integrantes (Gráfico No. 4)³³. La hegemonía no se modifica en los diversos contextos urbanos. Los hombres dominan en Tijuana, donde agrupan el 71% de las personas que componen los <barrios>; en Morelia son más todavía, agregan el 85%, mientras en el Distrito Federal hacen el 84% (Cuadros No. 5, 6 y 7). De Tapachula se desconoce la proporción exacta pero se sabe que los hombres son mayoría; en cualquier caso, según un entendido, no bajan del 80%. La hegemonía de los varones no es un rasgo exclusivo de México, es un fenómeno generalizado. En Colombia su predominio asciende al 87% de los integrantes de los <parches>, en El Salvador al 80% de las <maras> y en Nicaragua al 99% de las pandillas³⁴.

³³ Los datos etnográficos que siguen a continuación, a no ser que se aclare de manera explícita algo distinto, corresponden en Tijuana a 12 <barrios>, en Morelia a 12 <bandas> y en el Distrito Federal a 29 <bandas>.

³⁴ De Colombia Perea (2006, Cuadro No. 1A, capítulo 2). De El Salvador Homies Unidos y Colaboradores (1998, p. 36) y Santacruz y Concha (2001, p. 44). Para Nicaragua Sosa y Rocha (2001, p. 393).



Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No. 5
Tijuana 2006

	Número	Porcentaje
Mujeres	370	29
Hombres	926	71
TOTAL	1296	100

Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No.6
Morelia 2006

	Número	Porcentaje
Mujeres	63	15
Hombres	364	85
TOTAL	427	100

Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No.7
Distrito Federal 2005

	Número	Porcentaje
Mujeres	324	16
Hombres	1734	84
TOTAL	2058	100

Fuente: Datos etnográficos

Sin embargo no están del todo ausentes. Tijuana es la ciudad más abierta a la participación femenina, en sus <barrios> las mujeres suman el 29%, algo menos de la tercera parte de los <compas>. En algunos llegan a ser una considerable porción, <en el barrio son entre 30 o 40 hombres y unas 35 mujeres>. En general, como dicen los datos, son el número menor: <En el barrio ahora vienen siendo unos 110, mujeres son como 30>. En las otras dos ciudades las mujeres están menos presentes, bordean apenas el 15%. No es un problema sólo numérico. La pandilla es uno de esos

universos dominados por la masculinidad descarnada, como suelen serlo los mundos contruidos sobre la ilegalidad. Es más, la minoritaria presencia femenina confirma la naturaleza brutal de las prácticas conflictivas típicas de la pandilla, ellas no están dispuestas con la misma presteza a la incursión en actos violentos e ilegales. El círculo se completa. La ferocidad de la pandilla convoca lo masculino, los hombre reunidos y enfrentados desbocan la crueldad. Ante la supremacía indiscutida del macho lo femenino se hace presente pero no más que bajo la condición de la subordinación. Está afuera, como “objeto” de deseo y por tanto como motivo de enfrentamiento: *<Me gustaba ir a los barrios enemigos y conseguir las jainitas de ahí porque es lo que más les castra a los enemigos. Más se agüitan y agarran más pique>*, dice un Moreliano. Las mujeres que viven en la zona de influencia de algún grupo tienen que pasar por el expediente perverso de depender de los conflictos entre los grupos enfrentados: *<Cuando uno tiene novia tiene que ir a verla a su casa y si vive en una colonia donde hay pandillas se puede tener problemas con ellos>*³⁵.

Pero también están adentro, en la mayoría de los casos dependientes del poder del macho. Lo suelen hacer en calidad de novias, en cuyo caso no escasean las historias de golpizas propinadas ante cualquier erupción de celos: *<Aquel cabrón trae tu jaina arriba en la ranfla, ese. Al rato la jaina con los ojos morados, toda madreada>*. Más allá de las relaciones amorosas las mujeres participan también como miembros activos. Su estatuto, sin embargo, no termina de igualarse al del hombre. No es raro que

³⁵ Chaka, Tijuana, p. 1; Tatema, Tijuana, p.3. Grande, Mor., p. 5; Cipo, Mor., p. 4.

cumplan la condición de objeto sexual: *<Había dos o tres jainas que nos seguían la corriente ... Cada quien agarraba la suya. Yo le brinqué a dos o tres. No más me gustaba agasajarlas>*. En los otros casos están ahí y hacen parte de la vida colectiva, pero lo hacen condicionadas por la “incapacidad” de desplegar los niveles de motivación y entrega de los que son capaces los varones. Para muchos ellas hacen parte del grupo pero como una especie de anexo que en todos casos es aparte. Lo afirman en Morelia, *<en la banda había mujeres pero ellas tenían su propia banda, o sea no siempre andaban con nosotros>*; también lo dicen en Tijuana, *<las mujeres eran aparte. Si había pero, digamos de puros hombres éramos 100>*. Los niveles de peligrosidad y conflicto que entrañan las prácticas conflictivas disuaden a otros muchos de lo inconveniente que resulta la presencia de la mujer en la *<banda>*. La vieja y socorrida imagen de la debilidad femenina vuelve y salta a primer plano: *<Rucas entraron al barrio tiempo atrás, pero ahora ya casi no se permiten porque son muy débiles y ante una putiza empiezan a cantar y a poner compas en la cruz. O sea no aguantan tanto como nosotros, son más débiles. Por eso es que rucas ya no se aceptan>*. En otros casos cumplen la vieja tarea de las labores de preparación de los eventos, la comida y todas aquellas actividades asociadas a la reproducción del grupo: *<Antes eran como unas 30 o 40 jainas, andan todavía ahí pero hacen los eventos>*³⁶.

En últimas están de por medio dos maneras distintas -¿y antagónicas?- de construir la identidad y la relación con lo público. Para la condición masculina la circulación

³⁶ Grande, Mor., p. 5; Gasper, Tijuana, p. 8; Cipo, Mor., p. 10; Pantera, Tiju., p. 1; Erre.Mor., p. 9; Rulas, Tijuana, p. 1.

sobre el espacio público se erige en primordio de identidad. Estar “afuera”, atento al mundo, se construye culturalmente como rasgo “natural” de la edificación de la masculinidad. Al hombre que se le priva de dicha circulación para conminársele en el espacio privado de lo doméstico –se arguye-, se le cercena una dimensión esencial de la experiencia de la virilidad. Los varones han de salir y hallar en la calle sus lugares, todo lo contrario de las mujeres, quienes, de manera distinta, deben permanecer hasta donde sea posible dentro del ámbito cerrado y salvaguardado de lo privado. Las sempiternas oposiciones entre lo público y lo privado -entre el espacio de lo general y la confrontación versus la esfera de lo particular y lo íntimo-, siguen operando con toda su fuerza a la hora de la socialización de los géneros en los barrios populares³⁷. Como consecuencia, la correría por lo público y la identidad que allí se caldea tiene un significado diferente para uno y otro sexo. Lo saben en Tijuana, *<muchas veces las rucas no duran mucho en un barrio. Entran y salen. Es porque las mujeres son diferentes, en el momento en que se casan se olvidan del barrio. Los vatos no, aunque se casen siguen siendo del barrio, siguen estando en las esquinas>*. El lugar del grupo es en verdad distinto, Miclo lo argumenta: *<las mujeres son diferentes>*. El olvido guarda relación directa con la importancia estratégica de un evento en la construcción de la vida. Para los hombres, por tanto, el grupo callejero desempeña un papel de primer orden y nunca se le olvida, no importa lo que suceda *<siguen estando en las esquinas>*; para las mujeres, por el contrario, otras experiencias las

³⁷ En general, no sólo en las pandillas, las mujeres tienen una menor participación en las experiencias juveniles de los grupos musicales, los crew, las casas culturales. Algo que contrasta con la mayor participación de las mujeres en las experiencias comunales: ¿será una condición de la edad de las mujeres, guardadas y protegidas cuando jóvenes?

arrastran y de ahí que se cumpla el caso de que cuando *<se casan se olvidan del barrio>*. La cantidad de mujeres llamadas a ingresar es por definición menor, cuando lo hacen son inestables, salen y entran. Su compromiso con el secreto y la trasgresión no se lleva hasta las últimas consecuencias –ahí no reposa el alma de su identidad- y son poco afectas a constituir grupos independientes. Al igual que en Colombia corren rumores de pandillas femeninas, siempre temidas y admiradas, pero el trabajo de campo no llegó a identificar ninguna con claridad. Se habla de ellas, se les adosan cientos de aventuras y se adornan con exceso de brutalidad. Pero aparecen y desaparecen con la misma intensidad³⁸.

Queda entonces la última modalidad de la presencia femenina en la pandilla, una más bien poco frecuente: la mujer que adopta la lógica de la violencia masculina y hace despliegue de una brutalidad igual. En este caso la mujer, como muy pocas lo harán, participa de igual a igual con los hombres en la ejecución y desarrollo de las prácticas conflictivas: consume con la misma profundidad, es actriz de primera mano del robo y no se para en mientes para desatar la violencia cada vez que las circunstancias lo ameriten. Tal la condición impuesta a la mujer que aspire a obtener el mismo reconocimiento del hombre. *<Había un grupito que eran muy temidas porque eran muy peleonas. Se agarraban bien gacho, como hombres>*, cuentan de un puñado de muchachas en Morelia³⁹. Cuando ello sucede, incluso, se les teme más. Pero la condición básica se debe haber cumplido: la supresión de lo femenino.

³⁸ Miclo, Tijuana, p. 2.

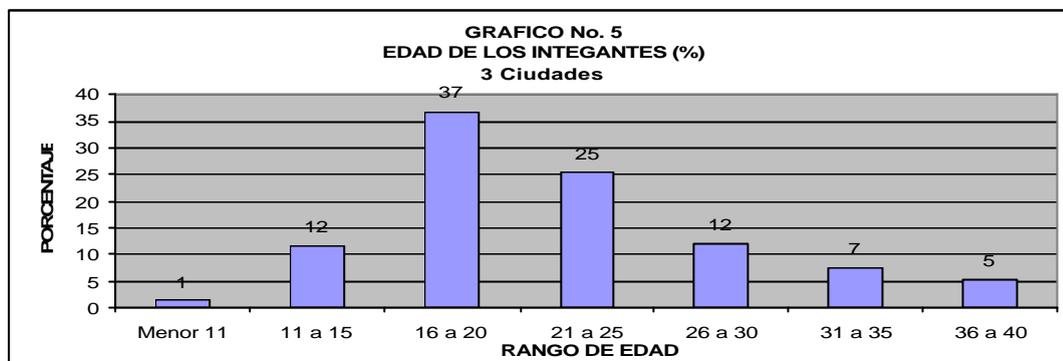
³⁹ Cipo, Mor., p. 10.

Como lo enuncia el testimonio *<se agarraban bien gacho, como hombres>*. Tal la condición impuesta desde la pandilla a la mujer y la feminidad: o se le suprime en nombre de la violencia masculina o se le subordina al cumplimiento de tareas instrumentales a la vida del grupo. Sin duda la condición de lo femenino nunca termina de desaparecer; pero en la pandilla, con toda claridad, ella debe caminar acallada y enterrada. Finalmente el grupo pandillero se rige por los cánones de la brutalidad descarnada, el macho es su figura emblemática.

4. La edad

Al igual que la dominancia masculina, la juventud es otra constante de la pandilla. Según se aprecia en el Gráfico No. 5 la mayor cantidad de sus integrantes se encuentran entre los 16 y los 20 años sumando el 37% del total. Le siguen después los miembros entre los 21 y los 25 con el 25%. Juntando las dos resulta que es la edad a todas luces dominante, entre los 16 y los 25 años se congrega el 62% de los pandilleros de las 3 ciudades, esto es, casi dos de cada tres integrantes se hayan entre estos años. De los 11 a los 15 y de los 26 a los 30 años participan de igual modo, ambos con el 12%. La misma distribución etárea se comprueba en otros países. En Colombia se concentra todavía más el predominio de los jóvenes, el 82% de los integrantes tiene entre 14 y 25 años y de ellos el 52% tiene entre 14 y 19. En Centroamérica se valida la constante juvenil. En un estudio de El Salvador

el 63% de los entrevistados tiene de 16 a 21 años y en Honduras y Nicaragua las edades oscilan entre los 12 y los 25⁴⁰.



Fuente: Datos etnográficos

Por ciudades la constante se mantiene. En Tijuana los jóvenes entre los 16 y los 25 años convocan el 68% de los <compas> (Cuadro No. 8). Los observadores externos lo corroboran: <Por lo regular son chavos de 15 a 20 años los que andan haciendo pandillas>, afirma un líder zonal de la ciudad. La dominancia la ratifican los mismos miembros de los barrios, <la mayoría andan entre los 16 y los 21 más o menos. Las mujeres desde los 15 hasta los 19 porque ya de 20 o 21 casi no se ven>. En Morelia sucede lo mismo, la edad joven suma el 69% (Cuadro No. 9), al tanto que en el Distrito Federal es donde decrece de manera más considerable bajando al 54% (Cuadro No. 10)⁴¹. En Tapachula, finalmente, se asegura que la edad de dominancia corre entre los 11 y los 20 años.

⁴⁰ Perea (2006, cuadro No. 2, capítulo 3), Santacruz y Concha (2001, p. 44), Castro (2001, p. 222) y Sosa y Rocha (2001, p. 44).

⁴¹ Don Lalo, Tijuana, p. 2; Chaka, Tijuana, p. 1;

CUADRO No. 8
Tijuana 2006

	Número	Porcentaje
Menor 11	38	3
11 a 15	123	8
16 a 20	651	44
21 a 25	347	24
26 a 30	150	10
31 a 35	90	6
36 a 40	66	5
TOTAL	1465	100

Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No. 9
Morelia 2006

	Número	Porcentaje
Menor 11	0	0
11 a 15	82	19
16 a 20	177	41
21 a 25	120	28
26 a 30	43	10
31 a 35	5	1
36 a 40	0	0
TOTAL	427	100

Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No. 10
Distrito Federal 2005

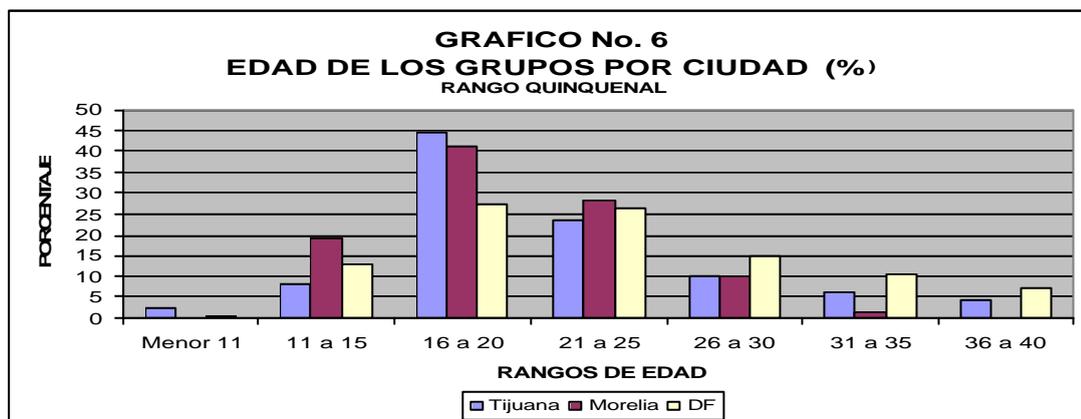
	Número	Porcentaje
Menor 11	5	0
11 a 15	187	13
16 a 20	402	28
21 a 25	386	26
26 a 30	218	15
31 a 35	153	10
36 a 40	107	7
TOTAL	1458	100

Fuente: Datos etnográficos

El Gráfico No. 6 compone un cuadro comparativo entre las ciudades y sus diferencias. El ingreso a la pandilla se produce desde los 11 años en adelante. Lo dice un Tijuanaense, *<entré al barrio por querer imitar a otras personas. Tenía unos 10 u 11 años. Estaba en la primaria>*⁴². Los miembros por debajo de esa edad son casi inexistentes, llegan cuando más al 3% en Tijuana. De ahí hasta los 15 tienen ya presencia, bastante parecida de ciudad a ciudad. En Tijuana hacen el 11%, en Morelia el 19% y en el Distrito Federal el 13%. Todo parece indicar que la edad de

⁴² Panda, Tijuana, p. 1.

ingreso más corriente viene a ser a los 14 o 15 años, el mismo momento identificado en otros países⁴³. Hacia el otro extremo también participan los adultos, esta vez sí con diferencias entre las ciudades. En los tres casos el rango de los 26 a los 30 es el mayoritario, el 10, 10 y 15% en Tijuana, Morelia y el Distrito respectivamente. De ese momento en adelante se produce, en las dos primeras ciudades, un descenso notable; en Tijuana menos, en Morelia bastante definitivo puesto que no hay entre las filas morelianas una persona por encima de los 35 años. Lo opuesto acontece en la capital, sus grupos exhiben una elevada participación de personas adultas: nada menos que un 17% de integrantes por encima de los 30 años.

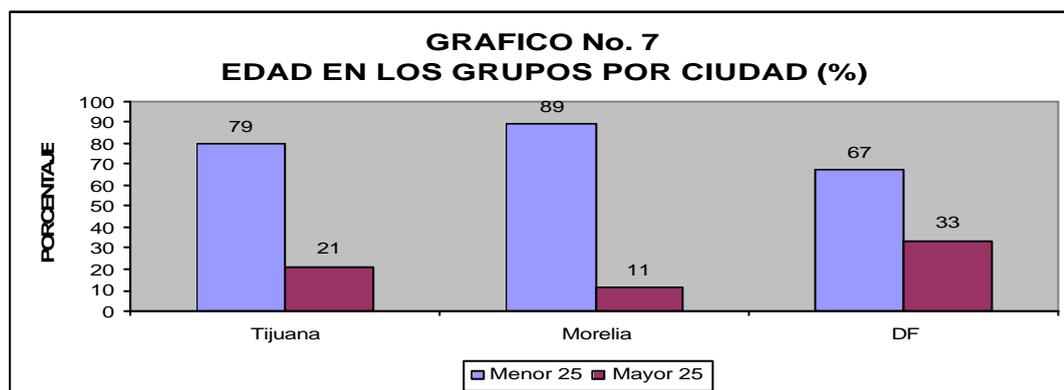


Fuente: Datos etnográficos

Así como en los tamaños de los grupos hubo una polaridad entre Morelia y Tijuana, ahora, en el caso de la edad, se produce una polaridad entre Morelia y el DF (Gráfico No. 7). La capital michoacana tiene agrupaciones ante todo de jóvenes, los menores de 25 años componen el 89% de sus gentes. El Distrito está también dominado por los jóvenes (son el 67%), pero los mayores de 25 alcanzan a

⁴³ Es el caso de Colombia. Perea (2006, capítulo 3).

ser el 32%, es decir uno de cada tres miembros. Entre las calles de Iztapalapa se llegan a identificar 3 grupos con más del 40% de sus miembros por encima de los 25 años e incluso 3 donde los adultos suman más del 50% de los integrantes. De tal manera, en las tres urbes los jóvenes mantienen la hegemonía sobre la agrupación pandillera. No obstante en la capital nacional las agrupaciones tienden a ser de mayor edad mientras en Morelia tienen la tendencia a ser jóvenes; Tijuana, de su lado, parece ubicarse en el medio, sus <barrios> los componen gentes de todas las edades de una manera homogénea. Rayo nos lo dijo, <en el barrio había gente mayores de 35 años pero los que abundaban más eran entre 20 y 25. Había hombres y mujeres>.



Fuente: Datos etnográficos

5. El barrio, la banda, la mara

El fenómeno pandillero se extiende por el planeta entero, con entera claridad lo hace por el continente americano. Aparece en Suramérica, su presencia se verifica en Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia y Brasil⁴⁴; el caso colombiano ya se ha

⁴⁴ De Ecuador Cervino (2004) y Andrade (1994). De Venezuela Birkbeck (2003). De Perú Lazo (2002).

mencionado⁴⁵. Lo mismo en Centroamérica, las maras de la región, presentes en gran cantidad en El Salvador, Honduras y Guatemala, terminaron por convertirse en el paradigma de la pandilla en el mundo⁴⁶. No es una realidad exclusiva de la periferia latinoamericana, también se le encuentra con fuerza en los Estados Unidos constituida en uno de los más espinosos nudos de la convivencia⁴⁷, mientras sus efectos se dejan sentir en el continente europeo⁴⁸.

De uno a otro país la constante viene a ser la entrega de grupos de muchachos al tiempo paralelo, vale decir, la emergencia de agrupaciones de jóvenes precarizando los vínculos institucionales, haciendo de las prácticas conflictivas la dedicación principal y cerrando sus discursos sobre el significativo del respeto. En México lo vemos, Rayo lo mostró y luego los datos de las ciudades lo validan, mientras numerosos estudios lo confirman en otros países. Su aparición simultánea en geografías y latitudes disímiles comprueba, una vez más, le extensión de las expresiones de identidad marcadas por la universalización de sus códigos. Por ello brota de una nación a la siguiente haciendo caso omiso de realidades económicas y políticas, en su emergencia parece no reconocer ninguna especificidad de contexto. En últimas, la pandilla es una forma de habitar la ciudad contemporánea. Sin

⁴⁵ Ardila, Pombo y Puerto (1995), García (1998), Henao y Castañeda (2002), Jaramillo, Ceballos y Villa (1998), Organismos No Gubernamentales de Derechos Humanos (s.f.), Pérez y Mejía (1996), Salazar y Jaramillo (1992), Salazar (1998 y 1990).

⁴⁶ Castro y Carranza (2001), Cruz y Carranza (2006), Liebel (2004 y 2002), Homies Unidos y colaboradores (1998), Merino (2001), Santacruz y Cruz (2001), Santacruz y Concha (2001), Santacruz y Portillo (1999), Sosa y Rocha (2001).

⁴⁷ Bourgois (1995), Egley y Major (2003), Egley (2001), Howell y Decaer (1999), Manwaring (2005). De las antiguas pandillas Whyte (1971).

⁴⁸ Es el caso de España, Feixa y colaboradores (2006) y Salas (2004). El clásico libro de Francia en Monod (2002).

embargo la armadura genérica del tiempo paralelo tiene varios matices, uno histórico, otro nacional y uno más urbano.

En principio el matiz histórico. No cabe duda, a la pandilla contemporánea le preceden multitud de antecedentes. La urbanización Latinoamericana, iniciada hacia mediados del siglo pasado con velocidades distintas de país a país, se acompaña de la emergencia de grupos de hombres jóvenes que en los barrios populares se posesionan de un territorio, lo defienden por la fuerza y practican ciertos hábitos ilegales⁴⁹. Lo llamamos el gesto pandillero, él acompaña la accidentada expansión de la urbe del continente⁵⁰. No obstante el advenimiento de la globalización neoliberal a partir de los años 80, portadora de una serie de fracturas que terminan por reordenar la sociedad y sus dispositivos, no puede dejar de provocar un salto en tales agrupaciones juveniles urbanas: desde ese momento el tiempo paralelo se vuelve su santo y seña. El gesto pandillero arrastra desde siempre diversas formas de conflicto; los grupos absorben a sus miembros mientras las violencias y los robos adquieren notoriedad. Pero entre las formas anteriores y la pandilla actual existen hondas diferencias⁵¹: esta última se consume

⁴⁹ En algunos países nacen expresiones similares entre la clase media pero hacia los años 70 desaparecen circunscribiéndose a los barrios populares. Es el caso de México con los Nazis, los Azotes, los Rebeldes sin Causa, grupos que en su momento tuvieron remarcada presencia. Lo mismo en Colombia, años atrás hubo agrupaciones de clase media metidas en disputas territoriales y enfrentamientos violentos. Asimismo en la actualidad, en los dos países, brotan agrupaciones conflictivas en los barrios de clase media que en ningún caso se equiparan al fenómeno extendido que constituye en los barrios populares. Veremos que Morelia establece una salvedad respecto a esta condición de clase. Para México Valenzuela (1988) y Urteaga (2004).

⁵⁰ Quizás lo mismo se puede afirmar de los Estados Unidos. Desde los años 20 la escuela de Chicago pone en escena a los grupos de muchachos conflictivos en la ciudad. Whyte (1971). Limitamos nuestras observaciones a Latinoamérica.

⁵¹ Tomamos distancia de la prolongación directa que establece Lara (2006) entre el crimen organizado y las pandillas. No sólo hay abismales diferencias entre las mafias y las pandillas –sobre las que abundaremos más adelante–, sino entre las mismas pandillas.

en el tiempo paralelo todo lo cual significa varias cosas. La primera, sólo ahora se produce una fractura institucional de honda proporción; los grupos anteriores mantenían una conexión con diversos flujos instituidos, hasta los hippies y sus desconexiones se encaminaban a construir una sociedad alternativa. La segunda, en la actualidad se produce un endurecimiento de las prácticas conflictivas acicateada por la invasión del crimen a las formas de la vida cotidiana, todo lo cual se traduce en expansión de las adicciones, extensión del robo e intensificación de la violencia. La tercera, no más que hoy la palabra se comprime sobre el <respeto> poniendo término a las búsquedas expresivas características de los grupos anteriores, desde los signos distintivos y los ritos hasta los actos culturales. Los pachucos mexicanos ilustran a cabalidad la diferencia⁵². Sus vestimentas estrafalarias y su ansia de diferenciación, ciertamente acompañadas de ilegalidades, no cancelaban las ocupaciones productivas y la exploración de una identidad capaz de constituir una presencia pública sobre elementos distintos a la violencia. Sólo ahora, pues, se consume el tiempo paralelo con sus tres aristas. ¿Qué contexto social armó la actual oleada de la era del mercado de tal manera que dicha transición se consume?

El tiempo paralelo echa un abismo de diferencias entre los grupos anteriores y los actuales. Sin embargo tal tiempo posee distintos desciframientos tanto de país a país como de ciudad a ciudad -el segundo y tercer matiz-. Entre países viene anunciado en el interrogante que preside nuestro trabajo: ¿en razón de qué factores

⁵² Los pachucos se riegan en las ciudades mexicanas durante los años 40 y 50, especialmente en las ciudades de la frontera norte. Valenzuela (1988), Paz (2000).

la violencia de los grupos mexicanos es más reducida? Echando mano de la imagen de un espectro de tiempo paralelo, tensado en sus extremos por la intensidad de la fractura y la violencia, aparece que las maras centroamericanas se ubican en el polo de la máxima intensidad. La ausencia de un conflicto abierto con ellas –tanto del estado como de algún otro actor-, les permitió los niveles de proliferación, autonomía y crueldad que las hizo características hasta cuando les botaron encima las cruentas políticas de represión estatal⁵³. Al otro lado del abismo se paran las pandillas mexicanas, contenidas por un conjunto de mediadores cuya lectura pretendemos realizar en este texto; Rayo ya insinuó algunos de ellos, la violencia indiscriminada se proscribía hasta en los <barrios> tijuanenses. En el centro del espectro, entre tanto, se ubican los <parches> colombianos. El conflicto que desatan, estimulado por el contexto de guerra que vive ese país desde hace largo tiempo, se convierte a la vez en la garantía de su emplazamiento en la medida que hace saltar diversos actores dispuestos a sostener una confrontación abierta con las pandillas. En consecuencia –como se señaló atrás a propósito del tamaño de los grupos-, la fisonomía de las pandillas se moldea en conexión con la naturaleza del conflicto y las modalidades del crimen de cada país en particular. El tiempo paralelo, pues, es un registro general de la pandilla contemporánea⁵⁴; pero cada nación, en correspondencia con su singularidad, le moldea estructuras particulares.

⁵³ Sus agresiones y rupturas llegaron a tales niveles que la persecución estatal les ha proyectado, a varias de sus clikas, hacia formas de mayor organicidad, violencia y criminalidad. Cruz y Carranza (2006).

⁵⁴ Al menos así se cumple en Latinoamérica.

La misma afirmación vale dentro de un país una vez se compara una ciudad con otra. Es el caso de México, los nombres de <barrio> al norte, <banda> al centro y <marra> al sur designan, cada uno, una entidad con sus propias especificidades⁵⁵: la diferencia estriba en aquello que sirve de eje de referencia y por ende en aquello donde se define y construye cada uno. En el norte el <barrio> hace de la colonia donde habita su centro de referencia. El <barrio> de los jóvenes se funde con el barrio urbano, su definición se construye sobre dicha referencia territorial. Llegan a sobreponerse de tal modo, traslapando sus respectivas historias, que la gente ubica los lugares de la zona no por el nombre oficial de la colonia sino por el apelativo con que se bautiza el <barrio>. Lo dice alguno, *<casi nadie conoce La Cañada [el nombre formal de la colonia]. En cambio no más dicen que son de Locos y ya, todo el mundo sabe. No más se dice Locos y se ubican de volada>*. No en vano ambos nombres crecen juntos, el <barrio> nace con la fundación misma de la colonia y entonces el uno es indisociable del otro. La narración de la trayectoria del <barrio> se hace describiendo sus generaciones sucesivas en un contexto donde la pertenencia es un asunto de herencia transmitida de padres a hijos. Rayo termina introducido en el grupo de la colonia empujado por los <compas> del padre, pese a las muchas amarguras que mantiene con este. No hay un lugar en la casa pero sí hay uno en el <barrio>. El mismo personaje de <Locos> acabado de escuchar lo afirma con claridad: *<Si alguien de aquí tiene un morro, los morros son Locos y tienen que seguir siendo*

⁵⁵ Lo mismo se mostró en Colombia entre las ciudades de Barranquilla, Neiva y Bogotá, sus niveles de violencia varían según el contexto de la ciudad. Perea (2006).

*Locos. No se cambian de banda ni nada aunque haya acción en otra parte. La base es el Locos*⁵⁶.

El <barrio> tijuanaense es enteramente territorial, no de un puñado de cuadras como es el caso de Colombia sino de la colonia como entidad urbana. Se convierte entonces en un verdadero mediador de la vida colectiva; todos los vecinos, casi sin distinguos, participan de una y otra manera de las dinámicas por él impuestas. Quien se resiste, como lo cuenta Rayo de la profesora que le avisaba a <la placa>, recibe la más amarga de las retaliaciones: violan a la hija. Cada fin de semana la máquina colectiva se aceita. La colonia, de la mano del <barrio>, entra en éxtasis: <Los viernes, los sábados y los domingos Tijuana despierta. Es más, el que venga a la hora que sea si no encuentra una persona en la calle que me diga lo que quiera en la madrugada>. En palabras de un personaje que ya citamos antes, cuando vienen los fines de semana las gentes de la colonia <pasan a formar parte de un solo cuerpo, todos. Está bien cabrón entrar a un barrio porque tanto la mamá del malandro como el malandro te van a chingar. Ellos, sin saber, están unidos invisiblemente por un cordón emocional: el arquetipo que los forma en los barrios de las colonias populares>⁵⁷. La colonia es así la referencia del <barrio> norteño, de su intrincada mezcla se derivan sus características distintivas en tamaño, sexo y edad (Cuadro No. 11): son los grupos grandes de las tres ciudades, casi la mitad tiene más de 100 miembros (47%), al tanto que no tiene ni uno solo de menos de 30. El <morro> entra a formar parte por derecho y herencia. Asimismo es la ciudad donde

⁵⁶ Las dos citas son de Ñañas, Tijuana, p. 4.

⁵⁷ Maruchan, Tijuana, p. 2; Lupe, Tijuana, p. 2; Maruchan, Tijuana, p. 6.

las mujeres tienen mayor participación directa (el 29%), así como donde todas las edades hacen parte de sus filas (tanto los menores de 15 como los mayores de 30 años)⁵⁸. Tamaños grandes, más mujeres y todas las edades: es la conexión con la colonia y, por esa vía, con una amplia gama de sus pobladores. En los términos de un *<veterano calmado>*, *<nosotros somos los oldies, los padres de los hijos que andan aquí regándola. Cuando se meten grandes ya nos metemos nosotros>*.

CUADRO No. 11
CARACTERÍSTICAS POR CIUDAD

	TAMAÑO	SEXO	EDAD
Tijuana	Grandes	Más mujeres	Distribuidos
Morelia	Pequeños	Hombres	Jóvenes
Distrito Federal	Distribuidos	Hombres	Adultos

Por su lado el nombre de *<banda>*, característico de la región del centro tanto en Morelia como en el Distrito Federal, tiene un grado tal de extensión en sus aplicaciones que la identificación con la pandilla resulta problemática. En efecto, se le usa en una multiplicidad de situaciones. El grupo musical, la agrupación de grafiteros (el *crew*), la reunión de *<cuates>* en la esquina, la organización criminal, la pandilla, todos se cubren bajo su sombrilla única cada vez que se auto describen. El nombre cubre entonces desde agrupaciones al orden, como el grupo musical, hasta asociaciones constituidas expresamente con el ánimo de lucrar por la vía criminal, como la banda delictiva. Ambas reclaman legitimidad, la banda de rock o ska posee tanto reconocimiento como la banda criminal. En todos los casos, así

⁵⁸ El 29% de mujeres desborda las otras ciudades mexicanas pero también los parámetros internacionales, donde llegan máximo al 15%.

pues, la noción moviliza una poderosa fuente de identidad; quien pertenece a la <banda>, no importa el tenor que tenga, lleva ganados de antemano respeto y lealtad.

Este es justo el significado que interesa señalar. La <banda> del centro, a diferencia del <barrio> del norte, no tiene como eje de referencia la colonia o alguna otra clase de territorialidad. La <banda> se define más bien en referencia a su trayectoria y sus propias ejecutorias. El asentamiento sobre un territorio puede tener su importancia, por supuesto, más no es lo determinante. Interesa más lo que la <banda> hace, el prestigio ganado por ello y el imaginario de cerramiento y clan que convoca. No cualquiera está allí, la pertenencia se conquista y lucha; no es hereditaria, una suerte de condición inscrita en la vida local como lo es al norte. El individuo que la pretende ha de ponerse en juego interiorizando el estilo singular. Claro, el <barrio> también lo tiene. Más la relación se cumple del <barrio> al estilo, mientras en el centro es del estilo a la <banda>: esta se define por lo que es, no por el lugar en donde se encuentra.

Tales atributos tienen validez al interior del mundo del conflicto ilegal. El término <banda> se generaliza para abrazar realidades disímiles, mete en el mismo saco tanto las organizaciones del crimen organizado como las pandillas juveniles, dos formas que por definición se debieran separar. La primera es una organización

delictiva, la segunda una organismo de respuesta cultural. La distinción no hay que perderla.

Sin embargo, en el Distrito Federal, la confusión de lo uno y lo otro es una de las claves de funcionamiento de las agrupaciones que nos interesan. Un reporte de la oficina de Seguridad Pública de Iztapalapa tendiente a establecer una radiografía de los grupos delictivos activos en la delegación, realizada durante el año 2004, arroja un total de 132 bandas discriminadas por nombre y colonia de residencia, número y edad de los integrantes, y naturalmente el tipo de actividad delictiva⁵⁹. Una vez se consideran al detalle los indicadores salta a la vista la enorme heterogeneidad de los grupos, tanto en la edad como en el tipo de práctica ilegal. Mientras en un extremo se paran los compuestos exclusivamente por jóvenes dedicados al robo de menor valía –la pandilla típica-, en el otro se ubican los conformados por adultos entregados al crimen de elevado nivel. Sin embargo la palabra pandilla no aparece en el reporte, los grupos caen todos bajo el marbete de <bandas> sin consideración ninguna de sus contrastantes niveles de configuración. Dicha generalización muestra con nitidez las categorías de representación del crimen dentro de la institución encargada en directo de su tratamiento; para Seguridad Pública la pandilla sencillamente no existe, se concibe y trata con el mismo rasero al puñado de atracadores callejeros y a la empresa criminal. Parece natural, ambos caben dentro del genérico <banda>. Naturalmente los cuerpos de seguridad del estado

⁵⁹ Secretaría de Seguridad Pública (2004). Agradecemos a Jesús Nava el acceso a esta información.

tienen que modificar su concepción del espectro de actores urbanos. El modo como se perciba dicho espectro viene cargado de implicaciones de calado mayor sobre las políticas públicas adoptadas para el tratamiento del crimen: no se le puede aplicar el mismo rasero a una pandilla y al crimen organizado, ella demanda intervención cultural, este exige trato policial. Más el equívoco de Seguridad Pública –muy grave y que debe ser cambiado, repetimos-, refleja un ingrediente de sentido común enraizado en los modos característicos de las bandas defechas.

Los rasgos señalados ayudan a visualizarlo. En el Distrito Federal el tamaño de los grupos se distribuye entre todos los rangos, el 64% tiene entre 31 y 100 miembros pero posee además un 17% de menos de 30 y un 21% de más de 100. Cosa distinta a Tijuana donde son grandes y a Morelia donde son pequeños (volver al Cuadro No. 11). Adicionalmente dichos grupos de variados tamaños están compuestos mayoritariamente por jóvenes, como es la constante en todas partes, pero tienen también la más elevada participación de personas adultas⁶⁰. Así es, el 54% de los integrantes tienen entre 16 y 25 años –el más bajo frente a las otras dos ciudades pero también ante los estándares internacionales-, mientras el 32% tiene más de 25 (un 17% es mayor de 30 años). Con la excepción de un grupo todos los demás tienen al menos un 10% de adultos. No importa el tamaño, hay tanto reducidos como grandes con casi la mitad de sus integrantes mayores de 25 años. En la

⁶⁰ En el sexo no hay particularidad, se componen de mujeres en igual proporción a todos lados (16%).

capital nacional, en consecuencia, los grupos poseen una notoria participación adulta.

Dicho comportamiento se explica por las maneras como se agencia la <banda>, importan sus ejecutorias y no su tamaño. Los integrantes se vinculan por la evidencia de sus actos, por lo que es capaz de mostrar en su trayectoria. Aquella que vuelve eficaz sus ejecutorias es capaz de generar un doble movimiento. Por un lado convoca a muchachos jóvenes, muchos de ellos provenientes de colonias próximas a aquella donde se sitúa el núcleo duro del grupo. Por otro mantiene dentro de sus filas a un puñado de personas que se van curtiendo en el <oficio> con el paso del tiempo, son quienes se van volviendo adultos porque hacen de la <banda> una forma de vida permanente. Es común entonces la existencia de grupos conformados por un foco central, casi siempre los de mayor edad, y pandillas satélites de jóvenes que hacen parte de la vida colectiva de los más diversos modos. Los grupos de crimen organizado se funden de continuo con las pandillas de <chavos>, sus intercambios se regulan sobre una división del trabajo según la cual unos se encargan de los grandes golpes y los otros del atraco callejero y la delincuencia menor. Obvio, no es siempre el caso; se da también la situación de pandillas autónomas que mantienen su propio perfil. Mas al margen de la situación específica siempre está sembrada la posibilidad de la conexión hacia arriba. Sobre este manojito de opciones la <banda> congrega, es una estructura de

mediación de la vida local en torno a la que se moviliza un tenaz imaginario de pertenencia e identidad.

La <banda> de Morelia participa de este conjunto general de rasgos, como la del Distrito Federal se funda en sus realizaciones. No obstante sus modos de funcionamiento caminan sobre trazos por entero distintos. Si en el DF el territorio no es el eje de construcción, como si lo es en el norte, en Michoacán, todavía más, la localización pierde importancia. La mitad de las 12 <bandas> que componen el censo riegan sus miembros entre varias colonias, no por fuerza contiguas. El intento de focalizar el censo en las colonias de El Realito y Solidaridad puso en evidencia la existencia de nada más que un grupo, por demás desdibujado: se compone de pocos miembros y se semeja más a una agregación de <chavos> que aparece en la esquina de manera intermitente. Un resultado desconcertante, si tanto la ciudadanía como la policía señalan a esas colonias como lugares de elevada peligrosidad cabría esperar una elevada actividad pandillera en su interior. No fue así, el territorio del barrio es difuso en Morelia. Sucede además que los grupos con base territorial (pertenecientes a una colonia), adopten como punto paralelo de reunión un lugar definido en el centro de la ciudad o un sitio público como un bar. <Esa novia estaba en una banda de cholos que se juntaban siempre en el salón de los espejos porque allí organizaban tardeadas cada fin de semana, era un centro de reunión de la choliza de Morelia>⁶¹. Si tal hacen los grupos con colonia “fija” más lo hacen los que recogen

⁶¹ Cipo, Morelia, p. 7.

gente de barrios distintos, a veces distantes unos de otros. La ciudad, los metidos en el <rollo>, saben de estos puntos de encuentro. La ciudad produce cruces entre los jóvenes y sus grupos, es una de las características sobresalientes de la capital michoacana.

En el Distrito Federal las realizaciones de la <banda>, y por tanto su nivel de reconocimiento público, permanecen ligadas a la vida local; los miembros se reúnen en un lugar de la colonia e intermedian de uno y mil modos el destino del barrio hasta participando en las obras públicas sobre los bienes de uso colectivo. En Morelia no se verificó nada parecido. Allí la <banda> está auto centrada, vale decir, invierte la energía en sus propios asuntos. Mediante esta desconexión de lo local es posible que realice, como lo hace, la combinatoria de rasgos que no aparecen en ningún otro lado. Primero mezclan las clases sociales, no faltan los grupos donde sus miembros provienen de colonias de estrato medio y bajo y en algunos casos de sectores pudientes. Segundo hacen la mixtura de actividades, en algunos grupos se puede combinar la actividad delictiva con la búsqueda de diversas exploraciones culturales como el muralismo, la música y el encuentro cultural. La <banda> moreliana vive del gesto duro de las prácticas conflictivas, consume droga con ahínco, hace parte de circuitos ilegales y la violencia cruza sus modos de hacer presencia. Empero su discurso no se agota en el <respeto> y los imaginarios que le sostienen, el trabajo expresivo abre otro universo de significación.

De ahí las características anotadas. Son los grupos más pequeños, el 58% tiene menos de 30 miembros y no hay ninguno mayor de 100 (de nuevo el Cuadro No. 11). Las mujeres están en igual proporción a todos lados (el 15%), la condición de la masculinidad bruta se impone. Pero son los más jóvenes, de los 16 a los 25 años hacen el 69% mientras hay un 11% debajo de 15 y ninguno mayor de 30. Los grupos de pequeño tamaño integrados en exclusivo por jóvenes denotan la modalidad de agrupaciones empeñadas en la construcción de un proyecto de identidad polifacético: no caben muchos y la condición de lo joven arma un pegamento normativo donde no tiene cabida gente mayor. De ahí que su ubicación en la categoría de pandilla no resulte ni directa ni fácil; tal vez se acercan más a los grupos que combinando lo delictivo y lo cultural se encontraron hacia los años 80 en México, así como lo describen algunos trabajos⁶². La condición de ciudad intermedia de Morelia permite diversas circulaciones. Saca de lo puramente local y conecta en otros nodos a sus jóvenes, todo lo cual posibilita diversas comunicaciones y abre el abanico de universos de significado a disposición. No de manera gratuita es una ciudad de estudiantes, alrededor de sus centros educativos se congrega una multitud de muchachos de las regiones circunvecinas. A la vez, sin embargo, la fuerza de las prácticas conflictivas pone sobre el tapete la ferocidad con que el crimen se afianza como una estructura de mediación de la vida en la sociedad contemporánea.

⁶² El más notable es el descrito por Rosana Reguillo en Guadalajara (1991).

II. LAS MARAS EN MEXICO

Si el <barrio> es lo propio del norte y la <banda> del centro, la <mara> es lo característico del sur. Según se anotó el primero se arma sobre la referencia territorial mientras la segunda en torno a sus ejecutorias; la <mara>, por su lado, se construye sobre las formas de funcionamiento de las agrupaciones centroamericanas, sus alineaciones y comportamientos se rigen siguiendo la impronta de la lucha entre la Salvatrucha (la 13) y la 18. Las pandillas existían de tiempo atrás en Tapachula, se cuentan historias de grupos legendarios como el de la colonia Obrera y de otros sitiando varios puntos de la ciudad. Tales grupos mantenían su autonomía respecto a las modalidades en marcha en los otros países de la frontera, al parecer funcionaban como lo haría cualquier grupo en México. Desde finales de los años 90 el panorama empieza a modificarse, tal independencia comienza a desleírse ante el influjo de las poderosas maras en crecimiento en la vecindad. En un principio se trata de una presencia esporádica, apenas suenan noticias de sus acciones en uno y otro lado; mas a partir del año 2003 los mareros, empujados por la implementación de las políticas represivas en El Salvador, Honduras y Guatemala, se convierten en la figura dominante del escenario pandillero de la ciudad.

En la primera fase lo hacen de manera directa, ellos mismos se toman la ciudad. La represión implacable en Centroamérica traslada a Tapachula y otros municipios cercanos una buena cantidad de componentes de las dos maras. Lo menciona un líder comprometido en la expansión, *< aquí en Tapachula llegaron a ser 1500. Pero era en Tecún Umán, Ciudad Hidalgo, Mazatán, Metapa, Buenos Aires, Huixtla, Tuxtla Chico, Cacahoatán. En todo eso mi gente se dedicó a regar la pandilla. Pongámosle a nivel Chiapas ya que por último mi gente llegó a Tuxtla Gutiérrez. Así se fue regando mi célula >*⁶³. De las 394 personas todavía detenidas en el estado de Chiapas hacia mediados del 2005 el 33% son centroamericanos. Tapachula posee un atractivo especial, el 49% de los mexicanos detenidos en Villa Crisol proviene de ella⁶⁴. En últimas es la ciudad grande de la frontera, capital de la región del Soconusco, amén de ser punto de arranque de la línea férrea que penetra el territorio mexicano hacia el norte, camino a la ciudad de Veracruz. El migrante que la alcanza –el puerto en la parte baja del golfo de México-, ha recorrido la mitad de la ruta que tendrá que seguir a lo largo del estado de Tamaulipas hasta Matamoros, la puerta fronteriza del occidente a los Estados Unidos. Sobre el tren y sus tránsitos la mara Salvatrucha instaló un reinado. Controlaba los flujos de inmigrantes, cobraba el “derecho” de paso de la frontera y el uso del tren apoyado en un régimen armado sobre la administración calculada de la violencia. El nombre que terminó por recibir el “servicio” ferroviario, el tren de la muerte, revela con claridad el entresijo que porta la fusión de migración y administración marera. La caída de los migrantes del tren en pleno

⁶³ Gatillero, Tapachula, p. 28.

⁶⁴ Los datos vienen de Secretaría de Seguridad Pública (2005, págs. 24 y 27).

movimiento, descolgados una vez los vence el sueño en viajes de días enteros, dejó de ser un accidente esporádico para convertirse en un acontecimiento repetido a diario. Los albergues para las personas que aparecían mutiladas por el tren en las cercanías de Tapachula se volvieron necesidad urgente, lanzar la gente se convirtió en un procedimiento eficaz para mantener el dominio –demandadas también por la crueldad de la policía y los hospitales, argumentados en la condición de migrantes de los heridos-. El tren pasaba con la gente colgando como racimos, los unos en la condición de migrantes con el sueño de llegar al norte y los otros en su lugar de mareros poseionados del control del negocio

Entretanto la mara 18 armó sus cuarteles en otro punto de la ciudad, se posesionó del centro y sus alrededores. Durante algún tiempo se hizo común la presencia de los mareros en una calle cualquiera de la ciudad, eso sí siguiendo la distribución geográfica impuesta por la confrontación: la 13 al sur, fiel a su definición de sureña, desde las proximidades de la línea férrea hacia abajo⁶⁵; la 18 al otro lado, al norte, en trance de imponerse sobre el centro, sus parques y negocios. Las klikas se multiplicaron, algunas integradas en su totalidad por centroamericanos, otras por mexicanos y algunas más por la mezcla de unos y otros –quizás la más corriente en ese entonces, ante la persecución en sus países las maras emprendieron el proyecto de crecimiento transnacional comenzando por supuesto por la nación contigua-. El

⁶⁵ A Tapachula, una ciudad de forma oval, la atraviesa por la parte baja la línea del tren.

proyecto marero llegó a México, en Tapachula echó raíz como en ningún otro lado.

No obstante dos hechos se interpusieron en el camino dando al traste con la expansión, hechos que precipitaron el advenimiento de la segunda fase de la presencia marera en la ciudad. El primero nació de la dinámica del enfrentamiento. El 20 de noviembre de 2004, en pleno desfile de larga tradición en la región, se produjo un acto de agresión brutal entre miembros de la 13 y la 18. La sociedad tapachulteca quedó atónita y terminó de cobrar conciencia de un hecho que ya la había desbordado. A los pocos días la copa se desbordó. Un efusivo locutor de radio cometió la imprudencia de advertir, micrófono en mano, de la inminente invasión que practicarían las maras sobre las escuelas locales. El pánico se regó, los padres de familia salieron con precipitud a sacar a sus hijos de los centros escolares provocando un verdadero caos en la ciudad. Las dos provocaciones ponían sobre el tapete el hecho contundente, el fenómeno marero se había regado por Tapachula y estaba extendido en varios municipios de la región. El estado tomó cartas inmediatas en el asunto, tanto el estatal como el federal. Lanzó los planes Acero y Costa, operativos policiales destinados a perseguir mareros con el ánimo de poner coto a sus acciones en el sur de México⁶⁶. Las cifras de muchachos encarcelados crecieron de forma geométrica, tanto centroamericanos como mexicanos: entre el 2003 y el 2004 se aprehendieron 1057 maras en 21 estados de

⁶⁶ Contar cuántos aceros van, algunos de ellos coordinados con los Estados Unidos y los países centroamericanos.

la república, mientras en Chiapas, del 2002 a mediados del 2005, se detuvieron 935⁶⁷. Como es propio del estado mexicano frente a circunstancias de conflicto explosivo no se paró en mientes para llevar a término su tarea. Se multiplicaron las historias de represión brutal, muchas de ellas pasando por allanar a la fuerza las casas de los sindicatos. Al día de hoy comienzan a salir los apresados de ese entonces después de purgar penas de un año y más de confinamiento, el pánico los enmudece, no quieren hablar nada al respecto⁶⁸.

Como consecuencia el fenómeno se retrajo de manera considerable, la fuerza policial barrió las maras del centro y de muchas colonias donde empezaban a abundar. Sin embargo falta otro acontecimiento que terminaría de asestar el golpe final, en octubre del año 2005 la región fue azotada por la furia devastadora del huracán *Stan*. A Tapachula la destruyó en uno de sus flancos. El río Comitán, cuyo cauce corre paralelo a la ciudad por el costado oriente, creció hasta acumular la fuerza capaz de demoler puentes y arrasar las colonias tendidas a lado y lado de sus riveras. En la occidental, justo, se encontraba la zona de elevado conflicto incluyendo un centro de afianzamiento marero. La furia del río la eliminó de tajo, matando de paso a cientos de personas. No es todo, el huracán arruinó también el puente que conectaba la línea férrea sobre el río impidiendo su funcionamiento, todo lo cual forzó el traslado de los desplazamientos a la línea que saliendo de Arriaga se dirige hacia el occidente en dirección al estado de Oaxaca.

⁶⁷ Secretaría de Seguridad Pública (2005, p. 28 y 24).

⁶⁸ Fue el caso de algunos recién salidos. No musitan palabra, fueron las mamás quienes narraron los atropellos y excesos policiales en el momento de la captura.

La represión estatal y la furia de la naturaleza se unieron para destruir el avance marero en la principal urbe fronteriza del sur. El fenómeno detuvo su impetuosa expansión. Sus promotores, tanto centroamericanos como mexicanos, desaparecieron bien porque fueron detenidos y metidos en la penitenciería, bien porque el río truncó sus vidas. La impronta de la primera fase –la llegada directa de centroamericanos-, con todo, se deja sentir con toda su fuerza todavía. De las 13 agrupaciones identificadas 12 corresponden a maras distribuidas según el patrón establecido desde el comienzo: la 13 al sur y la 18 al norte, amojonadas por la línea férrea. La disposición geográfica no es lo único que permanece. Muchas de las prácticas propias del universo marero se conservan. Primero, la más definitiva, subsiste el referente del enfrentamiento entre las maras. La rivalidad se mantiene, el encono se alimenta. Los días 13 y 18 de cada mes, como se estila en Centroamérica y Los Angeles, cada mara hace correrías especiales sobre el territorio enemigo. Además se mantienen los códigos de funcionamiento, las klikas hacen reuniones en donde se toman decisiones colectivas sobre un número variado de asuntos, desde los ataques al adversario hasta los destinos de los fondos colectados mediante los aportes económicos de cada miembro.

Sin embargo las maras tapachultecas se desenvuelven en el señalado contexto de la singularidad mexicana, vale decir, la intensidad de su tiempo paralelo es siempre menor a la de las agrupaciones centroamericanas. Aún en la primera fase, cuando la

experiencia alcanzó su éxtasis bajo el estímulo de la llegada de mareros salvadoreños, hondureños y guatemaltecos, los grupos mexicanos resultaban notorios por su menor capacidad de <desmadre> y violencia. Las experiencias fuertes, como la del control sobre el tren, no era dirigida por mareros mexicanos. Las maras se han visto envueltas en un proyecto de expansión transnacional. Primero se extendieron desde Los Angeles a El Salvador y después hasta Honduras y Guatemala; luego, una vez los golpeó la persecución estatal en sus países, han intentado reproducirse en México y en algunas ciudades de los Estados Unidos. Durante algún tiempo, algo así como un año largo, todo indicaba que comenzaban a tener éxito. La cultura marera se reproducía en sus parámetros esenciales, los modos de ser 13 y 18 eran adoptados por muchachos al otro lado de la frontera. Desde ese entonces –y según se comenta aún hoy día-, en el empeño de la expansión se escogieron líderes capaces de llevar a cabo el cometido, miembros destacados dotados con el carisma y la fuerza requeridos para trasladarse a otro país y convocar a los chavos en torno a los signos mareros. <Yo ya andaba en vísperas de mi muerte, ya andaba con mi cruz. Entonces me dijeron allá en México nadie te conoce y si la haces bien vas a poder levantar el barrio>, comenta uno de Honduras. Sin embargo, acto seguido y de manera desprevenida, la inteligencia marera señala la diferencia de la situación en México: <Si no lo piensas bien ten cuidado porque allá no toleran nada>⁶⁹. Tapachula recibió más de uno. Sin embargo el proyecto se ve a cada paso torpedeado, no sólo por los poderosos factores recién expuestos –el estado y el

⁶⁹ Gatillero, Tapachula, p. 29.

huracán-, sino porque la naturaleza de la vida marera no cabe, en toda su extensión, dentro del mundo cultural mexicano. Lo dice una marera hondureña: *<Estos muchachos de aquí me dan risa porque en Honduras jamás vas a ver uno haciendo señas. Allá no se juega, si te van a matar te matan. Aquí nunca han visto una matanza>*. Y luego agrega sobre la violencia: *<Aquí miran a los Vatos locos y no los matan, ven a un MS y sólo lo golpean ...Se los puede ver aquí en Tapachula muertos de la risa. Pero cuando los vean de otros países los van a poner en su lugar, si no hacen las cosas como dicen los van a matar>*⁷⁰.

Presos de las bisagras del tejido social mexicano en Tapachula todavía permanecen los mencionados grupos, haciendo sí de la cultura de las maras su referente constitutivo. Eso las diferencia de los *<barrios>* norteños y de las *<bandas>* del centro. Como las primeras mantienen una localización territorial pero se acercan a las morelianas en su ensimismamiento, esta vez inscrito en los códigos de la simbología marera. En todos lados, al norte y al sur, las maras se han transformado. La persecución las ha cambiado, son menos visibles, su trasgresión ha disminuido en evidencia y las preocupa la supervivencia. En palabras del mencionado cabecilla, *<metieron a muchos presos pero que le hayan puesto un alto a las pandillas no es cierto. Ahora son grupitos con mayor inteligencia, son jóvenes que han sido preparados por jóvenes de otros países. Ya no se van a parar en una esquina, ahora se cuidan más las espaldas. Son grupitos que ya piensan diferente>*⁷¹. Las maras se ocultan, tienen sitios

⁷⁰ Eugenia, Tapachula, p. 14 y 15.

⁷¹ Gatillero, Tapachula, p. 31.

cerrados de reunión, quedaron prohibidos los tatuajes. En Tapachula se aprendió la lección de la represión, son más discretas. Con todo, de nuevo, jamás se trata de un remedo exacto de la práctica centroamericana, sus clikas no alcanzan, ni de lejos, la intensidad de la violencia centroamericana. No dejan de ser mexicanas y ya aparecen fuerzas empeñadas en hacer valer la autonomía. El grupo de los Nazis, otra pandilla Tapachulteca, está comprometida en la tarea de vivir la experiencia pandillera lejos de los modos extranjeros, adoptando símbolos y modos relacionados con la particularidad de su país.

La tan mencionada invasión marera sobre México nunca llegó a los grados que la prensa le adjudicó. Ingresaron al sur, en específico al estado de Chiapas, en donde llegaron a instalar sus fortines en varios lados. Lo dijo el líder hondureño trabajando en el asunto, *<pongámosle a nivel Chiapas ya que por último mi gente llegó a Tuxtla Gutiérrez>*, afirma luego de mencionar varios municipios. Pero no es cierta la especie tal de las maras posesionadas en 21 estados de la república, así como se afirmó, como tampoco la aseveración de 500 mareros ingresando diariamente de manera ilegal al territorio mexicano. Tuvieron presencia en Chiapas y allí permanecen hoy día reclusos⁷². En ninguno de los otros tres estados de nuestro estudio llegaron a afianzar algo parecido a lo obtenido en el sur, ni en Baja California ni en Michoacán y menos en el Distrito Federal.

⁷² Hay pandillas juveniles en 24 municipios de Chiapas, en especial en Tapachula, Tuxtla Gutiérrez, Suchiate, Hidalgo y Metapa. Secretaría de Seguridad Pública (2005).

En Tijuana apenas si aparecen pese a la masa de deportados que le cae a la ciudad. En los centros de reclusión temporales, hacia comienzos del 2006, sólo se hablaba de un caso. En Morelia se cuenta la historia de unos mareros aparecidos en un punto cercano a la ciudad, inmediatamente neutralizados por la policía. En el Distrito Federal se habla lo mismo sin que termine de verificarse su presencia. En los tres casos, es lo importante, pueden circular mareros empeñados en diversas actividades, pero en ninguna de las circunstancias se trata de las maras como una organización colectiva estable capaz de modificar el escenario de poder en lo local. El problema de México no son las maras; es la existencia de pandillas juveniles propias, dotadas de singularidad, que en el sur adoptan las imágenes y los símbolos propios del universo marero. Incluso no es el único caso. En Tijuana circulan muchos de sus símbolos, como los nombres y los distintivos de Lokos. La proximidad con Los Angeles lo impone. Igual en Morelia, los deportados llevaron muchas de sus formas, como los nombre de 13 y 18 todavía visibles en algunas calles de las colonias. Mas en los dos casos se trata de adopciones de figuras de las agrupaciones juveniles urbanas más potentes del planeta, pero en ningún caso la mimesis precisa con su estilo. Como lo dice alguno en Tijuana cuando se le pregunta por la presencia de los mareros, *“nosotros no permitimos que nadie venga a tomar lo nuestro. México es México”*.

CAPITULO 3

LA VIOLENCIA MODERADA Ocupación y violencia

Las características asociadas al tamaño, el sexo y la edad ya configuran modalidades distintas entre el barrio, la banda y la mara. Sin embargo hacen faltan otros condicionantes adicionales asociados a la trasgresión. Nos ocuparemos de ellos en este capítulo, primero de la fractura y luego de la violencia.

I. LA FRACTURA

Rayo puso en escena la fractura con las agencias institucionales. Mostró el desencuentro con la familia, el conflicto con el padre marcó la historia familiar hasta el amargo distanciamiento. También evidenció el alejamiento de la escuela, apenas si llegó a terminar la primaria. Asimismo el testimonio deja ver el desinterés por el trabajo, las actividades remunerativas se afianzan a la sombra de las alternativas ilegales, al tanto que no revela nada parecido a un interés por la participación en la cosa pública. Dicha ruptura con el ensamble de lo instituido se señaló como rasgo constitutivo de la pandilla, el tiempo paralelo se cuece sobre el distanciamiento de la existencia rutinaria. En efecto, la fractura está generalizada, se presenta por igual en las ciudades así como lo ilustra el cuadro No. 12.

CUADRO No. 12
OCUPACION DE LOS INTEGRANTES
TRES CIUDADES

	Número	Porcentaje
Estudia	492	15
Trabaja	766	23
Grupo	2096	62
TOTAL	3354	100

Fuente: Datos etnográficos

El aparato escolar es quien más sufre el despojo. Su descomposición, su incapacidad para renovar sus lenguajes y atraer a las nuevas generaciones, se descubre en toda su extensión toda vez que se contempla la situación de estos muchachos: la escuela apenas congrega un 15% de los integrantes de los grupos. El dato alarma todavía más si se considera la edad dominante, según se vio el 50% de los integrantes tiene menos de 20 años y el 75% menos de 25 (volver el Gráfico No. 5). Una gran porción de los miembros son jóvenes -las tres cuartas partes-, el momento de la vida donde se supone que se permanece en la preparación y aprestamiento para el desempeño de las funciones productivas que vendrán con la adultez. Sin embargo el modelo hace agua por todos los flancos. La escuela dejó de convocar los intereses de las generaciones jóvenes, su precariedad no logra formular ningún incentivo capaz de atraer los miembros de los grupos que nos ocupan –el bajo 15% comprometido con la actividad escolar-. A la vez se riega el descreimiento del imaginario que concibe al joven como un adulto en potencia, los <compas> todavía menos se lo creen. La noción de la vida construida de cara al futuro ha cedido ante el presentismo consumido en el instante del goce. La escuela,

pues, está competida por un potente adversario, la pandilla se configura a temprana edad como sustituto. *<Desde los siete años estuve yendo a la escuela, iba un corto tiempo. De ahí me metí a una pandilla y ya no más>*, dicen en Morelia. *<Nada más estudie un año en la secundaria, el segundo me corrieron. Era un chico estudioso pero por lo mismo de andar con mis homeboys me hizo que me alejara>*, ratifican en Tijuana⁷³.

En las ciudades la situación educativa descrita tiene sus bemoles. En Tijuana el porcentaje de estudiantes asciende ocho puntos, al 23%, y en Morelia más todavía al 32%. En el Distrito Federal, de manera distinta, la porción de miembros ligados a la escuela se reduce de manera notable hasta el 8% (Cuadros No. 13, 14 y 15). Hay que recordarlo, la composición de edad varía de ciudad a ciudad ayudando a explicar en algo los indicadores escolares. En Morelia, donde la edad joven es del todo dominante –el 60% tiene menos de 20 años y el 88% menos de 25-, no extraña el ascenso en la porción de miembros escolarizados: 1 de cada 3 estudia. Todo lo contrario del Distrito Federal donde abundan los adultos, sólo el 41% tiene menos de 20 años y el 67% menos de 25: las personas mayores, por condición, se alejan de las actividades educativas.

Sin embargo, pese a los matices introducidos por la edad, el panorama sigue siendo el de un abandono masivo del aparato escolar. Ni la abrumadora mayoría de los jóvenes en las filas de Morelia, ni tampoco las características descritas para la

⁷³ Grande, Morelia, p. 1; Panda, Tijuana, p. 1.

<banda> michoacana, impiden que tan sólo una tercera parte de los miembros estudie. Asimismo en el <barrio> tijuanaense los jóvenes tienen igual un peso considerable, el 55% tiene menos de 20 años y el 79% menos de 25, y no obstante nada más que un poco más de 1 de cada 5 está en las aulas. En el Distrito, finalmente, es verdad que los adultos son una parte importante de los integrantes; pero los jóvenes siguen siendo el porcentaje dominante y, con todo, menos de 1 de cada 10 se entrega a los lápices y los cuadernos.

CUADRO No. 13
Tijuana 2006

	Número	Porcentaje
Estudia	200	23
Trabaja	310	36
Barrio	359	41
TOTAL	869	100

Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No. 14
Morelia 2006

	Número	Porcentaje
Estudia	135	32
Trabaja	149	35
Banda	143	33
TOTAL	427	100

Fuente: Datos etnográficos

CUADRO No. 15
Distrito Federal 2005

	Número	Porcentaje
Estudia	157	8
Trabaja	307	15
Banda	1594	77
TOTAL	2058	100

Fuente: Datos etnográficos

Si no se entregan a las ocupaciones educativas tampoco lo hacen a las actividades laborales. De regreso al Cuadro No. 12 se aprecia, en las tres ciudades el 23% se encuentra trabajando en alguna ocupación legal establecida. Se dedican con mayor intensidad al trabajo que al estudio. No obstante cabría esperar que el bajo ingreso

a la escuela fuera compensado con una alta actividad productiva. No es el caso. En Tijuana y Morelia se ocupan en el trabajo un poco más de la tercera parte de los miembros, el 36 y el 35% respectivamente, mientras en el DF el nivel disminuye hasta el 15% (Cuadros No. 13, 14 y 15). Se trata de actividades informales cuya característica básica viene a ser la inestabilidad. En los términos de un moreliano *<hago de todo, depende de lo que se presente. Soy mesero los fines de semana, vendedor los domingos en la mañana, entre semana albañil o plomero>*. La misma condición se repite de una a otra narración, no importa la ciudad. Se pasa de un trabajo a otro combinando condiciones como la época del año, el día de la semana, la eventualidad de algún trabajo que de cuando en vez aparezca. El caso de los *<compas>* dotados de un oficio estable es excepcional⁷⁴.

Múltiples condiciones conjuran contra la ocupación estable. Si el desempleo y la informalidad son una característica de la economía de los países de la periferia, entre los jóvenes los indicadores alcanzan niveles aún más elevados. Hacia comienzos de siglo el 54% de los jóvenes latinoamericanos se encuentran ocupados en trabajos informales, mientras llegan a duplicar la tasa de desempleo de los adultos⁷⁵. En México se repite la situación, en la capital nacional la desocupación plena de los jóvenes, de 6.6%, es casi el doble de la de los adultos, de 3.6%⁷⁶. En los casos en que logran engancharse la precariedad del trabajo y las bajas remuneraciones los expulsan con rapidez de los circuitos productivos. Un

⁷⁴ Cipo, Morelia, p. 12.

⁷⁵ Tokman y CEPAL, citados en Pérez y Urteaga (2001, p. 359).

⁷⁶ Pérez y Urteaga (2001, p. 371).

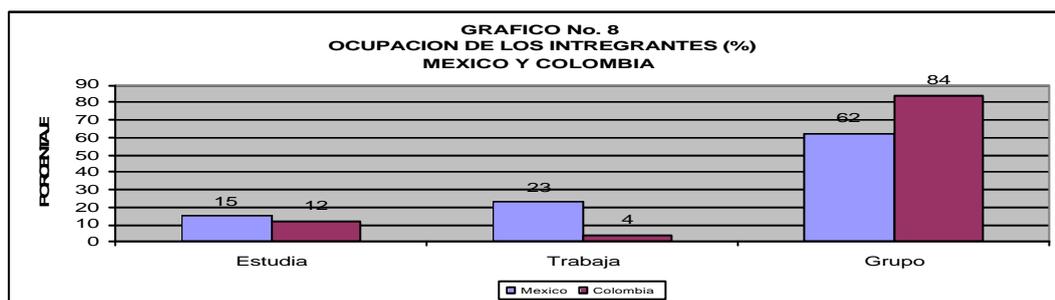
muchacho enrolado en distintos oficios lo afirma, *<lo bueno es que hay chamba pero el trabajo es muy mal pagado, eso me agüita>*. El trabajo escasea y cuando aparece lo hace pagando salarios de hambre. La pobreza ahorca, el universo ilegal está a la mano. El círculo se cierra. Enfrentados a los rigores de la pobreza y la exclusión, en medio de un contexto donde la oferta laboral es casi inexistente y en el mejor de los casos precaria, los miembros de nuestros grupos hacen de diversas actividades delictivas el medio de procura del ingreso monetario. *<Había de todo, unos trabajaban, otros puro robar. Desde calcetín viejo pa'arriba>*, dice uno de Tijuana resumiendo el panorama típico del *<barrio>*⁷⁷: algunos ocupados en actividades inestables y esporádicas, los más entregados a la actividad del robo⁷⁸.

La esquina y el grupo se devoran a sus miembros, es el rasgo preponderante. Unos pocos estudian y otros tantos más trabajan, mas la generalidad viene a ser la pérdida de sentido tanto de la actividad escolar como de la ocupación productiva. Como consecuencia los entregados al grupo son los más numerosos, en las tres ciudades suman casi las dos terceras partes de los miembros (el 62% del Cuadro No. 12). Claro, el panorama varía entre las ciudades. En Tijuana y Morelia la cantidad disminuye, llega al 41 y 33%, en tanto en el Distrito Federal sube hasta el 77% (Cuadros No. 13, 14 y 15). A partir de allí la descripción de lo que acontece dentro del grupo es la misma en todas partes, bien en las ciudades mexicanas bien en las ciudades de otros rincones de Latinoamérica: *<Los vatos se la pasan pidiendo*

⁷⁷ Cipo, Morelia, p. 12; Panda, Tijuana, p. 1

⁷⁸ En Tijuana es frecuente la ocupación de los jóvenes en las marmolerías, un trabajo inestable que se paga casi por día.

nada más allá en la esquina, no trabajan. Estar ahí en la esquina, en el barrio⁷⁹. No obstante, una vez se comparan los niveles educativos, de trabajo y de entrega al grupo entre México y Colombia aparece que los niveles mexicanos son más altos entre los dos primeros indicadores y como resultado más bajos en el tercero (Gráfico No. 8). En efecto, si en México el 15% estudia en Colombia lo hace el 12%; en el primer país el 23% trabaja frente al 4% del segundo. Por tanto, entre los mexicanos el 62% se dedica al grupo ante el 84% de los colombianos⁸⁰. ¿Cómo explicar las diferencias observadas tanto entre las ciudades mexicanas como entre los dos países? La naturaleza e intensidad de la trasgresión arroja la clave.



II. LA VIOLENCIA

Se adelantó desde la introducción, la violencia de las pandillas mexicanas es menor si se la compara con la de otras nacionalidades. El acontecimiento de la muerte no funciona como articulador del discurso en los testimonios, como si sucede en los textos colombianos y centroamericanos. Naturalmente no es que el ejercicio violento esté ausente, los actos de confrontación cruenta operan como elemento

⁷⁹ Gasper, Tijuana, p. 6.

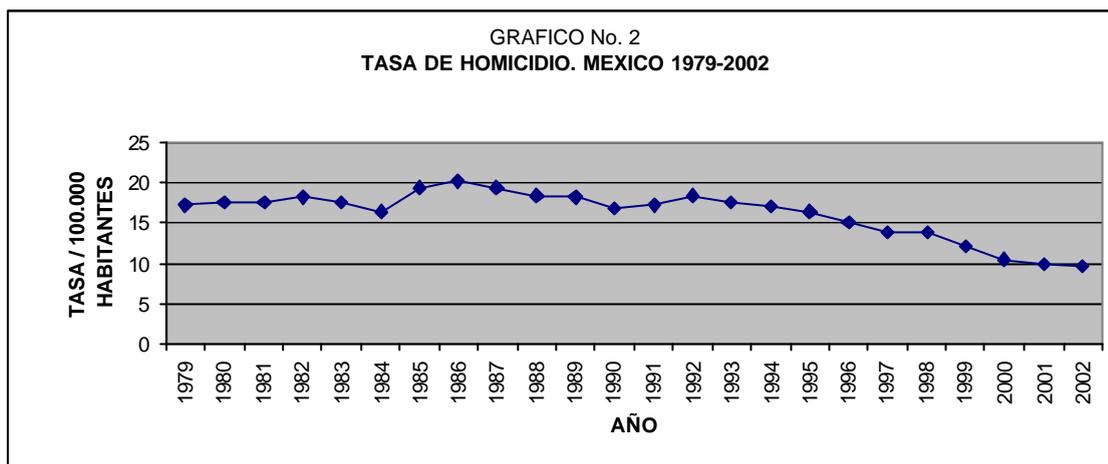
⁸⁰ Para Colombia Perea (2006, Cuadros No. 9 y 11).

ordenador del grupo: mediante ellos se protege el territorio, se legisla sobre él y se construye el ansiado *<respeto>*. Con todo, la expresión violenta nunca alcanza los niveles de paroxismo de otros lados. Hay una serie de códigos que contienen el *<desmadre>* y la violencia, así como lo reveló el castigo que recibió Rayo una vez cayó en el error de asesinar por su propia cuenta. En el apartado que viene nos ocupamos de exponer los indicadores que sostienen la afirmación de la atenuación que sufre la violencia dentro del territorio mexicano.

1. Las ciudades

La tasa de homicidios de México, durante el último cuarto de siglo, muestra dos fases⁸¹. La primera se extiende entre los años de 1979 a 1992, cuando se mantiene estable oscilando entre los valores de 17 y 20 homicidios por 100 mil habitantes (Gráfico No.): durante estos años la población crece a un ritmo más acelerado que los homicidios. La segunda empieza su descenso en 1992 hasta 10 años después, con la mínima interrupción de 1998. La pendiente de disminución es pronunciada, la tasa se reduce un 47% al bajar de 19 a 10: al tiempo que los homicidios reducen su número la población continúa su crecimiento.

⁸¹ La tasa es la proporción entre el número de homicidios y el tamaño de la población. En adelante se trabajará tan sólo la tasa por 100.000 habitantes. Tasa = (número de homicidios * 100.000)/ total de la población).



Fuente:

Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud, Secretaría de Salud, México.

Pese a la reducción México se ubica en niveles medios de homicidio una vez se le pone en el panorama de la comparación internacional. Según el Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud el continente Americano se encuentra en el segundo lugar de la violencia planetaria, con una tasa de 19.3 homicidios por cada 100 mil habitantes, después de Africa en el primer puesto con una tasa de 22.2⁸². Además, el homicidio destaca entre los motivos de defunciones en el continente: ocupa el 7° puesto entre las causas de muerte cuando en el mundo ocupa el 22° y en Africa el 14^{o83}.

La situación en Latinoamérica es alarmante, con excepción de los países del cono sur. De nuevo en el informe recién citado 74 países reportan sus registros violentos haciendo posible el establecimiento de una tasa media mundial de 8.8. De ese total 19 naciones superan dicha tasa en más de un 20%. Latinoamérica se destaca.

⁸² Organización Panamericana de la Salud / Organización Mundial de la Salud (2002, p. 11 y 12, Cuadro A.3).

⁸³ Las lesiones intencionales que provocan muerte incluyen el homicidio, el suicidio y la guerra. En el continente Americano el suicidio ocupa el puesto 21° y la guerra el 62°, mientras en el mundo el suicidio ocupa el 13° y la guerra el 30°. Idem (p. 11 y 12, Cuadro A.3).

Descontando la Federación Rusa, Albania, Kazajstán, Estonia, Filipinas, Ucrania, Letonia y la República de Moldova, los 11 países restantes pertenecen a la región. México está lejos de Colombia y El Salvador, naciones con tasas desmedidas por encima de los 50; incluso está por debajo de Brasil y Puerto Rico con valores arriba de 20. Empero, la tasa mexicana de 15.9 desborda la tasa mundial en más de un 80%, instalando al país en el 9° lugar dentro del concierto de los 74 países enlistados⁸⁴. México, desde abajo, hace parte del concierto latinoamericano marcado por la tendencia hacia la violencia elevada. Durante el cuarto de siglo que corre entre 1979 y 2002 su tasa media fue de 16.2 homicidios por 100 mil habitantes.

La violencia, empero, se distribuye de manera desigual dentro del territorio nacional. Unas zonas son de elevada violencia mientras otras no tienen noticia de un asesinato⁸⁵. Si se contempla la violencia histórica, esto es la tasa promedio de homicidio entre los años de 1979 y 2002, de los cuatro estados de nuestro estudio sólo Michoacán aparece entre los violentos ocupando el 3° lugar con una tasa de 29,5 homicidios por 100 mil habitantes (Gráfico No. 9). Los tres restantes se ubican por debajo de la media (en color negro): Baja California en el puesto 15° con una tasa promedio de 13, el Distrito Federal en el 18° con 11,5 y Chiapas por

⁸⁴ Según la Secretaría de Salud el país tiene en el año 2000 una tasa de 11, un valor menor al de 15.9 reportado en el informe mundial. Advertimos la inconsistencia pero trabajamos con el dato internacional para la comparación con otros países.

⁸⁵ En el año 2000 el 62% de los municipios tuvo un nivel de violencia reducido (80% menor respecto a la media nacional), al tiempo que el 26% tuvo un nivel de violencia elevado (20% por encima de la media). Perea (2005).

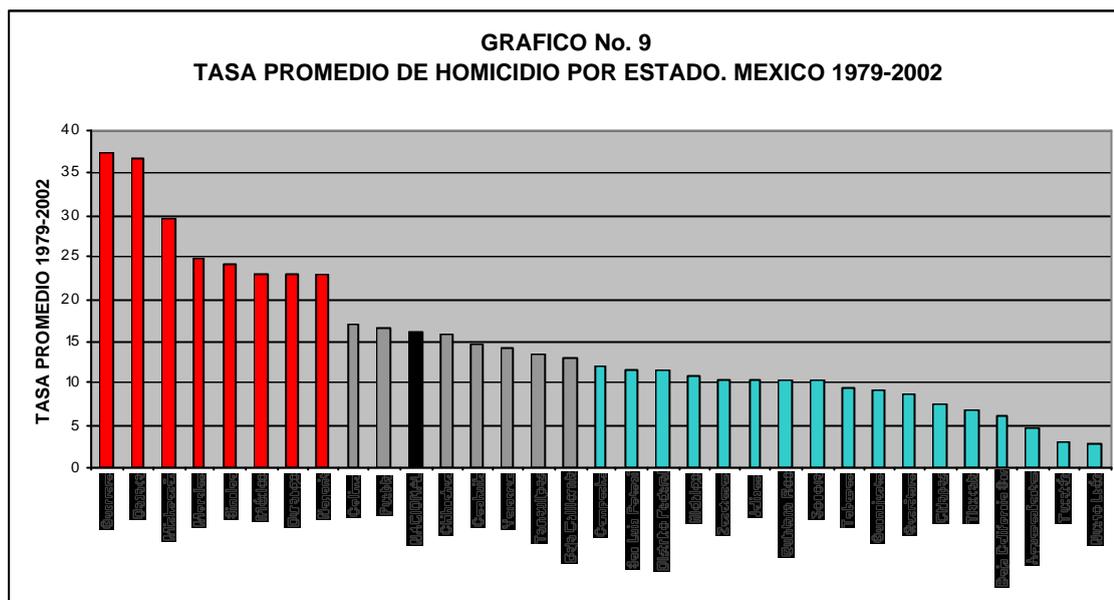
último en el 27° con una tasa de 7,5⁸⁶. Naturalmente la topografía de la violencia mexicana se viene desplazando durante los últimos años, desde mediados de los años 90 comienza a perder su concentración en el sur para dispararse hacia el norte a los estados de la frontera con Estados Unidos⁸⁷. De allí que, una vez se considera la violencia reciente –esto es entre los años de 1995 y 2002-, Baja California es el estado que experimenta la modificación más importante al ascender al puesto número 8° subiendo su tasa promedio a 18. Por su parte el estado de Michoacán refleja el descenso sufrido a nivel nacional, baja al puesto 5° con una tasa de 20. Chiapas y el Distrito Federal también se desplazan. El primero deja de ser uno de los estados menos violentos al subir al número 11° con una tasa de 15, al tanto que el Distrito Federal se mueve un poco menos saltando a la posición 13° con una tasa de 12⁸⁸. Michoacán, Baja California y Chiapas superan ahora la media nacional (con un valor de 12), mientras el Distrito aparece con el mismo valor. De tal modo y obviando las muchas oscilaciones de cada caso la violencia en Michoacán es histórica y se mantiene en niveles elevados, en Baja California y Chiapas ha tenido un ascenso sostenido en especial en el primero, mientras en el Distrito se mantiene estable⁸⁹.

⁸⁶ Guerrero es el estado de la violencia histórica más alta con una tasa promedio de 37,5 y Nuevo León la más baja con 2,8.

⁸⁷ El sur sigue siendo zona de elevada violencia pero el norte concentra cada vez más el homicidio.

⁸⁸ Chiapas dobla su tasa y el Distrito Federal se mantiene en el mismo rango. Guerrero sigue siendo el estado más violento pero su tasa ha descendido a 31 y ahora Yucatán es el más bajo con una de 3.

⁸⁹ La violencia de nivel elevado (en color rojo) corresponde a los estados que poseen una tasa con un valor 20% por encima de la media nacional; el nivel medio (en gris) son los estados con una tasa entre el 20% y el -20%; el nivel reducido son valores por debajo del -20% más reducido de la media nacional.



Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. 1979-2002.

NIVEL	COLOR	VALOR
ELEVADO		Mayor 20%
MEDIO		De 20 a -20
REDUCIDO		Menor 20%

De su lado, las ciudades del estudio no son los municipios más violentos de sus respectivos estados⁹⁰ (Cuadro No. 16). En Baja California, un estado de no más que cinco municipios, Tijuana no se desborda ni en la violencia histórica ni en la reciente: en los dos casos ocupa el 2° lugar con tasas de 18 y 22 respectivamente⁹¹. Al otro extremo de la frontera sur, Tapachula, pese a que se mantiene con una tasa constante de 15, desciende del puesto 50° al 89° entre el total de los 111 municipios que componen el estado de Chiapas. Una gran cantidad de municipios exhiben violencias más elevadas, algunos con tasas por encima de 35⁹². Morelia, capital de uno de los estados más violentos de México, mantiene su puesto entre los 113 municipios michoacanos: el 52° y el 53° con tasas de 21 y 15

⁹⁰ La violencia en México es tanto rural como urbana, incluso más elevada en los municipios agrarios. En el 2000 el 76% de los municipios de violencia elevada fueron localidades con menos de 30.000 habitantes.

⁹¹ Como se hizo en el párrafo anterior la violencia histórica es la tasa de homicidio promedio entre 1979 y 2002 y la reciente entre 1995 y 2002.

⁹² Es el caso de los municipios de Acapetahua, Amatenango y Tapalapa. Se carece de la información de 7 municipios de Chiapas.

respectivamente. La desbordan multitud de municipios algunos llegando a superar la tasa histórica de 90⁹³. Por último la delegación Iztapalapa dentro de la capital nacional, en contravía de la fama negra que le persigue se mantiene en el mismo nivel: entre las 16 delegaciones ocupa, en los dos casos, el 6° lugar con una tasa de 12 y 13, superada no sólo por delegaciones del Distrito Federal sino más todavía por 33 de los municipios conurbados⁹⁴.

CUADRO No. 16
VIOLENCIA DE LAS CIUDADES CAPITALES DENTRO DE SUS ESTADOS

	Municipios	Violencia Histórica[2]		Violencia Reciente[3]		Tasa municipio más violento[4]	Tasa municipio menos violento[5]
	Estado[1]	Puesto[6]	Tasa	Puesto [6]	Tasa		
Tijuana	5	2°	18	1°	22	21	14
Morelia	113	52°	21	53°	15	121	3
Tapachula	111	50°	15	89°	15	64	2
Iztapalapa	16	6°	12	6°	13	37	5

[1] Número de municipios que componen el estado

[2] Violencia promedio entre los años 1985-2002

[3] Violencia promedio entre los años 1995-2002

[4] Tasa promedio de homicidio del municipio más violento del estado (violencia histórica)

[5] Tasa promedio de homicidio del municipio menos violento del estado (violencia histórica)

[6] Puesto entre los municipios del estado

En síntesis, la violencia en Tijuana, Morelia, Tapachula y la delegación Iztapalapa del Distrito Federal no se desborda una vez se le compara con la situación de sus respectivos estados. En Baja California, un estado de pocos municipios, Tijuana se mantiene en los mismos niveles de violencia de los 4 restantes. En los otros tres casos la situación es la misma. Morelia, Tapachula e Iztapalapa exhiben un nivel intermedio de homicidio, tanto en la violencia histórica como en la reciente se

⁹³ Nocupétaro, Tumbiscatio, Caracuario y Tzitzio son los municipios de violencia histórica más alta de Michoacán.

⁹⁴ La delegación Miguel Hidalgo tiene una tasa histórica de 37 y el municipio de Naucalpan de 55. La Ciudad de México, compuesta por el Distrito Federal y los 35 municipios conurbados, tiene sus mayores brotes de violencia en estos últimos.

ubican en los puestos medios entre los municipios del estado –o las delegaciones y municipios conurbados en el caso de Ciudad de México⁹⁵. Asimismo ninguna de las cuatro ciudades supera el valor de 22 en la tasa promedio de homicidio, una magnitud intermedia si se considera que las ciudades capitales tienen una tasa media de 15 en la violencia reciente⁹⁶.

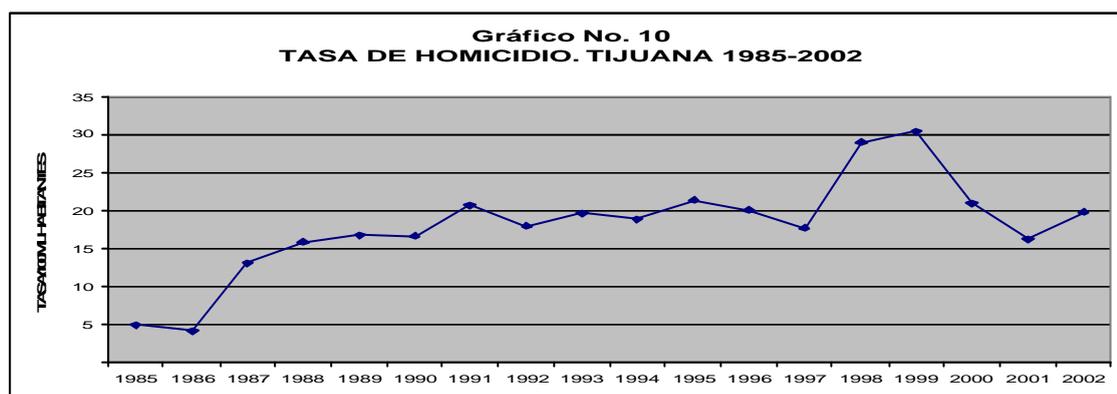
Por supuesto el panorama de la violencia se termina de visualizar con la serie histórica de la ciudad, comenzando por Tijuana. La curva de ascenso del homicidio devela el ritmo de crecimiento de la ciudad y sus problemas (Gráfico No. 10). Junto con el incremento de su población, que pasa de algo más de 660 mil habitantes en 1985 a un tanto más de un millón tres cientos mil personas en 2002, la tasa de homicidio experimenta también un crecimiento con oscilaciones entre 1985 y 1999, año en que alcanza el pico de 30 homicidios por 100 mil habitantes⁹⁷. Con todo, exceptuando el brusco ascenso de finales de los 90, (nivel que probablemente vuelve a bordear desde el 2004 en razón de la guerra entre los cárteles del narcotráfico), la ciudad, pese a sus muchas gentes flotantes atraídas por la migración, no supera la tasa de homicidio más allá de un valor de 22 –sólo en 1998 y 1999 rosa los 30-. Es de las ciudades problema de México en razón de su ubicación estratégica respecto a la frontera, la región que por la proximidad a los Estados Unidos se torna proclive al fermento de diversas situaciones de conflicto.

⁹⁵ Tapachula llega a bajar bastante más en la violencia reciente.

⁹⁶ Es la tasa media de las 32 capitales entre 1985 y 2002.

⁹⁷ En realidad hay tres momentos: 1) Entre 1985 y 1991, etapa de ascenso sostenido; 2) Entre 1991 y 1997, etapa de oscilaciones con una tasa promedio de 19.5; 3) Nuevo ascenso sostenido entre 1997 y 1999, etapa en que alcanza su punto más alto.

En el primer capítulo, analizando la historia de Rayo, se hizo mención de la variedad de problemáticas que confronta la ciudad. Empero, pese a la multiplicidad de condicionantes adversos, Tijuana no desborda sus niveles de violencia a niveles siquiera cercanos a los alcanzados en ciudades problema de otros países de Latinoamérica, como es el caso de Medellín o San Salvador, la primera con tasas cercanas a 400 a comienzos de los años 90 en razón de la presencia del más grande cártel de la droga de ese entonces, la segunda con valores de 50 en conexión con el desborde conjunto de la violencia marera y otras formas de criminalidad.



Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México

El caso de Morelia es bien singular, dividida entre dos momentos distintos separados por el gran pico de 38 alcanzado en el año de 1996 (Gráfico No. 11). En el primero, corrido entre el 85 y el 95, hace gala de su condición de ciudad capital de un estado de violencia histórica de alto nivel: fluctúa entre tasas de 20 y 30 homicidios por 100 mil habitantes, un rango elevado dentro del concierto de las ciudades mexicanas. Luego, en el segundo momento, la violencia se descuelga en caída libre llegando a promediar el valor de 10. Las historias referidas en los testimonios confirman el descenso experimentado a partir de mediados de los 90:

en los barrios populares fueron comunes las pandillas con elevada trasgresión, ahora no sucede tal cosa. Los operativos de acoso y persecución de cuerpos policiales especializados terminaron por reducir la presencia de las pandillas locales, provocando la mutación a la <banda> desprovista de inscripción territorial y proclive a la búsqueda cultural.



Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México

La curva histórica de la ciudad de Tapachula en la frontera con Guatemala no sigue ninguna constante. En dos ocasiones, hacia finales de las dos décadas, se aprecian alzas seguidas de caídas bruscas –en 1988 y 1998-. En su momento más álgido, hacia el año de 1988, la curva llega al techo de 25. En otras dos oportunidades está de nuevo cerca de este valor, en 1995 y 1998. Mas en otros períodos desciende hasta magnitudes lejanas, de 4 en 1990 y de 3 en 2001. No hay un patrón fijo, las oscilaciones son bruscas. Lo que parece ser un ascenso sostenido iniciado en 1990 y prolongado hasta 1998 se detiene bruscamente y desciende de manera continua durante los tres años siguientes hasta descender al punto más bajo de la serie (3 en 2001). El momento señalado en los testimonios como el comienzo de llegada de las maras centroamericanas, el año de 1998, no se refleja en el comportamiento del

homicidio; todo lo contrario es el instante en que sufre el más marcado descenso, aunque ya para el 2002 viene de nuevo en ascenso.



Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México

En Iztapalapa hay dos momentos claramente diferenciados. Uno corre entre 1985 y 1995, cuando alcanza el tope de 18 homicidios por 100 mil habitantes. El ascenso es sostenido, sube de una tasa de 2 hasta el tope señalado viendo incrementada su violencia de manera notable. De 1995 en adelante el cuadro se modifica, desciende hasta llegar a alcanzar un valor medio de 12 donde se estabiliza durante los últimos años. La capital nacional no es la ciudad más violenta de México, así como lo supone tanto la visión que se le adosa a la densidad propia de una de las ciudades más grandes y pobladas del mundo, como el imaginario del “chilango” que vino a crear la disputa entre las regiones y el centro del país. Por encima de la creencia el Distrito Federal no es la urbe violenta, entre los años de 1985 y 2002 su tasa media de homicidio alcanza un valor de apenas 12; tampoco lo es la ciudad de México

con sus municipios conurbados en tanto, en el mismo período, llega tan sólo al valor de 15⁹⁸.



Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México

De nuevo, las series históricas de las ciudades de nuestro estudio confirman la aseveración enunciada sobre la violencia mexicana. Ni en sus momentos más álgidos se supera la violencia por encima de los 30 homicidios por 100 mil habitantes –con la fugaz excepción de Morelia en 1996, cuando se dispara a 38-. La ciudad mexicana, en general, no es epicentro de violencias extremas. Es verdad que en los últimos años el narcotráfico viene quebrando dicha tendencia, sus exterminios brutales toman cuerpo al norte en las ciudades de la frontera y al sur entre Acapulco y la zona de tierra caliente en Michoacán. En diversos puntos de dicha geografía la empresa del narcotráfico extiende sus actos de muerte y destrucción. Los enfrentamientos en medio de las calles de las ciudades se multiplican, mientras se vuelve corriente la noticia de cuerpos sin vida sometidos a los macabros rituales del ajuste de cuentas entre facciones. Las cabezas cercenadas de sus cuerpos, abandonadas en lugares donde adquieren el valor de advertencia, atenazan al país dentro del más siniestro de los regímenes del pánico. Mañas de

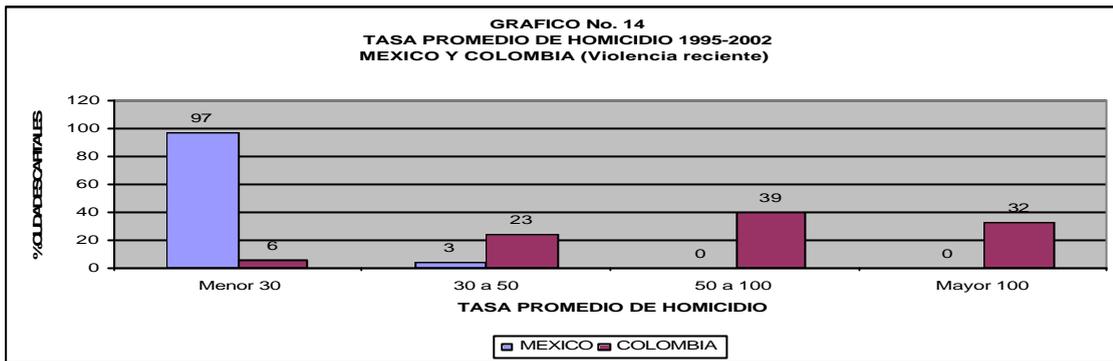
⁹⁸ Las violencias más altas se desarrollan en los municipios del estado de México que rodean el Distrito Federal, en particular Naucalpan, Cuatitlán, Texcoco y la Paz con tasas por encima de 35. En su conjunto los 35 municipios conurbados tuvieron una violencia histórica de 22 y una violencia reciente de 17.

esta naturaleza horrorizan a las gentes de México, de Colombia o de cualquier otro rincón del planeta. Su capacidad de desestabilización no se puede desdeñar, en lo más mínimo.

Sin embargo los desafueros del narcotráfico no terminan de modificar la tendencia central –o no lo han hecho todavía-. Ni siquiera en el norte la violencia urbana llega a adquirir las intensidades de otras ciudades del continente. No lo hace Tijuana con la carga de conflictos que la aquejan, desde la aglomeración de cientos de gentes en sus periferias hasta la devastadora presencia del narcotráfico cumpliendo su tétrica tarea de administrador de la muerte. La comparación con el caso colombiano es ilustrativa, finalmente se trata del otro país Latinoamericano con una poderosa presencia de agencias ilegales (Gráfico No. 14). La gran mayoría de las 32 capitales mexicanas tienen una violencia reciente por debajo de 30, nada menos que el 97%, además de que no tiene ninguna urbe con tasas por encima de 50⁹⁹. Todo lo opuesto del panorama colombiano donde sólo el 6% de sus 31 ciudades capitales tuvo entre 1995 y 2002 una tasa por debajo de 30 pero si mantuvo el 71% por encima de 50 (una tercera parte con tasas más allá de 100)¹⁰⁰.

⁹⁹ Las más altas son Toluca y Culiacán, las más bajas Saltillo y Mérida.

¹⁰⁰ Las más elevadas son Florencia y San José del Guaviare, las más reducidas Leticia y San Andrés.



Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México. Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Colombia.

Si tal es el caso de las ciudades tal será el caso de nuestras agrupaciones. Ni los <barrios> al norte, ni las <bandas> al centro, ni las <maras> al sur hacen gala de violencias extremas. El carácter violento de la pandilla mantiene un nexo directo con las texturas del conflicto de la ciudad donde reside, se enunció atrás. Así es en Colombia, las violencias de los <parches> de Bogotá distan mucho de las violencias de los grupos de Medellín, donde el narcotráfico anidó y entró en contacto estrecho con los grupos de muchachos que contrataba como sicarios. Es asimismo el caso de México, los grupos en conflicto no se salen de los parámetros impuestos por sus respectivas urbes y, más allá, por el país en su conjunto.

Ciertamente se producen violencias, de distintos tipos y variadas intensidades. El uso de armas es corriente (Cuadro No. 17). En Morelia las blancas son las dominantes, el 92% de los grupos las poseen, muy por encima de las de fuego con el 33%. En el Distrito Federal el panorama sufre un desbalance a favor de las segundas, un 95% tiene blancas y el 60% de fuego. Por desfortuna no se pudo obtener la misma información para las ciudades de Tijuana y Tapachula. Con la

información a la mano la diferencia entre las ciudades se agudiza, la <banda> moreliana dista mucho en los modos de comportamiento de la defeña.

CUADRO No. 17
ARMAS DE USO DE LOS GRUPOS
(%)
MORELIA Y DISTRITO FEDERAL

	Blancas	Fuego
Morelia	92	33
Distrito Federal	90	60

Fuente: Datos etnográficos

Los testimonios lo confirman. En la capital michoacana se escuchan numerosas historias de sangre, la mayoría por armas blancas. <Le dieron por ahí como 10 puñaladas. Le abrieron la maceta y está todo madreado>. Los enfrentamientos se generan por distintas circunstancias, en especial por viejos y caldeados conflictos entre <bandas>. La reyerta acude a los cuchillos pero igual se puede prolongar con cualquier otro objeto capaz de reducir al adversario: <Luego luego con piedras, con tubos o con lo que hubiera. A mí me abrieron atrás de un tubazo y me dieron otro con una garracha de esas para el zacate. Eramos 10 ese día, venían como 9 cabrones de esa pandilla de la colonia de aquí al lado>. Los bailes y los toquines, tan comunes en Morelia como lugar de encuentro de las agrupaciones muchas de ellas declaradas adversarias, son lugares donde con frecuencia explotan las fricciones: <Se peleaban en los bailes contra otras banditas de cholos o contra los que fueran>. Por supuesto, es preciso enfatizarlo, no se trata de ninguna situación inocente, los golpes se pueden repartir sin la menor consideración: <Me dieron unos martillazos en la cabeza. Con el mismo que estaba piteando esperó a que estuviera bien pedo y me pegó. Me desperté en el hospital>. Naturalmente no

faltan las confrontaciones con armas de fuego, en ocasiones las riñas entre las bandas terminan en disparos: *<Pelear hay seguido. Los de otras bandas se agarraron a balazos con los allí>*. No faltan los asesinatos, la presencia de las armas de fuego genera su propia dinámica produciendo en más de una ocasión uno y otro muerto. Un recorrido pandillero lo dice: *<Seguí de cabrón y cambié de bandas por problemas, de madrear a un cabrón, de picar a otro. Estuve preso, maté a un chavo que llegó al barrio y nos tiró unos balazos, a un amigo le pego en el homoplato. Le quitamos la pistola y con esa misma lo maté>*. No es su única muerte, tendrá otras más¹⁰¹.

La violencia se entroniza en Morelia como modo privilegiado de relación entre grupos que terminan enfrentados por motivos las más de las veces intrascendentes. Sin embargo su violencia reconoce límites. Las peleas se dirimen de corriente a punta de puños y cuchillos, raras veces con armas de fuego: *<Las armas con las que se daban eran casi no más puños y navajas, muy rara vez sacaban pistola>*. Algunos de los miembros comentan el bajo nivel de pugnacidad, *<era la violencia moderada, nada extremo. Sólo unas cinco personas estuvieron al borde de la muerte>*. El texto más común suele ser entonces el de muchachos con una franca determinación para la pelea, quien no aprende esas artes no podrá sobrevivir en el grupo: *<Fui muy pelionero, hubo una época en que me peleaba cada viernes. Echábamos un chingo de desmadre, éramos temidos en toda la escuela>*¹⁰². Pero el hábito de la confrontación violenta con desenlaces fatales, menos la deriva en guerras de exterminio mutuo así como lo

¹⁰¹ Duende, Morelia, p. 4 y 5; Grande, Morelia, p. 4; Tis, Morelia, p. 3.

¹⁰² Cipo, Morelia, p. 6; NN, Morelia, p. 16; Cipo, Morelia, p. 3.

ilustran las películas *Ciudad de Dios* para Río de Janeiro y *la Virgen de los Sicarios* para Medellín, no se estilan en Morelia. El muchacho lo ha dicho, *<era la violencia moderada>*.

El Distrito Federal, respecto a la capital de Michoacán, tiene una mayor circulación de armas de fuego. Como dice alguno *<las armas si son fáciles de conseguir, no cualquiera pero si. Una 9 milímetros cuesta como 4000 o 5000 pesos. Circulan muchas armas tanto buenas como 'hechizas'>*. Es cierto, las armas hechizas se consiguen con facilidad, se las encuentra disponibles en varios lugares donde las fabrican: *<En 'el hoyo'... fabrican armas>*. Como dicen los datos en el Distrito el 60% de las *<bandas>* portan armas de fuego, hay un verdadero tráfico donde se compran y venden con facilidad: *<Varios que conozco traen fogón. Un güey los consigue de volada pero sin serie, o sea que si llego a dispararla no se sabe que fui yo ... Aquí en Iztapalapa está muy cabrón, si hay güeyes que las consiguen pero tardan un rato porque no es el único encargo>*. Los medios para conseguir un arma están a la mano, sólo se requiere la conexión que suele estar dada entre los miembros de las *<bandas>*, que hacen de ella un artículo de comercio cuando están apurados de dinero: *<Para conseguir un arma hay que decirle a quien tenga una, luego la misma banda anda ofreciendo su pistola cuando tienen una emergencia de varo. El precio depende de que tan maltratada esté, la banda ahí hace su negocio, la compra y la vende, es fácil>*. Como sucede por doquier, en México como en cualquier otro país, quien porta consigo

un revólver se rodea de una aureola de valentía y orgullo: *<Ese güey se las dio de muy vergas porque trae fogón>*¹⁰³.

Sin embargo, como sucede en Colombia, no todos los grupos tienen arma de fuego. En todo caso supone un gasto que no todos están en disposición de sufragar: *<En una bandita de diez güeyes uno traerá fogón y a veces ninguno, algún otro traerá una punta. Del tipo de banda depende qué tantas armas tengan>*. La escala de peligrosidad de la *<banda>*, sus niveles de enfrentamiento y el tipo de sus adversarios, así como su nivel de robo, determinan el porte de armas de fuego. En muchos casos, el más corriente, las armas se limitan a cuchillos y *<puntas>*, unos largos cuchillos de enorme letalidad. *<Los más lacras con tubo en mano, con navajas, chacos, fajinas>*. Las historias de heridas causadas con arma blanca son corrientes, *<me alcanzó con una punta, cuando me entró el rozón me enconché y fue que me dieron los dos piquetes de la espalda>*. Las guerras entre bandas no tienen la intensidad de Río, Medellín o incluso de muchos sitios de Colombia. No se semejan en su crueldad. Pero llegan a adquirir las proporciones que no tienen en Morelia: *<Incluso está la separación entre los mismos cholos ya que defienden un territorio, “yo soy de esta cuadra y no entras”. Lo defienden hasta con armas>*. Con todo, en medio de la proliferación de las *<bandas>* y las armas de alto calibre la violencia en Iztapalapa no se dispara a niveles incontrolados. Las armas hacen parte de la dotación de un extendido crimen con pistola en mano y en muchos otros casos se emplea por seguridad: *<Muchos tienen armas por seguridad y*

¹⁰³ Aarón, Distrito Federal, p. 8; Chakos, Distrito Federal, p. 6; Zafra, Distrito Federal, p. 22; Chakos, Distrito Federal, p. 3.

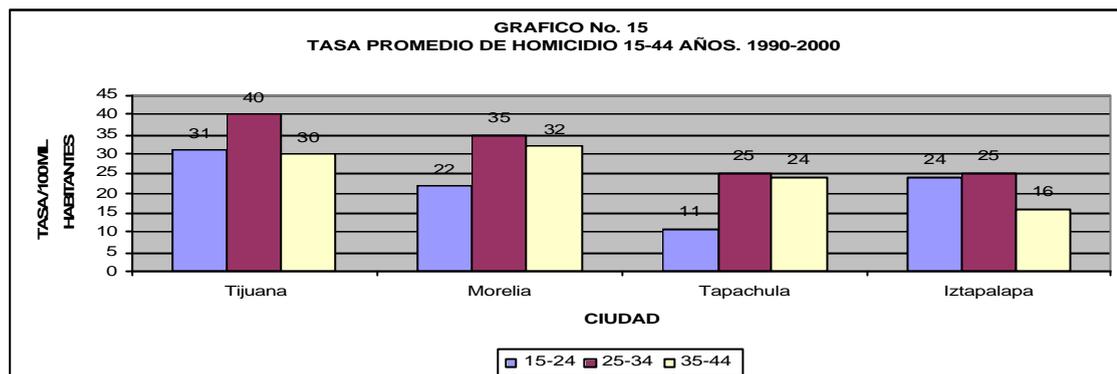
muchos na'más por tenerla porque ni la usan, hay casos donde es preciso sacarla pero es para tronarla o para espantar a la gente agresora. En la casa tengo una nueve milímetros pero no la saco, en solo por si me quieren robar>. La nota característica viene a ser la mayor circulación de armas y de mayor calibre: <Este año hasta estaban sacando cuernos de chivo, me parece un concurso de armamento>. Algunos señalan el empeoramiento de la situación: <Todo va cambiando y ahora ni siquiera sabes. Antes era impensable que un chavo de 14 años trajera un cuete, ahora cualquier cabrón trae uno y te puede meter un plomazo>¹⁰⁴.

2. Los jóvenes

Los jóvenes no son las principales víctimas de la violencia. En las cuatro ciudades se comprueba, la edad de 15 a 24 años es menor en todos los casos a la edad de 25 a 34 años (Gráfico No. 15). En Tijuana es 9 puntos menor (la tasa promedio de 40 de los adultos jóvenes de 25 a 34 años versus la tasa de 31 de los jóvenes de 15 a 24 años); en Morelia llega a 13 puntos por abajo (35 versus 22); en Tapachula sube hasta 14 puntos menos (25 versus 11), mientras en Iztapalapa en el Distrito Federal es donde se reduce más la diferencia, a sólo un punto (25 de los adultos jóvenes versus 24 de los jóvenes). Incluso en dos ciudades, Morelia y Tapachula, los jóvenes tienen una tasa promedio menor respecto a los adultos de 35 a 44 años. En Tijuana son casi iguales y en Iztapalapa los jóvenes si superan a los adultos. Recordemos que la edad de los 15 a los 25 años agrega la mayor cantidad de

¹⁰⁴ Fresa, Distrito Federal, p. 19; Zafra, Distrito Federal, p. 5; Chakos, Distrito Federal, p. 2; Colec, Distrito Federal, p.3; Roberto, Distrito Federal, p. 51.

miembros en los grupos de nuestro interés: el 68% en Tijuana, el 69% en Morelia y el 54% en el Distrito Federal. De manera que los jóvenes no son quienes se hacen objeto de la violencia más fuerte, otras edades son las que tienen mayor cantidad de personas ultimadas por el homicidio.



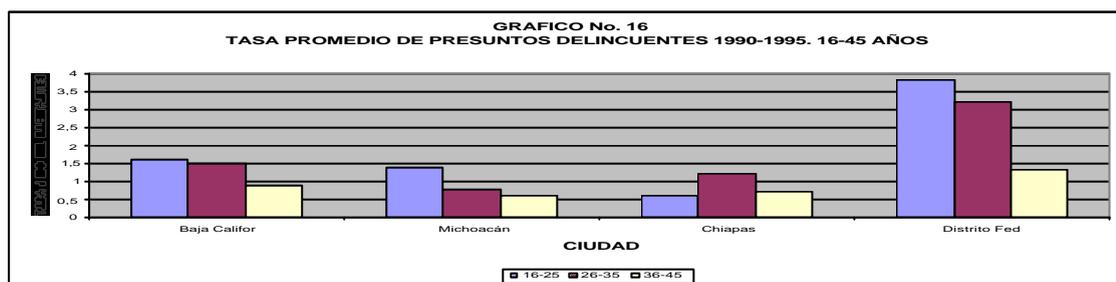
Fuente: Cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México.

Si tal es la situación de los jóvenes entre las víctimas algo similar se revela entre los victimarios. Los jóvenes no desbordan a los adultos cuando se trata de los ejecutores, una pesquisa que se adelanta esta vez sobre la información de los presuntos delincuentes reportados por el Ministerio Público¹⁰⁵. Sin duda los datos son precarios. Primero los reportes se hacen por estados, no por municipios, todo lo cual agrega en demasía los datos impidiendo la discriminación fina. Segundo, en consonancia con la precariedad de la justicia y los altos índices de impunidad, los números son reducidos¹⁰⁶. Sin embargo se los toma en tanto ellos ayudan a terminar de redondear la comparación del homicidio por edad. Ciertamente en tres estados los muchachos de 16 a 25 años tienen los indicadores más altos, más en

¹⁰⁵ Presunto delincuente es quien ha sido sometido a una averiguación previa, esto es a una investigación por parte del ministerio público una vez se radica la denuncia de homicidio.

¹⁰⁶ Además los reportes oficiales son por completo asistemáticos. Pese a que se hizo la búsqueda desde 1985 se logró una serie consistente no más que entre 1990 y 1995.

cada uno la diferencia respecto al rango inmediato de edad no alcanza ni siquiera la unidad (Gráfico No. 16). En Baja California la diferencia es de 0,1 y en Michoacán y el Distrito Federal de 0,6 pese a que en la capital nacional se registra el número más alto de presuntos delincuentes. En Chiapas, finalmente, los jóvenes están por debajo de los otros dos rangos de edad, también con una diferencia de apenas 0,6 por debajo de los adultos jóvenes de 26 a 35 años. Los jóvenes no son los grandes ejecutores del homicidio como lo asume el estigma que hace de la juventud una condición natural de la criminalidad; participan claro, con una tasa un tanto más alta, pero los adultos son también actores directos de la muerte.



En resumidas cuentas la violencia es un instrumento obligado de la vida pandillera mexicana, sea que esta adopte la forma del <barrio>, la <banda> o la <mara>. La confrontación entre grupos es una constante que se repite de ciudad a ciudad, provocada por una multiplicidad de disparadores regados entre la defensa del territorio y un antagonismo cuya justificación, las más de las veces, se caracteriza por la vaguedad. No es el único espacio en donde se le ejerce. La violencia atraviesa asimismo la práctica del robo, el choque con los vecinos, la tramitación de la diferencia. De allí que el lenguaje del <respeto> circule por igual en todas las ciudades poniendo al descubierto la trama de violencia que regla los universos

simbólicos con que se auto representan estas agrupaciones. Se escuchó su mención a Rayo en su calidad de fiel representante del <barrio> tijuanaense, <por el pleito ese que tuve me respetaban>. Fragmentos similares se oyen en Morelia, <me les dejaba ir y los picaba. Llegué a enfierrar a varios en el barrio. En adelante me gané un respeto entre toda la banda>; así como en el Distrito Federal, <se comenta por las bandas que “tal güey se madreó con tal güey y la putiza estuvo así”. Le empiezan a respetar, el apodo empieza a ser reconocido>¹⁰⁷.

Empero, una vez se calibra la intensidad de dicha violencia se comprueba que la práctica sangrienta de los grupos mexicanos dista de la propia de las pandillas de otras geografías. Resulta evidente una vez se paran frente a los <parches> colombianos y las <maras> centroamericanas. Los instrumentos a disposición lo ratifican, en particular el indicador más potente del acto violento cual es el homicidio. Primero las ciudades donde pelechan no superan, ni en el peor de los casos, una tasa de homicidios más allá de los niveles medios del continente latinoamericano –ciertamente el más violento del planeta, no hay que olvidarlo-. Y segundo en dichas ciudades los jóvenes, los grandes componentes de nuestros grupos, no superan a los adultos ni en la condición de víctimas ni en la de victimarios. En México la violencia pandillera se atenúa, ¿cómo explicar tal contención?

¹⁰⁷ Tis, Morelia, p. 2; Fresa, Distrito Federal, p. 15.

CAPITULO 4

SE EMPEZO A DESMADRAR

La paradoja mexicana

Rayo trajo a cuento el tema de las mediaciones tras las cuales la violencia se detiene en México. Una vez consumado el asesinato del <vato> en la bomba de gasolina el <barrio> lo proscribe, los <compas> se niegan a admitir como suyo un acto cometido por fuera de la dinámica colectiva. La ley del <respaldo>, una normativa bajo cuyo mandato el grupo sobrevive, se suspende ante la evidencia de un evento que pone en peligro el <barrio> porque simplemente es producto de la <onda gacha> de uno de sus miembros. En palabras del protagonista, <dijeron que me ayudarían si la bronca hubiera sido por algo que hubiera sucedido en el barrio ... pero que eso había sido por mi loquera ... por puros problemas pendejos>. En el capítulo inicial se adujo la existencia de dos elementos que, siguiendo el texto de Rayo, ayudan a explicar ese no rotundo a cierto tipo de violencia. De un lado la primacía del nosotros sobre el yo, el grupo posee normas inviolables que los individuos están obligados a acatar so pena del castigo. Hay un predominio de lo colectivo, a propósito del homicidio se torna operativo sobre una noción de lo punible. No es todo sin embargo -se señaló como segundo elemento-, no es suficiente la simple primacía del nosotros. Las maras centroamericanas lo hacen valer también, en sus filas la lealtad al grupo y sus designios se impone sobre la trayectoria individual; sólo que

dicha arquitectura grupal descansa sobre el antagonismo y la eliminación del otro. El resultado, la mara ofusca la conexión con lo social, sus simbólicas se agotan en sí mismas desprovistas de un vínculo con algún orden ajeno a ellas. No es el caso de <barrio 200>, en él pervive un nexo con ramificaciones en distintos planos. Por un lado hacia lo local mediante el traslape del barrio juvenil con el barrio urbano, no sólo porque el grupo de <chavos> defienda la colonia sino porque su historia y sus funcionamientos se imbrican, como se mostró en la caracterización del <barrio>; y por el otro hacia lo nacional a través de la participación en simbólicas universales como el festejo de la virgen de Guadalupe.

Es el enunciado de partida, la pregunta permanece. En realidad, ¿qué significa la pretendida conexión con lo social, una dotada del poder de emplazar la expresión violenta? Los nexos mencionados desde la narración de Rayo –uno local y otro nacional-, se traducen, en sentido amplio, en dos formas de anudamiento de lo social. Primero un ensamble traducido en la norma del no exceso en la convivencia. Segundo un fluido de vínculos entre unos y otros a través de cultos heterogéneos capaces de articular la vida desde las más diversas esferas.

I. EL NO EXCESO

En México la convivencia está reglada por una ley tácita, nunca declarada pero asumida como canon inviolable: no está permitido el exceso. Los acontecimientos

criminales y problemáticos se permiten, su presencia hace parte de la permanente negociación que mantiene la vida cotidiana con la ilegalidad –un factor esencial en la explicación de la singularidad mexicana, según se verá en breve-. De tal modo el acto criminal y brutal está inscrito en la trama de la convivencia, pero lo encuadra un marco que impide el desborde de su intensidad más allá de unas fronteras definidas: puede permanecer allí mientras no transgreda la convivencia y atente contra la tranquilidad colectiva.

Tijuana ilustra bien su funcionamiento. Dada su condición de ciudad del conflicto y la anomia, construida sobre las oleadas de gentes venidas de todos los rincones de la nación tras la búsqueda de otro destino, cabría esperar que el principio canónico del no exceso estuviera ausente. No es el caso, aún entre los barrios más empobrecidos se le encuentra. El tema de los conflictos locales lo saca a flote. En México, como en el resto de Latinoamérica –y de todo el mundo-, los hombres golpean a las mujeres. Entre los mexicanos cobra singular fuerza, el profundo arraigo del machismo aguarda detrás de un sinnúmero de episodios violentos dirigidos contra la mujer. *<Desgraciadamente el estigma machista mexicano que tenemos de la mujer, cargada y atrás de la puerta como en el convento>*, dice alguno a propósito de la reducida participación femenina en la actividad delictiva del *<barrio>*. El nexo entre machismo y violencia sobre la mujer es pues un fenómeno presente en la vida cotidiana del barrio popular. *<Resulta que un guey se empezó a desmadrar, le pegaba a la mujer cada rato y eso eran los escándalos más pesados>*. El hecho penetra la textura de

la vida pública del barrio, se escuchan gritos de seguido y hasta se cuentan historias de persecuciones en medio de alaridos en la calle. El acontecimiento dejó de ser privado, derivó en suceso colectivo que ya pesa sobre la conciencia local. <Después de un tiempo de gritos y escándalos nos fuimos varios oldies a la casa del guey. “Se te acabó la vida aquí cabrón, o te vas o te vas. Mañana no queremos verte más por aquí”>. La amenaza la formula un puñado de hombres cada uno portando algún objeto letal en las manos, desde pistolas hasta bats, no dejando la menor duda sobre la determinación de hacer valer una voluntad colectiva. El hombre no tiene remedio, debe marcharse de inmediato seguido por la mujer a quien le propina severas muendas. <No importa> –dice el narrador con un gesto–, la mujer y la violencia sobre ella no es el problema¹⁰⁸. Es cierto, el dilema en juego no es la agresión contra la mujer, de seguro muchos de quienes forman el grupo que profirió la amenaza lo hace en su casa y hasta tantos piensan que es debido hacerlo. El dilema básico es entonces el de la convivencia. El <guey> se excedió, quebró la delgada frontera que separa lo privado de lo público y, con ello, infringió la ley básica en torno a la que se ordena la vida cotidiana.

Los <barrios> hacen de la violación una abominable práctica más bien corriente. Rayo cuenta una historia al respecto, violan a la hija de la profesora <balcona> que tenía la osadía de llamar a la policía cada que había <desmadre>. Cuando el grupo lo destierra después del homicidio y en la casa ya nadie quiere recibirlo <me fui para

¹⁰⁸ La historia es de Maruchan, Tijuana, p. 10.

unas cuevas ... ahí teníamos cobijas y ropas porque se había llevado una muchacha y la habían violado>. Es un sitio acondicionado para el efecto, en la cueva permanecen <*cobijas y ropas*> quizás porque la violación de mujeres es un hábito del grupo. En una ocasión, sin embargo, un hombre comienza a violar mujeres solo y de manera indiscriminada. Lo hace en un sitio y otro en las inmediaciones y el interior de una colonia, <*ya las morras no estaban tranquilas aquí en el barrio, tenían que el tipo las agarrara*>. Como en la anécdota anterior un grupo de personas se apertrechan, buscan al personaje y lo asesinan. <*No había nada que hacer*>, el hombre sobrepasó los límites del decoro y las violaciones suyas estaban trasgrediendo la tolerancia permitida en la convivencia¹⁰⁹.

Los <*barrios*>, así como los vimos en el acto de ponerle un límite a Rayo, se mueven en un espectro abierto sobre eventos que están permitidos y eventos que están prohibidos. Hay ciertas trasgresiones no toleradas, como el caso de un <*vato*> que se dedica a asaltar señoras. <*El vato andaba mal, andaba asaltando señoras. Se juntaron los vatos de la otra colonia y lo mataron en un alambre colgado ahí. Fueron muertes muy salvajes*>. Lo más indicativo es la explicación que el pandillero se termina dando del suceso, <*[ese vato] andaba mal ... lo mataron porque andaba sin necesidad, porque había mucha loquera*>. El <*barrio*> vive de la trasgresión, es su santo y seña. No obstante hay unos límites. A quien se excede, anda <*sin necesidad*> y con <*mucha loquera*>, le sobreviene la muerte. Lo mismo se narra de una muerte atroz, un <*compa*> a quien

¹⁰⁹ La anécdota es de nuevo de Maruchan, Tijuana, p.

<le sacaron la masa encefálica del cerebro y su corazón latía pero el cerebro ya no respondía>. En el momento del asesinato el narrador iba con el “ajusticiado”, los enemigos de otra colonia les salen de repente, los persiguen y el compañero cae porque *<llevaba mucho vicio encima>*. Lo golpearon hasta destrozarle la cabeza. Gasper se conmueve, extraña al amigo y se siente conmovido por no haber podido hacer nada para impedir su muerte. Pero también entiende que esa muerte tenía su razón de ser, *<muy mi compa y todo pero la neta no estaba de acuerdo con lo que este vato hacía. Independientemente de que fuera broncón había jales que no me gustaban en la colonia>*. Más adelante ilustra los motivos de la persecución y el ajusticiamiento, *<estaban pegándole a los morros, se estaban pasando>*¹¹⁰.

Como en el testimonio de Koko existen de por medio límites. En todos los casos no se condena el acto en sí mismo, todo lo contrario la conducta ilegal está sancionada. El *<barrio>* mata y viola, los hombres golpean las mujeres, se atraca de seguido a la gente y los golpes hacen parte de la vida diaria. Con todo, cada acción tiene su encuadramiento. Se mata en forma legítima cuando ello hace parte de una correría colectiva, su ejecución individual está proscrita. Se golpea a las mujeres pero hasta cuando se salta al terreno de la vida pública de la colonia. Los *<barrios>* agraden sexualmente pero no hasta el grado de trasmutar la violación en amenaza sobre las goteras de la existencia cotidiana. Se roba y atraca de continuo pero pasa al terreno de lo prohibido cuando se extiende sobre señoras indefensas. Se golpean

¹¹⁰ Gasper, Tijuana, p. 6 y 8.

mas no al grado de aprovechar la indefensión de <morros> impedidos para reaccionar en igualdad de condiciones.

Se anotó, en las cinco circunstancias no se condena el acto mismo. Matar, robar, pelear, violar o golpear mujeres son conductas que por sí mismas no resultan reprobables; es más, algunas se castigan con otras, como cuando se asesina al violador o a quien incurre en el desvarío con señoras mayores y menores. Se condena, más bien, el que la trasgresión pierda su norte y se extravíe en el exceso. A fin de restituir el orden perdido se pone en marcha una potente máquina de justicia local a quien no detienen los remordimientos, si es preciso matar al culpable se lo ejecuta. Todo parece indicarlo, la legitimidad de la reparación está del lado de quien toma la justicia por sus propias manos: lo hace acudiendo al principio canónico del no exceso.

Tijuana, la urbe del conflicto y lo imprevisto –como gusta de describirla una corriente posmoderna-, es el más apropiado observatorio de la pervivencia de formas imaginarias que reglan la convivencia y de contramano emplazan la violencia. Si se las ve actuantes en el tejido de la ciudad donde la migración, la pobreza y la exclusión se dan cita juntas, es de esperar que ellas se hallen también activas en el contexto de otra ciudad. En efecto, Morelia lo confirma. Una pandilla viene haciendo de las suyas, roban a los transeúntes y los comercios, tienen constantes peleas con otras pandillas y mantienen una vocinglería insoportable en

la esquina de los encuentros. Pasado el tiempo suficiente como para acumular un tenso conflicto con los moradores de la colonia, un vecino interviene en una pelea y en medio del forcejeo termina dando muerte a uno de los integrantes del grupo. En cualquier otro lado era de esperarse la retaliación cruenta por el asesinato del <compa>, el <respaldo> ante el daño ocasionado a un miembro del grupo es una ley de cuidadosa observancia. En Morelia sucede todo lo contrario, la pandilla desaparece, no se vuelve a parar jamás en la esquina. La muerte del muchacho no propicia ninguna venganza contra el homicida o su familia, como tampoco alguna especie de guerra interna entre enemigos y simpatizantes del grupo.

Esta especie de justicia local es bastante común en México, la convivencia viene armada con la capacidad de reacción ante los excesos. La historia de la conformación de la colonia El Realito en Morelia pasa en un momento determinado por el relato de una campana que, colocada en un sitio estratégico del barrio, servía como sirena de anuncio de cualquier situación anómala. Ante el tañido con un repique particular la vecindad se daba cita en la calle armada de cuanto objeto se cruzara en el momento de la salida, estableciendo un sistema de seguridad a toda prueba que se mantuvo durante largo tiempo. En esta misma línea de auto justicia local se inscriben los linchamientos, una forma de respuesta popular más extendida de lo que se piensa. El cruento episodio del linchamiento en la delegación Tlahúac del Distrito Federal, donde murieron quemados dos policías a manos de una turba airada, no es sino la cara visible de una práctica que se repite

con insistencia en zonas rurales y urbanas de México. En el pueblo de Villa de Etila en Oaxaca –por mencionar un caso reciente–, los pobladores se sublevaron después de que la policía abusó de su autoridad golpeando sin causa justa a un ciudadano y luego encerrándolo en la prisión municipal. La muchedumbre se tomó la cárcel, liberó al detenido y metió tras los barrotes al jefe policial y su equipo¹¹¹.

En la vida cotidiana de la barriada urbana la ley del no exceso y la imagen de la justicia popular que le ronda operan como muro de contención del desborde violento. Naturalmente los casos mencionados no son sin más equiparables, lo que está en juego en el homicidio de un violador es de un carácter por entero distinto a las gentes iracundas de Villa de Etila tomando por asalto la cárcel. Con todo, tras una y otra existe una sustancia común: el exceso lo detiene la reacción colectiva de los afectados, una reacción masiva y violenta. De manera tal, el <desmadre> está admitido y certificado pero no más allá del mojón a partir del cual se ingresa en el terreno de las cosas <sin necesidad> y con <mucha loquera>. Como lo mostraron Larissa Lomnitz y colaboradores a propósito de la campaña electoral de Salinas de Gortari, el universo de la política mexicana se estructura, entre otras, sobre un gran celo con la adopción de la forma apropiada¹¹². Entre el cuidado de la forma en la política y la norma del no exceso en la convivencia existe más de una semejanza. En el campo del poder se traduce en la minuciosa observancia de aquello que es

¹¹¹ Estos sistemas de alarma colectiva parecen ser comunes en las historias de los barrios y los pueblos mexicanos. Se narran igual las historias de las reacciones populares ante ciertas injusticias, una modalidad que se remonta en Michoacán a los más tempranos siglos de la colonia. Castro (2003). La noticia de Villa Etila en Jornada (2006, 21 de septiembre).

¹¹² Lomnitz, Adler y (2005)

preciso hacer en cada momento -según lo impone la tradición-, mientras en la convivencia se traduce en conocer el punto a partir del cual se entra en el exceso y puede sobrevenir la reacción violenta. La norma del no exceso es una forma de contención de la violencia. Las pandillas lo saben y limitan sus excesos.

II. LOS CONECTORES

México posee aún un potente tejido social, no sólo en el plano de lo local como acabamos de ver, sino también en lo universal, todavía posibilitado para generar cohesión entre sus ciudadanos en torno a simbólicas nacionales. Tres dispositivos rituales cruzan año por año la vida rutinaria del país, cada uno ligado a un capital simbólico diferente¹¹³.

Primero el 15 de septiembre, día del festejo patrio. Los signos del estado y la nación se revuelven en un mes donde se convocan las iconografías de la historia moderna de México, incluyendo sus trayectorias institucionales. Ese día el país se convoca en torno a las simbólicas de la modernidad, el estado y la construcción política de la nación. Segundo el día de muertos a comienzos de noviembre, una fiesta que se celebra en otros países pero jamás con la fuerza que si acontece en México. En esta oportunidad los íconos en marcha son otros, los de un pasado secular indígena alrededor de la imaginería insondable de la muerte. Tercero la

¹¹³ Nos limitaremos a mencionarlos por razones de espacio.

celebración de la virgen de Guadalupe el 12 de diciembre, una celebración de corte religioso adornada con las muchas características singulares de la ritualidad guadalupana.

El <barrio>, la <banda> y la <mara> permanecen ligados a las simbólicas heterogéneas del estado nación moderno, la ritualidad indígena y la epifanía religiosa. En Tijuana es evidente, tras la huella de la herencia iniciada por los <cholos> los <barrios> actuales prolongan el festejo de la Guadalupe así como lo comentó Rayo: <Festejábamos al rojo vivo el día de la virgen, lo hacíamos ahí donde está pintada sobre la barda>. En las otras tres ciudades se verifica una tradición similar si bien no con la misma firmeza de Tijuana, donde los <barrios> siguen siendo los encargados de pintar en las paredes la virgen y de mantener el altar. También se les ve ligados a los festejos del 15 de septiembre y del día de muertos, amén de que participan en diversos rituales de carácter local¹¹⁴. Así las cosas estos grupos urbanos en conflicto, por encima de sus fracturas, mantienen conexiones con una totalidad social incluyente, todo lo cual limita el tiempo paralelo de los grupos mexicanos en tanto los liga a conectores sociales que desbordan el achatamiento de sus universos de sentido. Dicha armadura imaginaria funciona como una cota contra el desborde de los excesos y la violencia.

¹¹⁴ En el Distrito Federal hacen parte de celebraciones como el día del charro en Santa Cruz Meyeuualco, la romería del Cristo de y la semana santa en Iztapalapa; el día del santo patrón en Morelia; y la fiesta de San Caralampio en Tapachula.

III. EL ROBO

La ley del no exceso y la conexión ritual no son las únicas barreras contra el desafuero pandillero. Ellas dos están inscritas en el tejido social, enterradas en sus signos y sus formas de desciframiento. Pero hacen falta dos elementos adicionales. El primero es la presencia represiva del estado, un agente que en medio de la mayor complejidad sigue funcionando como factor de estructuración del orden colectivo. Para nadie es un secreto el grado de corrupción de los cuerpos de seguridad del estado mexicano. Sin embargo la gente le teme, es conocedora de los niveles de brutalidad y violencia a los que es capaz de acudir ante una situación explosiva. Se hizo mención de los allanamientos extremos que acompañaron los programas Acero al sur, cuando sonó la noticia de la invasión de las maras centroamericanas al suelo mexicano. En las otras ciudades la sensación con el estado y su represión es la misma. El policía de todos los días, el que hace los desplazamientos cotidianos por la calle de la colonia, se aquieta con toda suerte de transacciones; pero los operativos especiales, tan comunes en las cuatro ciudades, se erigen en el mecanismo mediante el cual la policía mantiene a raya las pandillas. En Morelia, sea el caso, grupos de operaciones especiales compuestos por policías no municipales emprendieron rondas sistemáticas desde 1996, produciendo el viraje de la curva de homicidio apreciado páginas atrás. Los testimonios abundan en referencias a una época anterior en que los enfrentamientos pandilleros habían cobrado ímpetu; las incursiones de los cuerpos especiales dieron al traste con la

proliferación del fenómeno abriendo la puerta a la singular configuración de la <banda> moreliana.

El segundo elemento adicional hace referencia a lo que se denominó la paradoja del crimen mexicano, según la cual existe una criminalidad extendida en medio de una violencia moderada. Tal coexistencia se detecta en Colombia toda vez que algún actor armado logra imponer su empresa criminal en medio del desarrollo de recios dispositivos de seguridad. La violencia se dispara en aquellas zonas donde no se logra cimentar una hegemonía indiscutida; más en los lugares donde alguno logra hacerlo se instaura un aparato que administra justicia, persigue los ladrones e intermedia los negocios ilegales¹¹⁵. No es por supuesto el caso de México, en sus ciudades el crimen no crea su poder sobre el espectro del asesinato y la persecución; lo hace más bien siguiendo una particular conexión entre el crimen y la vida corriente.

La comparación entre los indicadores de Colombia y México se invierten toda vez que se pone el homicidio frente a los delitos contra el patrimonio. En materia de homicidio el primero es alto y el segundo bajo, pero en asuntos de robo México está por encima de Colombia. Ciertamente entre los años de 1997 y 2001 México tuvo una tasa de robo de 546 delitos por 100 mil habitantes, entretanto Colombia

¹¹⁵ Es la situación corriente en zonas rurales, aunque lo hacen también en algunos reductos urbanos como lo viene haciendo de un tiempo para acá el paramilitarismo.

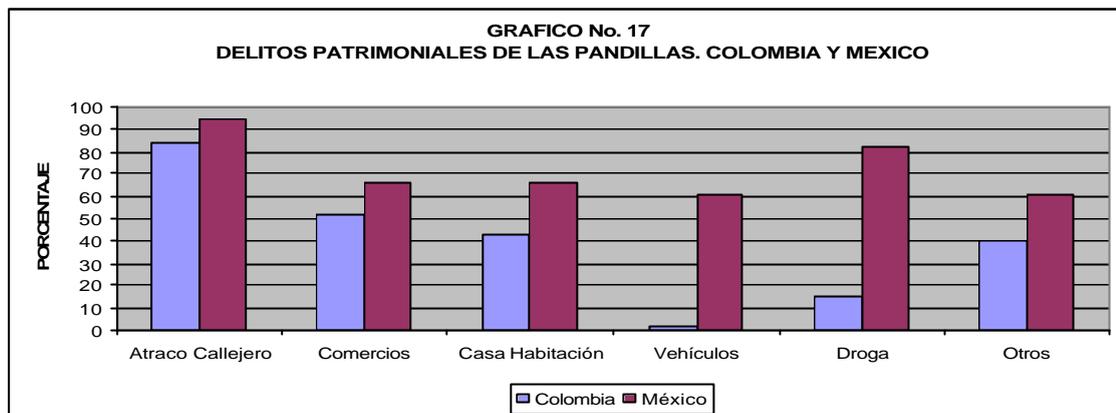
tuvo entre los años de 1995 y 1999 una tasa de 265 –casi la mitad-¹¹⁶. La misma inversión se constata al interior de México, los estados más violentos son al mismo tiempo los lugares donde los indicadores de delitos patrimoniales se reducen. Guerrero y Oaxaca, los estados más violentos tanto en la violencia histórica como reciente -según se vio-, ocupan los puestos 24° y 32° en robo¹¹⁷. El Distrito Federal hace el desplazamiento en dirección opuesta, es bajo en violencia (queda en el 18°) pero tiene el 2° lugar en robo. La violencia y la criminalidad patrimonial no siempre se encuentran en relación directa, entre la una y la otra median multitud de factores.

Las pandillas lo validan, lo ilustra el Gráfico No. 17. En todos los tipos de delitos las pandillas mexicanas están por encima de las pandillas colombianas. Estas últimas son sin duda más violentas, sus testimonios cuentan historias de sangre con mucha mayor frecuencia que las primeras. No puede ser de otro modo, el extremo del conflicto colombiano da origen a una multiplicidad de actores que no aparecen, ni en la sombra, dentro del contexto mexicano. Vecinos armados y organizados, seguridades pagadas entregadas a una siniestra obra de exterminio, operaciones de limpieza y escuadrones de la muerte liquidando jóvenes, ejércitos armados en proyectos de largo aliento como las guerrillas y los paramilitares, tal la panoplia de actores que componen el escenario colombiano y cuyos rastros no es posible

¹¹⁶ México cálculos nuestros sobre Arango y Lara (2003), Colombia cálculos nuestros sobre Policía Nacional. El punto se desarrolla en Perea (2005).

¹¹⁷ La información reportada se toma de las denuncias –unos datos poco fiables-, pero lo mismo se verifica con los registros de los presuntos delincuentes por robo: Guerrero llega al puesto 28° y Oaxaca al 27°. Mirar también Zepeda (2004).

detectar en ningún rincón mexicano¹¹⁸. Sin embargo, pese a las fuertes mediaciones que contienen la violencia, el crimen económico mexicano se desborda por varios lados.



Fuente: México datos etnográficos. Colombia Perea (2006, Cuadro No. 3).

En primera instancia es más alta en los delitos de menor calado, es decir el atraco callejero, el robo de comercios y el hurto de casa habitación¹¹⁹. En este nivel las diferencias no son en realidad importantes, México está sólo unos puntos por encima. En ambos países las pandillas hacen del robo menor una de sus dedicaciones delictivas importantes. Más la diferencia realmente significativa aparece hacia el otro lado, en el nivel del crimen que demanda organización y medios para su ejecución. La pandilla mexicana se ocupa con gran diferencia del robo de vehículos y el negocio de drogas, y en menor medida de la categoría otros delitos. El involucramiento en el comercio de estupefacientes demanda clarificaciones. En ninguno de los dos países se da el caso de pandillas con capacidad de controlar algún nodo importante de la cadena del negocio, como

¹¹⁸ En ninguna ciudad se encontró algo parecido a una operación de limpieza. A lo sumo se habla de contrataciones sicariales, como el mismo Rayo las menciona; pero se trata de acciones aisladas que no comprometen la presencia de un actor organizado de manera sistemática para el efecto.

¹¹⁹ Más alta significa que un mayor número de pandillas se dedican a esa actividad.

puede ser el procesamiento y la distribución. Se trata más bien, tanto de un consumo sostenido como de la conexión con las <tiendas> de venta al menudeo. La distancia entre los países aparece en el grado de “formalidad” que mantienen los miembros del grupo con el dueño del negocio. En Colombia se trata de un vínculo informal que pasa por la conversión de los <parceros> en satélites de la venta, vendedores a cierta distancia del expendedoro sin relación de ningún tipo con su funcionamiento interno; en México, de manera distinta, suele ocurrir el desarrollo de una relación orgánica entre los muchachos y el negocio: cumplen funciones permanentes, desde la labor de <campaneo> hasta el oficio de venta en el establecimiento.

La categoría otros delitos, por su lado, incluye una amplia variedad de <oficios>. En Colombia se impone con frecuencia el cobro de <vacunas> a los negocios, un pago que deben hacer los comerciantes y los conductores del transporte público a las pandillas que detentan el poder territorial. Es escaso en México, su imposición implica la activación de una elevada conflictividad entre los comerciantes -el principal poder en lo local urbano- y las pandillas; de allí que en Colombia los principales señalamientos de la financiación de las operaciones de limpieza recaigan sobre los comerciantes locales, son quienes se ven directamente afectados en la bolsa por el acoso pandillero. Pero de contramano en Colombia es más bien escaso el asalto de camiones de servicio público, una actividad que ocurre con alta frecuencia en México, lo mismo que la participación en negocios como el comercio

de auto partes de vehículos y mercancías robadas –común en México-¹²⁰. En ninguno de los dos países las pandillas se dedican a negocios de más alto calado como el robo de bancos, el asalto de grandes centros comerciales, el tráfico de armas o el secuestro. Naturalmente se constata toda una escala en los vínculos entre pandilla y crimen organizado, en su pináculo no faltan algunas que terminan haciendo el salto hacia la criminalidad de alto nivel: desde el momento en que se especializan abandonan su condición de pandillas –se convierten en crimen organizado-, en la medida en que abandonan el estacionamiento de día entero en la esquina de la colonia, se abstienen del consumo incontrolado de droga y nunca vuelven a ocuparse de delitos de bajo perfil como el atraco callejero.

La pandilla tiene pues un crimen de menor nivel, no está especializada en la actividad delictiva sino que en su universo corren parejos el robo y la pertenencia al grupo con sus signos movilizados. Empero, pese a que en ambos casos es válida la afirmación, entre México y Colombia hay un abismo de diferencia. En el segundo las pandillas se quedan en el delito de bajo nivel, sus ocupaciones primordiales son el atraco, el robo de comercios barriales y el asalto de residencias. En México, de manera distinta, al lado de estas mismas ocupaciones las pandillas cruzan la frontera y se conectan con facilidad a una criminalidad de mayor cuantía: el robo de vehículos y sus partes, el negocio de droga y la comercialización de mercancías robadas.

¹²⁰ En los dos países pulula el asalto de carros transportadores de productos, desde gaseosas hasta el gas.

Obvio, de una ciudad a otra hay diferencias (Cuadros No. 18, 19 y 20). En las tres dominan los delitos de menor perfil, el atraco y el asalto de casas y comercios –con la excepción de Morelia en este último-, pero también la conexión con la venta de estupefacientes. De manera distinta en la capital Michoacana las pandillas no se conectan con el robo de autos pero si desarrollan una extendida negociación con las auto partes (es el gran porcentaje de Morelia en otros). En las tres ciudades, según se aprecia, hay conexiones entre el delito de menor valía y el negocio más sofisticado del crimen organizado. La constante mexicana se repite. La especificidad urbana proviene pues de otra arista, del nivel de extensión de tales actividades. Como en las características antes vistas respecto al tamaño, el sexo y la edad, en los delitos patrimoniales hay un continuo polarizado entre, de un lado la <banda> del Distrito Federal y del otro la <banda> de Morelia: el primero se caracteriza por la elevada criminalidad en todos los tipos, su promedio data un valor de 85%¹²¹; la segunda signada por la baja criminalidad, su promedio baja a un escaso 32%. En el medio se para el <barrio> tijuaneño, más tirado hacia arriba en cuanto su promedio llega al 76%.

¹²¹ La suma de los porcentajes de cada delito sobre el total de delitos.

CUADRO No. 18
DELITOS PATRIMONIALES
 Tijuana 2006

	Número	Porcentaje
Atraco Callejero	9	100
Vehículos	6	67
Casa Habitación	6	67
Comercios	7	78
Droga	9	100
Otros	4	44
No. Grupos*	9	N.A.

* Grupos con información
 N.A.: No aplica

CUADRO No. 19
DELITOS PATRIMONIALES
 Morelia 2006

	Número	Porcentaje
Atraco Callejero	7	58
Vehículos	0	0
Casa Habitación	4	33
Comercios	1	8
Droga	4	33
Otros	7	58
No. Grupos*	12	N.A.

* Grupos con información
 N.A.: No aplica

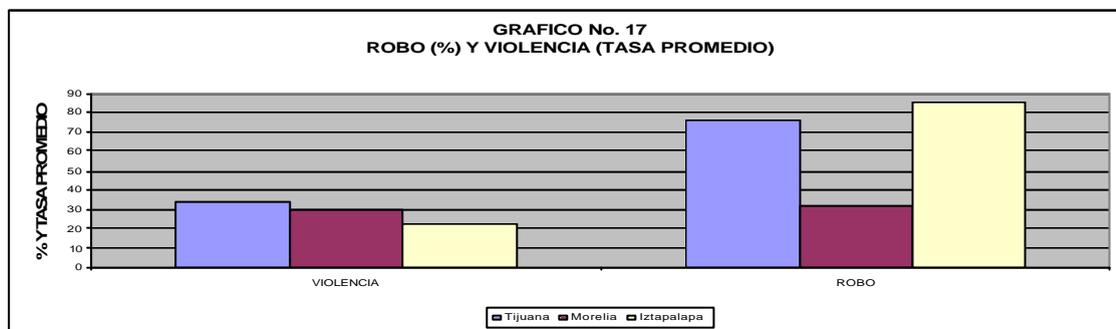
CUADRO No. 20
DELITOS PATRIMONIALES
 Iztapalapa (DF) 2005

	Número	Porcentaje
Atraco Callejero	29	97
Vehículos	25	83
Casa Habitación	24	80
Comercios	26	87
Droga	29	97
Otros	20	67
No. Grupos*	30	N.A.

* Grupos con información
 N.A.: No aplica

El perfil de la pandilla y su inscripción regional da la vuelta entera. El Cuadro No. 11 del capítulo 2, donde se resumen las condiciones de tamaño sexo y edad, se completa con el Gráfico No. 18 donde se condensan las características de cada agrupación respecto a la violencia y los delitos patrimoniales. El <barrio> de Tijuana es de grupos grandes, posee mayor número de mujeres y sus edades se distribuyen entre los distintos rangos, mientras su violencia es elevada y su robo medio alto. Es la ciudad más violenta y la conexión entre el <barrio> de los jóvenes y el barrio de la colonia, en medio del carácter patrimonial heredado de una

generación a otra, conecta la gente con una criminalidad extendida. La <banda> moreliana es de grupos pequeños conformados por jóvenes con una violencia media y un robo pequeño, resultado de su concentración en torno a las simbólicas de lo juvenil. La <banda> defaña, por último, tiene grupos de tamaño variable integrados por una buena porción de adultos, todo lo cual se traduce en menor violencia pero alta criminalidad del patrimonio: los adultos contienen el <desmadre> pero arman la ligazón con el crimen más sofisticado.



Fuente: Violencia cálculos nuestros sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. México. Robo sobre datos etnográficos.

En medio de las singularidades permanece la pregunta por la paradoja mexicana. El Distrito Federal la expone como nadie más, su reducida violencia se combina con el elevado robo. Pero en las otras ciudades, igual, más allá de su violencia resalta la continuidad entre robo de bajo y más alto nivel, incluida Morelia, la urbe de hurto reducido. En México circulan enormes volúmenes de dinero. Si se le coteja con Colombia contrasta la situación de un país con un puesto entre las 10 economías grandes del mundo debido a un producto interno bruto cercano a los 600 mil millones de dólares -frente al producto interno colombiano por debajo de los 100 mil millones-: las mayores circulaciones monetarias conectan a los diversos agentes de la criminalidad con una gama diversificada de actividades delictivas. Es cierto,

no cabe duda. Pero allí no se agota la explicación. La conexión que arma la pandilla mexicana entre bajo y alto robo guarda relación con los fluidos nexos que mantiene el crimen con el conjunto de la institucionalidad. La participación de la policía y los agentes de seguridad en el abanico abierto de las modalidades criminales es noticia más que común en México.

Pero lo más decisivo viene a ser la inscripción de las prácticas criminales en los modos de operación de los tejidos sociales donde implanta: el <barrio> y la <banda> defeña hacen parte de los circuitos de la vida corriente local, el primero por su fusión con el devenir de la colonia y el segundo por la participación en los aspectos más granados de la existencia local. De Tijuana Rayo mostró unos de los rostros de tal imbricación. En el Distrito Federal, de su lado, abunda un personaje anfibio, mitad metido en la vida institucional hasta ocupando la posición de miembro activo del partido de gobierno por temporadas o ante circunstancias electorales; y mitad incrustado en la más refinada criminalidad, antiguo miembro de bandas y en el momento ligado a una de reconocida trayectoria. En la semana el anfibio cumple las funciones propias de la inserción instituida, es un franco intermediario entre el estado y la comunidad a la que tramita una variada gama de gestiones ante los aparatos del estado; eso lo hace pieza clave del engranaje político partidario, le provee de una cauda de votos y de un valioso poder de negociación. El fin de semana muda a su otra condición, hace parte de robos de bancos y de una amplia variedad de acciones ilícitas. Su papel de intermediación se realiza de

manera cabal cuando junta las dos condiciones dentro de los avatares de la vida local. En calidad de miembro activo de la agencia institucional baja fondos estatales hacia la <banda>, quien se convierte en gestora comunitaria encargada de elaborar trabajos de mejoramiento de los equipamientos de uso colectivo, desde el arreglo de luminarias y el engalanamiento del altar de la virgen de Guadalupe hasta la adecuación de las conexiones eléctricas.

El punto esencial viene a ser, entonces, el arraigo de la criminalidad dentro de los intercambios de la vida diaria: adquiere el estatuto de estructura de mediación de la existencia corriente. En Morelia, donde la <banda> se ocupa de seguido de temas cercanos a la elaboración cultural, el crimen no deja de ocupar un lugar de intermediación que cumple su papel estructurante de los universos de los grupos. Desde esta prodigiosa capacidad de acomodación del crimen a los fluidos de los tejidos sociales se vuelve comprensible la paradoja mexicana. La prohibición del exceso, los conectores colectivos y el poder del estado detienen el desborde violento, al tiempo que el crimen mimetizado posibilita su proliferación en medio de un bajo ejercicio de la violencia.

La paradoja muestra las potencias de las tensiones contradictorias en marcha: el tejido social de un lado, la criminalidad del otro. La pandilla la expresa. Las políticas públicas respecto a ella, sus miembros y la forma de vida que encarnan se

hacen entonces más que urgentes, con mayor razón en un país donde la pandilla no tiene lugar dentro de la conciencia pública nacional.

BIBLIOGRAFIA

- * Andrade, Xavier (1994). “Violencia y vida cotidiana”. En: Julio Echeverría y Amparo Menéndez. *Violencia en la región andina. El caso de Ecuador*. Flacso: Quito.
- * Ardila, Amparo; Pombo, Javier y Puerto, Rubén (1995). *Pandillas juveniles: una historia de amor y desamor*. Secretaría de Educación – FES: Bogotá.
- * Secretaría de Seguridad Pública (2004). *Bandas delictivas*. Delegación Iztapalapa: México D. F., mimeo.
- * Birkbeck, Christopher (2003). En: Elementos para una criminología local. Universidad de los Andes – Alcaldía Mayor de Bogotá: Bogotá.
- * Bourgois, Philippe (1995). *In search of respect. Selling crack in el barrio*. Cambridge University Press: Londres.
- * Castro, Felipe (2003). “Lo tienen ya de uso y costumbre. Los motines de indios en Michoacán colonial”. En: *Tzintzun*. Revista de Estudios Históricos. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo: No. 38, julio – diciembre: Morelia (Michoacán).
- * Castro, Misael y Carranza, Marlon (2001). “Las maras en Honduras”. En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. UCA: Managua.
- * Centro de Estudios de Investigación Social (1986). Sin título. Subdelegación de Desarrollo social. Delegación Alvaro Obregón: México, mimeo.
- * Cervino, Mauro (2004). *Pandillas juveniles. Cultura y conflicto de la calle*. El Conejo: Ecuador.
- * Cruz, José Miguel y Carranza, Marlon (2006). “Pandillas y políticas públicas: El caso de El Salvador”. En: Javier Moro (editor). *Juventudes, violencia y exclusión. Desafíos para las políticas públicas*. Guatemala.
- * Egle, Arlen y Major, Aline (2003). Highlights of the 2002 National Youth Gang Survey.
- * Egle, Arlen (2001). *National Youth Gang Survey Trends From 1996 to 2000*.
- * Encinas, José (1994). *Bandas juveniles. Perspectivas teóricas*. Trillas: México.
- * Feixa, Carles; Porzio, Laura; Canelles, Noemí; Recio, Carolina y Pedone, Claudia (2006). “Jóvenes y “bandas” latinas en Barcelona: fantasmas, presencias, espectros”. En: F. Lagomarsino, A. Torre (eds), *El éxodo ecuatoriano en Europa. Jóvenes y familias migrantes entre discriminación y nuevos espacios de ciudadanía*. Quito, Abya Yala (en prensa).
- * García, Carlos Iván (1998). *En algún lugar parcharemos. Normas y valores de los parches de la localidad 11*. Observatorio de Cultura Urbana – Tercer Mundo: Bogotá.
- * García-Robles, Jorge (1987). *¿Qué transa con las bandas?* Posada: México.
- * Gomezjara, Francisco y otros (1987). *Las bandas en tiempos de crisis*. Nueva Sociología: México.

- * Gomezjara, Francisco (1983). “Una aproximación sociológica a los movimientos juveniles y al pandillerismo en México”. En: In Telpochtli, In Ichpuchtli. Revista de Estudios sobre Juventud. CREA: México, julio, año 3, No. 8.
- * Henao, José y Castañeda, Luz Stella (2002). “Parlaches. El lenguaje de los jóvenes marginales de Medellín”. En: Feixa, Carles; Molina, Fidel y Alsinet, Carles. *Pachucos, malandros y punketas*. Ariel: Barcelona.
- * Homies Unidos-Instituto Universitario de Opinión Pública-Radda Barnen de Suecia-Save the Children (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador*. Uca: San Salvador.
- * Howell, James y Decker, Scott (1999). *The Youth Gangs, Drugs, and Violence Connection*. U.S. Department of Justice. Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention. Juvenile Justice Bulletin, January.
- * Jaramillo, Ana María; Ceballos, Ramiro y Villa, Marta Inés (1998). *En la encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Alcaldía de Medellín-Programa para la Reinserción-Región: Medellín.
- * Lazo, Enrique (2002). Pandillas en Perú. Monografias.com
- * León, Fabricio (1984). *La banda, el conejo y otros panchos*. Grijalbo: México.
- * Liebel, Manfred (2004). “Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta”. En: *Desacatos*. Revista de Antropología Social. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México, No. 14.
- * ---- (2002). Pandillas y maras: señas de identidad. En: Envío Digital, No. 244, julio.
- * Manwarign, Max (2005). *Street gangs: the new urban insurgency*. Strategic Studies Institute. U.S. Army War College.
- * Marcial, Rogelio (1997). *Jóvenes y presencia colectiva. Introducción al estudio de las culturas juveniles del siglo XX*. El Colegio de Jalisco: Guadalajara.
- * Merino, Juan (2001). “Las maras en Guatemala”. En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. Uca: Managua.
- * Monod, Jean (2002). *Los barjots. Etnología de bandas juveniles*. Ariel Social: Barcelona.
- * Organismos no gubernamentales de Derechos Humanos (s.f.). *A lo bien, parece. Violencia juvenil y patrones de agresión contra los jóvenes de sectores populares en Cali*. Bogotá.
- * Paz, Octavio (2000). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica: México.
- * Perea, Carlos Mario (2006). *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. Siglo XXI: México.
- * ---- (2005). El homicidio en México. Mimeo.
- * ---- (2004). “Joven, crimen y estigma”. En: *Jóven-es*. Revista de Estudios en Juventud. Centro de Estudios en Juventud. SEP – Instituto Mexicano de la Juventud: México, No 20.
- * Pérez, Diego y Mejía, Marco Raúl Mejía (1996). *De calles, parches, galladas y escuelas*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP): Bogotá.

- * Ramírez, Rafael (2004). *La Mara*. Alfaguara: México.
- * Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma: Bogotá.
- * ---- (1991). *En la calle otra vez. Las bandas: Identidad urbana y usos de la comunicación*. Iteso: Guadalajara.
- * Salas, Antonio (2004). *Diario de un skin. Un topo en el movimiento neo nazi español*. Temas de hoy en primera persona: Madrid.
- * Salazar, Alonso (1998). *Imaginario, presencias y conflictos entre los jóvenes de Bogotá*. Observatorio de Cultura Urbana. Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Informe de investigación. Mimeo: Bogotá.
- * ---- (1990). *No nacimos pa`semilla*. Región-Cinep: Bogotá.
- * ---- y Ana María Jaramillo (1992). *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*. Cinep: Bogotá.
- * Santacruz, María y Cruz, José Miguel (2001). "Las maras en El Salvador". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. UCA: Managua.
- * ---- y Concha Alberto (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. Instituto Universitario de Opinión Pública: San Salvador.
- * ---- y Portillo Nelson (1999). *Agresores y agredidos. Factores de riesgo de la violencia juvenil en las escuelas*. Instituto Universitario de Opinión Pública: El Salvador.
- * Saraví, Gonzalo (2004). "Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana". En: *Desacatos*. Revista de Antropología Social. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México, No. 14.
- * Secretaría de Seguridad Pública de Chiapas (2005). *Pandillas Juveniles Delictivas en Chiapas*. México, mimeo.
- * Secretaría de Seguridad Pública de la Delegación Iztapalapa (2004). *Censo de Bandas Delictivas*. Distrito Federal. México, registro electrónico.
- * Sosa, Juan y Rocha, José Luis (2001). "Las maras en Nicaragua". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. Uca: Managua.
- * Uribe, Diana (1990). *La nación de Woodstock y la construcción de una utopía. Una reflexión filosófica sobre la contracultura en Estados Unidos en los años sesenta*. Mimeo.
- * Urteaga, Maritza (1998). *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) – Centro de investigación y Estudios sobre Juventud – SEP: México.
- * Valenzuela, José (1988). *¡A la brava ese! Cholos, punks, chavos banda*. El Colegio de la Frontera Norte: México.
- * Varios autores (1995). *Proyecto Atlántida. Adolescencia y escuela*. Fes –Colciencias - Tercer Mundo: Bogotá, Tomos II al IV.
- * Villafuerte, Fernando; López, Israel y Nava, Jesús (1984). *Donde empieza el silencio. Genealogía de las bandas juveniles*. Centro de Estudios sobre la Juventud Mexicana – Consejo Popular Juvenil (CPJ): México, mimeo.
- * Whyte, William (1971). *La sociedad de las esquinas*. Diana: México.